CIRCULO DEL CRIMEN

RIFIFÍ EN EL LIBANO

AUGUSTE LE BRETON

EDICIONES FORUM



150 Ptas.

Nº48

Auguste Le Breton

RIFIFÍ EN EL LÍBANO

Círculo del Crimen Nº 48

ePub r1.0

Rutherford/Rbear 18.03.16

Título original: *Le pain, le sang et le sel*
Auguste Le Breton, 1967
Traducción: Ramón Hervás
Forum: 1983
ePub base r1.2

A Claude Nielsen, que me sugirió ir a plantar mi tienda en el Próximo Oriente. También a Elyane Gébara, la Carmen Tessier libanesa del diario Oriente, y a François Patrice, del Club Saint-Hilaire, que me ayudaron con sus relaciones, dedico amistosamente este libro.

1

Khalde, aeropuerto de Beirut se fundía bajo un sol colgado de un cielo demasiado puro. Un verdadero sol de Oriente, muy alto, casi blanco, implacable.

El Boeing de la Pan American Airways, que llegaba de Nueva York vía Londres, relucía como un largo cigarro de metal. Un olor de gasolina y aceite caliente, que cortaba las piernas y daba ganas de vomitar, se estancaba por todas partes. Uno a uno, los pasajeros emergieron del avión y todos parpadearon ante la brutal luz del exterior.

Empujado en la espalda por la maleta de un oficial de la Marina U.S.A. y precedido por una vieja inglesa muy digna, con los brazos cargados de revistas, Mike Coppolano apareció a su vez. Pescando sus gafas de sol del bolsillo superior de su chaqueta de tweed marrón, Mike se protegió la vista. Tras una sonrisa a la azafata que le saludaba con un «Good bye, Sir!», descendió la escalera de hierro. Abajo, alcanzó a la vieja inglesa y la ayudó a subir al bus. Tres minutos más tarde, éste los dejaba frente a los servicios de control del aeropuerto donde una multitud ruidosa se movía desordenadamente.

Impermeable bajo el brazo, el sombrero de fieltro verdoso echado hacia atrás, Mike, con el maletín de cuero y el pasaporte en la mano, se puso en la cola. Todas las razas parecían haberse dado cita allí: indios con turbantes de colores pálidos que casaban mal con sus trajes occidentales; indias de frentes tatuadas y saris acariciadores; paquistaníes de ojos y cejas fruncidas; saudíes vestidos con ese traje de príncipe del desierto que popularizara Rodolfo Valentino en El hijo del Caíd; niños de cabellos de tinta y

ojos de terciopelo, bellos como dioses; mujeres musulmanas veladas de blanco o de negro y, rompiendo el equilibrio entre los rostros cobrizos y oscuros, las caras pálidas o sanguíneas de los occidentales.

En la sala donde bordoneaban las voces, donde entrechocaban las exclamaciones guturales, el aire era pesado, viciado por el sudor, la ropa de dudosa limpieza, las pieles roñosas, el humo de tabaco y los perfumes violentos. El calor sofocante y todos aquellos olores se arrojaron sobre Mike, se abatieron sobre él, le envolvieron cortándole el aliento. El sudor, surgiendo repentinamente de sus cabellos rubio oscuro, perleó en un instante su rostro bronceado a la vez que inundaba su espalda y su torso bajo el polo de lana color verde tierno. Apretado, empujado, respiró con fuerza para no dejarse avasallar y, al fin, abriéndose paso entre la gente que trataba de desplazarle de la cola, intentó acercarse al control.

Allí, cinco policías vestidos con uniforme de tela kaki, se batían, gruñendo, con los pasaportes procedentes de todos los rincones del globo. Unos torniquetes, como los que se ven a veces en algunas estaciones del metro, los separaban uno del otro e impedían pasar a los viajeros. Por encima de sus cráneos inclinados hacia abajo, al otro lado de la vidriera que les separaba del público, multitud de rostros se aplastaban contra el cristal. Era la gente que venía a recibir a un pariente, a un conocido, o incluso chóferes de taxis o de hotel que espiaban a sus eventuales clientes.

Habiendo conseguido al fin acercarse, Mike presentó su pasaporte, dejó que el policía lo examinara, tomara notas, lo sellara; luego de recogerlo, cruzó el torniquete.

Se quedó unos instantes entre el espacio vacío que formaban las mesas de los policías y la cristalera que los separaba del público, ofreciéndose a la mirada de la gente y paseando la suya sobre ellos, buscando la sala de equipajes. Se dirigió hacia ella y, cuando llegaba, un hombre le salió al paso:

—¿Taxi, señor?

Con la cabeza desnuda, sin chaqueta, calzado con alpargatas y la camisa abierta sobre su pecho liso, el hombre le habló en francés. Mike recordó que el árabe y el francés eran las dos lenguas corrientes en el Líbano.

—Sí —aceptó Mike usando el mismo idioma, que hablaba

bastante bien, lo mismo que el italiano y el español—. ¿Quiere usted recoger mi maleta, por favor?

Le tendió su maletín de equipaje y el hombre se apoderó de él con una sonrisa indolente.

—En seguida, señor. ¿Dónde debo llevarle?

—A Beirut. Al Hotel Excelsior.

Los dientes del chófer aparecieron entre sus labios:

—Dentro de quince minutos estará usted allí, señor.

Y tranquilo, con un paso tan lento que podría dar a entender que tenía siglos de tiempo ante él, el hombre fue a ocuparse de sus maletas.

Pero no había mentido. Un cuarto de hora más tarde, detenía frente al Excelsior el Chevrolet que le servía de taxi.

Ensordecido por el calor, los ruidos, la circulación intensa y los miles de breves bocinazos, asustado de ver cómo la prioridad en el paso era del más decidido, sin que nadie se ocupase de los agentes o de los semáforos, Mike, aliviado, penetró en el hall inmenso, fresco, acogedor. Un hombre gordo, negro de cabellos y de traje, se mantenía, todo inclinación, detrás del mostrador de la recepción.

—¿Señor?

El también le habló en francés. Luego, vivamente, en inglés, después de una ojeada rápida, profesional:

—¿Sir?

Mike se quitó el sombrero y se abanicó el rostro. Después le respondió en francés, pues iba a necesitar acostumbrarse a no hablar más que en esta lengua.

—La Embajada americana ha debido reservar una habitación para mí. Mike Gibson, de Nueva York.

La inclinación, detrás del mostrador de madera, se amplificó:

—Desde luego, señor. Habitación 412.

Y como quiera que Mike iniciara un gesto para señalar a la entrada, añadió:

—No se inquiete, señor Gibson. Ahora haré pagar su taxi y recoger sus maletas.

Habló en francés para complacer a su cliente. Hizo una seña y unos botones se precipitaron.

Luego, cogiendo una hoja del casillero 412, siguió:

—El Agregado de Prensa de su Embajada ha telefoneado, señor

Gibson. Pide que usted le llame tan pronto pueda. Y se excusa de no haber podido ir a esperarle al aeropuerto.

Mike lanzó un vistazo al papel.

—¿Quiere usted llamarme a la Embajada?

El gordo se inclinó de nuevo:

—Al instante, señor Gibson. ¿Le pasamos la comunicación a su habitación?

—No hace falta. Hablaré desde aquí.

Mike señaló al teléfono puesto sobre el mostrador, al final del cual, en un despachito, se alojaba la centralita y su operadora.

—Como usted quiera, señor Gibson —se apresuró a decir el hombre gordo.

Hizo con el índice un gesto autoritario. Pero la chica, que no había perdido una palabra de la conversación, llamaba ya a la Embajada U.S.A. Cuando hubo obtenido la comunicación, le indicó a Mike la cabina. Con una sonrisa, Mike rehusó su invitación y cogió el teléfono del mostrador.

—Este aparato servirá lo mismo.

La chica le devolvió la sonrisa al buen mozo que llegaba desde tan lejos. Mike descolgó al tiempo que miraba de nuevo el papel.

—¡Oiga! ¿La Embajada? El señor Fenner, por favor. De parte de Mike Gibson, del *New York Telegram*.

Esperó un segundo sintiéndose el punto de mira de los presentes: del hombre gordo, de los botones, del encargado de los equipajes que le esperaba en uno de los ascensores, del saudí que, con el rosario de gruesas cuentas en la mano, ocupaba un sillón; del barman de chaquetilla blanca que, desde su lujoso bar en un extremo del hall, le observaba con aire desenvuelto. Sólo una pareja de hindúes, y una japonesa, clientes del bar, parecían ignorarlo.

Cuando oyó la voz de su interlocutor, Mike respondió vivamente, en inglés:

—¿Fenner? ¿Qué tal? Aquí, Gibson... Sí, sí, excelente viaje. ¿Cómo? No, no, no necesita excusarse... Comprendo muy bien que no haya podido venir a buscarme... No se preocupe... ¿Cómo dice? ¿A las cinco, allí? ¿Podremos entonces hablar un poco de mi reportaje sobre el Próximo Oriente?

Mike fingió consultar el reloj colgado encima del hombre gordo:

—Okey, a las cinco, Fenner. O.K.

Colgó el aparato. Los ojos que le observaran se desviaron al fin. La mayoría, Mike estaba seguro, comprendían el inglés y habían seguido su conversación.

Acompañado por la sonrisa del gordo, se metió en el ascensor que un botones mantenía abierto mientras hacía una inclinación y al tiempo que el encargado de los equipajes hacía lo mismo.

2

Ni una brisa, ni el menor soplo agitaba los papeles sucios que cubrían las calles. Parecía como si hubiesen sido pegados al suelo.

Los pliegues de la bandera estrellada caían sin fuerza por encima de la escalinata del número 2 de la avenida Clemenceau. Nada en los alrededores se movía, todo dormía aparte de algunos raros paseantes.

Abandonando el calor húmedo, la luz brutal que cocía los ojos, Mike ascendió los peldaños de la Embajada de su país y aterrizó en un vestíbulo silencioso. Allí también todo estaba vacío, nada se movía. Pero a la derecha, en un amplio rincón, un marine en uniforme se mantenía erguido. Alto, muy rubio, muy digno, vestido de kaki claro. El contraste que ofrecía con el aspecto descuidado de las gentes de la calle y su suciedad, era notable. Refrescaba la vista, hacía bien sólo con mirarle.

Mike se acercó llevándose un dedo al sombrero de tela azul que sustituía el fieltro verdoso que lucía a su llegada.

—Mister Fenner, por favor. De parte de Mike Gibson.

El marine le lanzó una breve mirada. Mike lo encontró muy joven, rosado como una muñeca para pertenecer al famoso cuerpo. Pero Mike sabía que jamás debe uno fiarse de esa clase de impresiones.

A veces aquellos eran los más coriáceos.

—Un momento —dijo el soldado descolgando uno de los aparatos de su mesa.

En el gesto, los músculos se movieron bajo su tela kaki. Lanzó dos o tres breves frases en la ebonita, colgó y miró a Mike de nuevo:

—Tercer piso. Puerta 322. Ascensor de la derecha.

Su mano firme y bronceada acababa de señalar hacia el fondo.

Mike le dio las gracias con un gesto y siguió la dirección indicada. No solamente había cambiado de sombrero sino también de traje. Ahora llevaba uno de alpaca color azul petróleo que recordaba su mirada. La ligera tela se amoldaba bien a sus atléticos hombros. Avanzó, de prisa, con el paso ligero del hombre acostumbrado a la violencia y a los deportes rudos.

Una vez hubo llegado al tercer piso, llamó a la puerta 322 y entró acto seguido.

—Buenas tardes —gruñó el hombre que ocupaba la habitación donde un ruidoso ventilador removía el aire—. Sea bienvenido.

Abandonó su asiento a disgusto, tendió su mano blanda y Mike se la estrechó. Era bajo, pelirrojo, tenía las piernas torcidas y la mirada verde. Su chaqueta permanecía colgada del respaldo de su sillón giratorio, no lejos de la bandera americana. Las mangas de su camisa arrugada estaban arremangadas sobre sus brazos velludos. Sus zapatos marrones se hallaban mal lustrados. Sudaba y una barba rala manchaba sus mejillas de un rojo bistec.

—¡Qué calor! —dijo pasándose un pañuelo sucio sobre la frente húmeda—. Pero siéntese usted, por favor. No hay otra cosa mejor que hacer que sentarse en este maldito país. ¡Sentarse! Siempre sentarse.

Volvió a su sillón y se dejó caer en él con un suspiro feliz, estiró las piernas sobre el escritorio de madera mal barnizada y astillada en algunas zonas. Con las puntas de sus pies parecía señalar la placa de metal que adornaba su mesa y sobre la cual se leía: «*JAMES FENNER. NARCOTIC-AGENT*».

Tras haberse apoderado de una silla, Mike examinó rápidamente los lugares. La habitación medía cinco por seis metros. Junto con el sillón giratorio, tres sillas más la amueblaban. Y en el rincón derecho, cerca de una puerta entreabierta que mostraba un pequeño baño, señoreaba una vieja caja fuerte, objeto reglamentario de un funcionario que quisiera evitar a toda costa las indiscreciones de las mujeres de la limpieza y de otros bribones demasiado curiosos.

Las celosías echadas dejaban la habitación en una semipenumbra. Mas sobre las paredes de un gris sucio Mike podía distinguir un enorme mapa de Oriente Medio y, cuidadosamente enmarcado, el diploma certificando que James Fenner había seguido con aprovechamiento los cursos del Narcotic-Bureau. En

otro marco, John Kennedy, el presidente de los Estados Unidos, sonreía amablemente.

—Tiene usted razón —aprobó Mike una vez terminada su inspección—. ¡Qué calor! Hasta aquí…

Mike señaló el ventilador, las celosías bajadas. Fenner se encogió de hombros y mientras Mike lanzaba su sombrero sobre una silla vecina, concedió, cansado:

—Aquí dentro también, desde luego. ¡Pero fuera! Y eso que no estamos más que a fines de junio. ¡Ya verá usted el mes que viene!

Después, escrutando a Mike con avidez, preguntó:

—¿Y allá abajo, en los Estados, qué tiempo hace?

Habló con una voz ronca, excitada. La morriña debía roerle el corazón. Una ligera sonrisa apareció sobre la cara de Mike.

—Llovía esta mañana, cuando salí.

—¡Ay, la lluvia! —exclamó Fenner extasiado—. ¡Menuda suerte!

Lanzó una mirada sobre su mesa, se palpó los bolsillos e hizo una mueca. Mike comprendió y le lanzó su paquete de Camel. Fenner encendió uno y dijo, al tiempo que le devolvía el paquete:

—Lamento no haberle ido a buscar al avión. Creo que es preferible así. Aunque no mi nombre, mi cara es bastante conocida para que nos vean juntos.

—No se excuse usted, ya lo había comprendido. Yo hubiera hecho lo mismo. En cuanto a su mensaje en el hotel, me ha servido para ofrecerles un pequeño número. Ahora todos están convencidos de que yo soy Mike Gibson, del *New York Telegram*.

—¿Se acostumbrará a su nuevo nombre?

—¡Desde luego! Y si lo olvidara mi falso pasaporte se encargaría de recordármelo.

Antes de precisar, voluptuosamente, Fenner exhaló una larga bocanada de humo.

—Solamente el embajador y yo conocemos su verdadera identidad. Para todos los demás, usted es Mike Gibson, encargado de hacer un reportaje sobre el Próximo Oriente.

Hizo una mueca de nuevo.

—Hay que reconocer que ese nombre le va mejor que el de Coppolano. ¡Confiese que no tiene usted nada de italiano!

Mike, que acababa de romper una cerilla entre sus dientes, se estremeció. Dijo con voz sorda, cambiada de pronto:

—Coppolano es el apellido de mi padre adoptivo[1]. Y es el más hermoso que yo haya oído nunca.

Y cambiando bruscamente de tema, brutalmente incluso, prosiguió:

—Y en cuanto a Chester[2], ¿cómo ha ocurrido?

Fenner, descruzando las piernas, volvió sus pies al suelo.

—Degollado... Le encontraron una mañana cerca del zoco de los bisuteros. Su cabeza casi estaba separada del tronco... Lo hicieron con una navaja de afeitar o algo parecido, según opinión del médico forense.

Fenner escupió una brizna de tabaco.

—Aquí el arma blanca es la reina. Estamos en Oriente.

Mike, que tenía su cigarrillo en la mano izquierda, no dejaba de mirarlo, como si le cautivara.

—¿Ningún indicio?

—No. La nada.

Fenner se movió para despegar sus nalgas del asiento giratorio.

—También hay que decir que Chester no nos ha facilitado la tarea. Conocemos pocas cosas sobre sus actividades. Aparte de las dos veces que vino a vemos cuando llegó aquí, luego nos dejó sin noticias suyas. La única vez que le vi luego, fue por azar. Y estuve a punto de no reconocerle.

El pelirrojo hizo un gesto con las manos.

—Llevaba una especie de gorro árabe sobre la cabeza, una blusa roñosa, una barba de varios días y vendía almendras en la Corniche, cerca de la Avenida de los Franceses. Su disfraz era bueno, pues en general esa clase de comercio está reservado a los negros.

—¿El le vio?

Mike había alzado la cabeza y escrutaba a Fenner.

—Sí. Pero fingió ignorarme. Le seguí el juego y pasé de largo.

Mike esbozó un gesto de aprobación. El pelirrojo siguió:

—En realidad, yo nunca supe exactamente qué era lo que su colega venía a fabricar al Líbano. Supongo que venía a ocuparse del dop[3], que se metía en mi terreno. Pero me contó que solamente se interesaba por el tráfico de cigarrillos. Y como era un agente de aduanas del Tesoro U.S., acabé por creerle.

—Y podía usted hacerlo —opinó Mike—. Chester no le mentía. Toneladas y toneladas de cigarrillos americanos inundan Oriente,

en tránsito por el Líbano. Nuestros servicios quisieran saber quién las recibe. Y por esto tenían una razón capital. Por ello enviaron a Chester, un negro inteligente y capaz que hablaba el árabe.

Mike observó a Fenner con atención.

—La razón capital es que muy frecuentemente los cigarrillos comprados en Tánger o en Las Palmas son pagados con droga procedènte de aquí. Y que esta droga es a continuación dirigida a los Estados Unidos.

El pelirrojo se mordisqueó nerviosamente los labios.

—He oído hablar de ese asunto… Pero no he descubierto nada. Ahora comprendo mejor por qué su compañero murió. Debió meter su nariz en algún lugar que molestaba a algunos.

Mike asintió en silencio. Luego preguntó:

—¿No encontró nada en su domicilio?

—Nada. Registramos su leonera, una habitación infecta que había alquilado en una callejuela situada detrás de la plaza de los Mártires. Pero no vimos nada. Ni papeles ni indicios. Nada.

—¿Y sobre él?

—Tampoco. Le limpiaron los bolsillos como si quisieran hacernos creer que se trataba de un crimen crapuloso.

—¿Entonces, quién le comunicó su muerte? ¿Cómo fue que la Policía avisara a la Embajada? ¡Hasta ignoraban que fuese ciudadano americano!

—Al principio, sí. Pero no cuando descubrieron su carnet de agente oculto en su habitación.

Mike iba siempre al fondo de las cosas. No dejaba nada al azar.

—Puesto que no llevaba papeles encima, ¿cómo supieron que vivía en esa habitación? ¿Acaso estaba marcada en su cara?

El pelirrojo le lanzó una mirada de hastío:

—Porque sus vecinos vieron su foto en el periódico. Ellos avisaron a la Policía.

—O.K. Sin embargo, me asombra que Chester no dejara notas. Yo le conocía bien. Al cabo de un mes de investigaciones, debía anotar sus ideas en algún papel. Era su costumbre.

—Quizás lo hiciera, después de todo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que tal vez algún policía se incautara de ellas, para proteger a alguien. O para hacer cantar a alguien, que también podría ser. En

fin, ya me entiende usted.

—¿Cree que eso es posible?

El pelirrojo se encogió de hombros, descolgó sin convicción el teléfono que sonaba en aquel instante y replicó, tapando el micrófono:

—Aquí todo es posible. La corrupción no solamente se da en los países occidentales.

Y al teléfono, después de despejar el micrófono:

—¿Sí? ¿Quién? ¿El señor Albert?

Miró su reloj y luego a Mike.

—Dígale que espere un momento.

Dejó el teléfono y habló a Mike:

—Uno de mis confidentes. Espera abajo.

El agente inició un movimiento.

—Si le molesto…

—No, por favor. El me esperará. Aún tenemos que hablar.

Fingió buscar de nuevo sobre su escritorio, se palpó los bolsillos. Comprendiendo, Mike volvió a lanzarle su paquete de Camel.

—Quédeselo. Tengo otro.

—Gracias —agradeció Fenner recogiendo el paquete al vuelo.

Encendió un cigarrillo, exhaló una larga bocanada y observó a Mike, vacilando antes de decir:

—El embajador ha recibido órdenes de Nueva York para que se le facilite a usted la tarea al máximo. Pero, a decir verdad, usted no está en misión especial. Hasta el punto que anda circulando con papeles falsos…

Una nube de humo envolvía la cara rojiza del pelirrojo.

—De modo que no se puede hacer gran cosa por usted.

—No pido nada.

La voz de Mike resonó secamente. Fenner alzó una mano apaciguadora.

—De todas maneras, lo poco que podamos hacer, lo haremos. Sabemos que el presidente Kennedy ha dado órdenes para intensificar la lucha contra la droga. Sabemos que nuestra juventud se pudre con ese azote. Es por esta razón que usted y yo nos batimos tan duramente. Para mí, la tarea es más fácil porque he sido destacado a Beirut por el Narcotic Bureau. Pero usted… para encontrar lo que busca… va a sentirse muy solo.

—No tanto. Mi jefe, el director de Aduanas, me ha recomendado al capitán Jamil Anizé, un colega...

—Lo conozco. Es capitán de Aduanas y está en el puerto. Honesto e incorruptible, cosa rara en este lugar. Por otra parte, es el terror de los contrabandistas y de los traficantes de dop.

Mike asintió:

—Lo sé. Mi patrón me ha hablado de él. Dice que Anizé es el mayor especialista en droga de todo el Oriente Medio.

—Exacto —reconoció Fenner—. Hasta pronunció una conferencia sobre el tema en la ONU, sin contar con las que ha dado a la Interpol. Me hace feliz que vaya usted a estar en contacto con él. Podría ser que le ayudara. Mejor que nosotros, en todo caso. Pero, suceda lo que suceda...

El pelirrojo sonrió a Mike mientras se abanicaba.

—...hágamelo saber. Haré todo lo que pueda por ayudarle.

Mike le dio las gracias con un movimiento de cabeza. Fenner, abriendo un cajón de su mesa, prosiguió:

—El embajador cree que esta maquinita le gustará a usted. Ha llegado por la valija diplomática.

Tomó un paquete y se lo tendió a Mike.

Era un 38 especial de cañón corto, con su funda y una caja de cartuchos.

Una sonrisa formó como una cicatriz en el rostro de Mike.

—Dele las gracias al embajador, Fenner. Le confieso que estoy contento al embolsarme este juguete. El 38 y yo somos viejos amigos.

Tras acariciar la funda, Mike se puso en pie.

—Bien, me voy a intentar ver al capitán Anizé.

Fenner cerró el cajón de su escritorio.

—En cuanto al dinero, el embajador me ha encargado le preguntara si...

—Tengo unos traveller-cheques, facilitados por el *New York Telegram*. Los jefazos se han arreglado entre ellos. Todo va bien por ese lado.

—Perfecto —dijo Fenner levantándose a su vez. mientras sus cejas rojas se fruncían—. Pero, de hecho, ¿por qué no asiste usted a la conversación con mi confidente? Quiero decir, ocultándose allí...

Mostró la puerta que daba sobre el lavabo.

—Ese Albert es un personaje curioso. Un cerdo, como todos los soplones. Drogado. Traficante. Conoce todo el Líbano y muchas esas más. ¿Qué le parece?

Mike recogió su sombrero azul. Fenner jugaba con las cartas sobre la mesa. De buenas a primeras le mostraba a uno de sus confidentes. La cosa valía la pena. Jamás un policía se arriesga a quemar a uno de sus indicadores. Se volvió hacia el pelirrojo.

—Gracias por el ofrecimiento, Fenner. Puede ser bueno para mí el conocer la cara de ese tipo.

—Sobre todo, teniendo en cuenta que Beirut es pequeño. Todo el mundo se conoce y usted corre el riesgo de tropezarse con él.

Mientras seguía con los ojos a su colega de las Aduanas, que se dirigía hacia la puerta del lavabo, Fenner descolgó el teléfono y dio orden al marine de enviarle a Albert.

Poco después, éste llamaba a la puerta y entraba en el despacho del pelirrojo.

Por la imperceptible rendija de la puerta, Mike estudió al confidente. No podía creer en lo que veía. El tipo era la caricatura del traidor de un mal melodrama. Bajo, algo cargado de hombros, lucía un sombrero de fieltro gris con el ala bajada sobre el ojo. Cuando se lo quitaba, describía un gran gesto, como si saludara a la multitud. Tenía los ojos globulosos, enormes, y de los cuales Mike no pudo distinguir el color, negros mostachos, un traje gris cruzado, insólito con aquel calor, un clavel blanco en el ojal, un pañuelo asomando por el bolsillo, el cual debía ser tan grande como una servilleta, zapatos negros de gruesas suelas. Pero lo más chocante eran sus gestos, amplios, envolventes como los de un charlatán de feria o los de un vendedor de aspiradores yendo de puerta en puerta.

Fenner se había dejado caer de nuevo sobre su asiento, con los pies pegados sobre el escritorio. Al alcance de su mano izquierda, un cigarrillo ardía sobre el cenicero. Con la derecha, se secaba el sudor de la frente con su pañuelo ya mojado. Su expresión era burlona, escéptica, su mirada indiferente. Se contentó con señalar una silla con el dedo.

—Hola —dijo Albert sentándose.

Se había expresado en francés. Fenner no contestó. Esperaba.

—Tengo un asunto para usted —siguió Albert, en absoluto vejado—. Hachís. Un buen golpe. Quinientos kilos.

Fenner no pestañeó. El soplón puso su sombrero gris sobre la silla vecina, la misma donde antes Mike dejara el suyo. Separó los brazos con un movimiento amplio, convincente.

—Un asunto que no puede fallar, señor Fenner. Se lo traigo sobre bandeja de oro.

Fenner no pestañeó. Sólo su mirada se movió, desplazándose de Albert al humo que seguía alzándose de su cigarrillo. Albert hizo crujir sus dedos, nervioso. Luego volvió a hacer otro gesto ampuloso.

—No pido gran cosa a cambio, señor Fenner. Sólo 1.000 libras libanesas, o sea 160.000 francos, 320 miserables dólares. ¿Eh? ¿Qué me dice usted? Interesante, ¿verdad?

La mano izquierda del pelirrojo se desplazó, alcanzando el cigarrillo. Lo llevó a sus labios y aspiró una bocanada, larga, generosa. Contempló a Albert sin hablar. Un poco de sudor surgió de la frente de éste. Hizo de nuevo chasquear sus dedos. Más nerviosamente.

—Mire, señor Fenner, yo no quiero discutir con usted ya que otras veces ha sido amable conmigo. Lo dejamos en 500 libras. ¿Le parece? ¿Qué piensa de mi oferta?

Separó los brazos como si fuera a abrazar el escritorio, a Fenner e incluso la tierra entera.

—¿Es un regalo, no, señor Fenner?

Los tacones del pelirrojo rasparon la madera del escritorio.

—¿Tiene usted heroína? ¿O morfina base?

Albert apartó de nuevo los brazos, aunque penosamente esta vez.

—¡Ay, señor Fenner, lo siento! ¡Sólo quinientos kilos de hachís! Quinientos kilos. ¿Se da usted cuenta?

Sobre la madera del escritorio los tacones del pelirrojo hicieron oír el irritante chirrido.

—Ye le he dicho que el hachís no me interesa. Yo no me molesto por esa clase de historias.

Y cruel, indiferente, Fenner cerró los párpados, lanzó un suspiro, haciendo comprender así que la entrevista había terminado.

Albert se inclinó hacia adelante, estrujándose las manos. Su voz, temblorosa, suplicó:

—Pero, señor Fenner…

Desde su escondrijo, Mike vio el sudor correr literalmente de la frente del hombre mientras su nariz se pinzaba. Comprendió. El delator no sufría del calor sino de la falta de droga. Era un adicto.

Le faltaba su ración. Debía sufrir. Y para apaciguar su hambre desgarradora, para darle un poco de sueño a su alma enferma, estaba decidido a todo. Suplicó, servil, dispuesto a lamer los zapatos del pelirrojo.

—¡Mire, patrón! Yo le hago capturar los quinientos kilos por tres veces nada. Por tres veces nada, le digo.

Se tendía casi sobre el escritorio y lanzaba hacia Fenner, con los párpados siempre cerrados, sus brazos implorantes de falanges huesudas y dedos gruesos de trabajador.

«Sus manos están en contradicción con su personaje —pensó Mike—. Ese tipo jamás ha dado golpe en su vida.»

Fenner parecía ausente, despegado de todo.

«¡Dios mío! ¡Es tremendamente fuerte!», añadió Mike para sus adentros mientras, ahora, observaba a Fenner.

—Mire, patrón —seguía Albert sin darse por vencido.… Se lo cuento todo por 100 libras, 100 miserables libras, 1.600 francos… ¿Qué?

Fenner se movió al fin. Alzó los párpados y dijo:

—Tráigame heroína. Si no, váyase.

Los huesos de las articulaciones de Albert crujieron largamente. Gimió:

—Se la encontraré, se lo juro. Precisamente, conozco un asunto que están montando. Se lo traeré. Se lo juro.

Tendió la mano como para afirmar su juramento y añadió vivamente:

—Pero, mientras, acepte este asunto del hachís. Mire, se lo doy por nada. Por nada, le digo.

Gritó sus últimas palabras y el sudor, de pronto, le inundó sus rasgos crispados, descompuestos por el sufrimiento, devastados por la droga.

—Deme solamente lo justo para picarme, patrón. Sólo un pinchacito y tiene usted el asunto.

El pelirrojo bajó los pies al suelo. Aplastó el Camel contra el cenicero.

—Se terminó, Albert. Tengo una cita.

—¡Pero señor Fenner!

Albert se había puesto en pie, suplicante, tembloroso, perdido, asustado.

—¡Señor Fenner!

El pelirrojo le señaló su sombrero.

—Lo siento, Albert. Yo no busco más que asuntos de morfina base o heroína. El hachís no me interesa.

Albert recogió su sombrero, contempló largamente al agente del Narcotic Bureau y luego, con un gemido sordo, desgraciado, se dirigió hacia la puerta. Llegando allí, se volvió queriendo esperar todavía.

—De veras, patrón… ¿Nada más que un gramito? Yo le juro que…

—Hasta la vista, Albert.

Ni siquiera se dignó alzar la cabeza. No la levantó tampoco cuando la puerta se cerró. Lo hizo cuando Mike salió del lavabo.

—¿Qué le parece, Mike? Si me permite que le llame Mike. ¿Qué piensa de mi matamoros?

Mike hizo una mueca.

—No me gustan los drogados. Y menos los proveedores. Pero creo que ha sido demasiado duro con él. No comprendo tampoco cómo ha dejado escapar ese asunto. Quinientos kilos son…

Fenner se encogió de hombros.

—No se haga mala sangre por ese cerdo de Albert. Ya debe estar en camino de vender su informe a otro servicio. A él le da igual que se lo compre uno que otro. Lo principal es que lo cobre. Aquí, en el Líbano, todos son así. Y no hay que reprochárselo, tampoco. Es su alma oriental.

—Pese a todo, hubiera usted podido gastar unos dólares en esa operación. Valía la pena, ¿no?

—¡En absoluto! —replicó el pelirrojo abandonando su asiento—. El hachís no va a los Estados Unidos, por lo tanto no nos interesa. Es un problema oriental. Y punto. Y como en esas regiones se

despreocupan… o casi.

Hizo funcionar las celosías para iluminar un poco más la habitación. Después, plantándose ante el mapa fijado en la pared, le indicó a Mike:

—En su investigación, caerá usted seguramente sobre tipos que fuman o venden hachís[4]. ¿Le interesa quizá conocer la topografía de esta cuestión?

—¡Desde luego!

—Aquí, tiene usted el Hermel. Un lugar muy montañoso, situado a algunos kilómetros de la frontera siria. Un rincón muy accidentado, muy difícil de llegar a él. Hasta tal punto que los criminales se ocultan allí. Es una zona muy pobre y los aldeanos son muy salvajes, muy independientes. Además, les tienen sin cuidado las leyes de su país y, como también tienen que comer… cultivan hachís. En enormes cantidades.

—¿Y la Policía no les da caza? —se asombró Mike.

El pelirrojo esbozó una sonrisa que era más una mueca.

—Esos montañeses son poco habladores y están bien armados. Si la Policía se acercara, la recibirían con ametralladoras… Porque, si bien son pobres en cuanto a la comida, son ricos en armas. Los cincuenta pueblos que componen el Hermel son verdaderos bastiones. Todo el mundo les suministra. Nosotros, los rusos, los ingleses, los franceses. Cada cual espera que un buen día el Oriente estalle y concluye, por lo tanto, que el más astuto se meterá los pedazos en su bolsillo.

—Empiezo a entender —manifestó Mike.

—Y eso sin contar que muchas de esas tierras donde crece el hachís pertenecen a diputados de aquí —proseguía Fenner.

—Comprendo cada vez mejor —terció Mike.

—Y por si fuera poco, además de los enormes beneficios, el hachís puede ayudar a embrutecer a una nación.

Mike se volvió hacia Fenner.

—¿O sea?

El índice del pelirrojo volvió a señalar en el mapa.

—¿Ve Egipto? Pues bien, es el más grande consumidor de hachís. Desde el tiempo de Faruk, los ingleses hacían la vista gorda. A ellos les interesaba que los egipcios se mantuvieran tranquilos, así que cerraban los ojos a su tráfico.

—Una buena política —aprobó Mike—, a condición de no ser demasiado sentimental.

—Esa es también mi opinión —dijo Fenner moviendo el dedo sobre el mapa—. Pero Nasser ha querido luchar contra ese azote. Ha dictado leyes brutales. A un drogado lo desintoxican durante tres meses y luego le meten durante seis en un campo de reeducación hasta su curación. El traficante, por su parte, se arriesga a condenas que van desde los quince años a la perpetuidad. Pero la cosa ya está allí demasiado dura. Nasser se rompe los dientes. Y con más razón, puesto que hay gente interesada en que se los rompa.

—¿Cómo llega la droga hasta ellos? —se interesó Mike.

—Por tierra y por mar, en partidas de hasta 2.000 kilos. Y siempre, por supuesto, se trata de cargamentos de la peor calidad posible. Es el hachís[5] que los otros países no quieren. Esas partidas, saliendo del Líbano, descienden por Siria, atraviesan Jordania, cortan Israel y, bajando por el desierto del Sinaí, inundan finalmente Egipto.

—¿E Israel y Jordania no se oponen a ese tráfico por sus territorios?

El pelirrojo, lanzando una carcajada, se apartó del mapa.

—Digamos que no saben nada. Pero, ¿acaso usted le impediría ahogarse a su enemigo?

—O.K. He comprendido. Gracias por la lección, Fenner.

—¡James!

—O.K., James —sonrió Mike—. Ahora me largo para intentar reunirme con el capitán Anizé. Si puedo, de vez en cuando le haré llegar noticias mías.

—Cuento con ellas —le dijo el pelirrojo tendiéndole la mano—. Y aunque no podamos hacer gran cosa por usted, no olvide que existimos. Haremos lo que podamos.

Volvió a bajar las persianas, se dejó caer sobre su sillón y suspiró mientras Mike se dirigía ya a la puerta.

—¡Qué calor! ¡Ay, lo que daría yo por un buen chaparrón!

Con la mano sobre el pomo, Mike se volvió.

—Hágase refletar a los Estados.

—¡Imposible! —gruñó Fenner con hastío al tiempo que volvía a estirar los pies sobre la mesa—. Añoro nuestra vieja tierra tanto que

a veces me pondría a gritar… Pero ello no impide que tenga a este maldito Líbano en la sangre. Le amo. Dicho de otra forma, no sé lo que quiero.

Alzó la mano y le lanzó una mueca al alto Mike.

—¡Buena caza!

Mike agitó su sombrero y, repentinamente, se inmovilizó como si se acordara de algo.

—Dígame, James. ¿Dónde está la tumba de Chester?

El pelirrojo le observó con recelo. Luego, comprensivo, asintió moviendo la cabeza.

—O.K., Mike. Como él era católico, lo enterramos en el cementerio maronita, en la calle de Sour, no lejos de la avenida de los Franceses. Está cerca de su hotel.

—Gracias, James. Hasta pronto, quizá —respondió Mike poniéndose el sombrero.

Abrió la puerta y salió. La voz de Fenner llegó de nuevo hasta él:

—Encontrará unas flores magníficas a dos pasos de allí, en el zoco de las verduras.

Mike no se volvió. Se contentó con agitar la mano y cerró tras él.

El pelirrojo lanzó un voluptuoso suspiro, alargó más las piernas, se puso un Camel en la esquina de los labios, lo encendió y cerró los párpados.

3

La inmensa habitación estudio estaba sumida en el silencio. Y en la oscuridad. Salvo hacia la derecha, donde una cortina mal ajustada velaba la puerta que daba a la terraza florida. De la cortina caían delgadas líneas de luz que trazaban sobre la moqueta gris unos trazos paralelos. Mike Coppolano se volvió dos, tres veces, sobre su cama-diván situada en el ángulo izquierdo, al fondo. Luego, con un movimiento decidido, se incorporó.

Las once, marcaba su relojito de viaje puesto sobre la mesa oscura que, a ambos lados, bordeaba el amplio diván. Era hora de que se levantara. La víspera, después de haber dejado a Fenner, había ido a ponerle flores a la tumba de su compañero Chester. Después, se había ido a rodar por la plaza de los Mártires, hacia el zoco de los bisuteros donde Chester cayera. Con la cámara en bandolera, el aire decidido de un turista, indolente, paseó su gran corpachón entre los ruidos y las miserias de Oriente, intentando impregnarse del ambiente, queriendo comprender a la gente contra la cual Chester se había batido. Más tarde había vuelto al hotel, siempre a pie, acordó la cita con el capitán Anizé para el día siguiente y se acostó para librarse de la fatiga del viaje.

Ahora estaba dispuesto. Listo para emprender su investigación. Se estiró para descolgar el teléfono y pedir el café. Luego fue a levantar la cortina que tapaba la puerta de la terraza. Una oleada de sol, un huracán de luz inundó su cuerpo desnudo y le obligó a retroceder, a cerrar los ojos. Esperó un poco y los abrió de nuevo. Se puso unos shorts y salió de nuevo a la terraza, donde en grandes macetas pintadas de verde, lucían unas hermosas buganvillas rosadas.

Ante él, en una vista incomparable, más allá de la calle Minet, el

Mosn y los almacenes hindúes, de una sola planta, se extendía la mar azul, demasiado azul, de un azul que iba a confundirse a lo lejos con el azul del cielo, demasiado azul también. Y en ese malo azul de tarjeta postal señoreaba el sol, redondo y blanco, caíd de la tierra quemada y de la mar humeante.

Durante un instante, Mike, con la mano formando visera ante sus ojos, siguió la progresión de un carguero blanco que se acercaba al puerto, luego se asomó a la piscina, deslumbrante cuatro pisos más abajo. Tenía esa forma moderna, extravagante, que les gusta a los arquitectos surrealistas. Amplios céspedes donde se alzaban algunas majestuosas palmeras, circundaban el enlosado que la rodeaba. Flores de todos los colores maculaban el verde del césped. Algunos parasoles multicolores, alojados entre el bar al aire libre y el rincón reservado a las casetas, sombreaban mesas y sillones dispuestos sobre las losas grises.

Del agua se elevaban los gritos de un jovencito americano que pataleaba alegremente. Tumbada sobre las losas, una chica en maillot blanco le hacía señas. En el rincón de las casetas, dos mujeres tendidas en sus hamacas se doraban la piel. Una lucía un traje dos piezas, de color rojo orlado de blanco que Mike distinguía netamente. La otra, uno amarillo ribeteado de negro.

La vista de este decorado estilo Hollywood y del agua, de una transparencia azulada, acabaron de despertar a Mike y le tentaron. Su cita con el capitán Anizé era para la una. Tenía tiempo de remojarse.

Una vez se hubo tomado el café, calzado con sandalias, descendió a la piscina, llevando sólo un slip y una toalla alrededor del cuello.

Dejando las sandalias y soltando la toalla sobre una silla, Mike se lanzó de cabeza. Sentados en los taburetes del bar, una pareja de japoneses observó los 184 centímetros y los 80 kilos del muchacho sumergirse con una zambullida poderosa. Escapando de la enorme salpicadura, algunas gotitas fueron a caer sobre el cuerpo tostado de la mujer del maillot rojo. Sacada de su ensoñación, volviéndose perezosamente hacia Mike que batía el crowl como un perdido, lanzó una mirada de dama molestada.

En la piscina el agua borboteaba alrededor de Mike, quien seguía hendiéndola con su cuerpo inagotable. La cruzó varias veces,

desplazando el aire, formando olitas que hacían mover al joven americano, quien, prudentemente, dejó el campo libre a aquel torpedo humano. Siempre tumbada de panza sobre las losas, la joven en maillot de látex blanco, la novia del jovencito, se estrangulaba de risa.

Desde su asiento, la amiga de la mujer de rojo, que a su vez acababa de recibir una salpicadura, preguntó, con voz blanda:

—¿Tú conoces a ese tornado, Nouhad?

—¡No, gracias a Dios! Debe ser uno de esos americanos...

E irguiéndose se sentó sobre la silla. Hubiera podido creerse que acechaba ese gesto la señora de las casetas, pues se precipitó hacia ella con un frasco de aceite en la mano. La mujer del bañador rojo le presentó la espalda. La dama de las casetas, una mujer de edad vestida con una bata azul, le soltó el pasador del sujetador. La joven lo retuvo por delante con su mano derecha de largos dedos ampliamente separados mientras que con su mano izquierda se recogía, despejando su cuello, la masa de cabellos negros, brillantes, ligeros, ricos de savia. Y entonces, amorosamente, con respeto y pasión, la vieja se puso a untar con aceite perfumado la espalda cobriza. Su mano iba y venía lentamente, suavemente, partiendo de los riñones arqueados bajo los cuales surgía la grupa ceñida en la fina lana roja, remontaba los flancos modelados con pureza y, siguiendo las curvas, ganaba la espalda de carne tersa para terminar su recorrido sobre los hombros redondeados.

Tal como operaba, la anciana parecía una sacerdotisa encargada de rendir homenaje a la belleza. Es así como Mike, surgiendo de la piscina, las sorprendió. Captado por el cuadro, se inmovilizó tontamente, con todo el cuerpo chorreante. La joven se le ofrecía de perfil. Y lo que conmovía a Mike era el cuello que ella presentaba. Un cuello como jamás había visto y que sin embargo le parecía conocer. Un cuello delgado, largo, altanero, sobre el cual aparecía una cabeza fina, sensual, de arrogante orgullo.

Y Mike, bruscamente, recordó. Había visto ese tipo de cuello, ese tipo de cabeza, en una exposición sobre Egipto. Y era justamente eso lo que le recordaba bruscamente aquella mujer: una reina de Egipto, una especie de Cleopatra de los siglos pasados.

Con la boca y los ojos abiertos de asombro, Mike continuó contemplándola, con los brazos colgantes, mientras un charco se

extendía alrededor de sus pies separados. Fue una larga risa burlona lo que le sacó de su admiración.

—¡Oh, Nouhad! ¡Se diría que has encantado al tornado! Te come con los ojos.

Nouhad el Ajamié llevó sobre Mike una mirada indiferente. El muchacho distinguió dos ojos negros, inmensos, brillantes como carbón, apuntando al sesgo hacia las sienes; una boca carnosa, roja, sensual, desdeñosa, y una nariz derecha, con unas ventanas que temblaban dulcemente. Con su movimiento, una esquina de su sujetador había caído, desvelando el alto de un seno de esplendidez asustante. Y Mike se asustó. Enrojeciendo, se precipitó a recuperar su toalla y sus sandalias. Demasiado brutalmente. Resbalando sobre el charco, cayó hacia adelante con un ruido ensordecedor. Intentando agarrarse, derribó una silla de jardín y se incorporó de un salto, pero, ¡ay!, al sentir sobre él los ojos desdeñosos de la joven, se dio de cabeza contra el palo de un parasol y la gruesa seta de tela fue a caer a la piscina. Desde el bar, los camareros con camiseta rayada de marino, se precipitaron. Myriam, la amiga de Nouhad, se rio.

—¡No es un tornado! ¡Es más bien un ciclón!

—Digamos mejor una calamidad —rectificó Nouhad mientras volvía a presentar su espalda de un bello color cobre rojo a la mujer y en tanto Mike, enredado en sus sandalias, huía tratándose con todos los nombres del infierno.

El capitán Anizé tenía la cincuentena sólida. Era alto, ancho de espaldas y algo panzudo. A despecho de su grado, vestía siempre de civil, con trajes bien cortados que le sentaban bien. Cuando un ordenanza de la comandancia del puerto le anunció la presencia de Mr. Gibson, del *New York Telegram*, ordenó que le hicieran pasar y se puso en pie para tenderle la mano.

—Encantado, señor Gibson. Me complace poderle ser útil en su encuesta sobre el Próximo Oriente.

Mike le devolvió el apretón. Vestía un blue-jean, calzaba alpargatas, y llevaba el torso embutido en un blusón azul a mallas que compró en Italia en el transcurso de una investigación. Portaba el sombrero de tela en la mano izquierda y una Kodak colgaba de su

hombro.

—Mi adjunto, el teniente Charad —añadió el capitán presentándole a un hombre guapo vestido con uniforme kaki.

—Bienvenido al Líbano, señor Gibson —dijo estrechando a su vez la mano de Mike.

Y luego, volviéndose hacia su superior:

—Si permite que me retire, mi capitán…

—Desde luego, Charad —asintió Anizé—. Esta tarde volveremos sobre ese tráfico de alfombras.

El teniente saludó y salió. Anizé indicó un sillón a Mike.

—Siéntese. Y sepa ante todo que estoy contento de verle. ¿Cómo está su jefe?

—Bien. Me ha encargado que le presentara sus respetos.

—Le dará usted las gracias cuando le vea. Y, ¿qué puedo hacer por usted?

—Bueno, el señor Marshall me dijo que podía tener entera confianza en usted y que la escribía a su domicilio particular para explicarle qué vengo a buscar aquí.

El capitán, que desgranaba un masbaha[6] de ámbar en su mano izquierda, fijó sobre Mike sus ojos grises, dominadores.

—Exacto. Mi amigo Marshall me ha escrito sobre usted. Conozco su nombre, su posición, y qué desea usted encontrar. Le ayudaré todo lo que pueda. Pero creo que la lucha será dura.

—¿No ha averiguado usted nada especial en lo que concierne a la muerte de mi colega Chester?

—Nada. Y sin embargo no son confidentes lo que me faltan… Pero esta vez confieso que…

Los ojos grises de Anizé buscaron las ventanas que daban sobre el puerto. Su vista se fijó sobre un rebaño de cabras que desembarcaban de un cascarón con pabellón turco. Luego, observaron cómo unos hombres cubiertos de polvo blanco cargaban a paletadas fosfatos con destino a Jordania. Y al fin, dijo:

—Los responsables de la muerte de su camarada serán difíciles de desenmascarar, pues no hay duda que son los mismos que se entregan a ese inmenso tráfico de drogas y de tabaco. Y supongo que es la cabeza lo que su jefe quiere cortar, ¿no es eso?

—Evidentemente. En esta historia, los pequeños nos interesan menos. Si los atrapamos, serán fácilmente sustituidos. Lo que

necesitamos es su cerebro.

Un grano de ámbar saltó bajo el pulgar de Anizé, que volvía su rostro hacia Mike.

—El cerebro que probablemente ordenó el asesinato de su colega, será difícil de encontrar. Aquí estamos en Oriente, señor... Gibson. Y las reacciones son muy diferentes que en otras partes. Si el cerebro está situado alto, le costará mucho llegar hasta él. Yo —se designó a sí mismo con el pulgar que desgranaba el masbaha— ataqué en cierta ocasión a una alta personalidad de mi país. Una personalidad que dirigía en la sombra un importante tráfico de drogas.

Una delgada sonrisa apareció en el rostro del hombre que era el terror de los traficantes de Oriente.

—Pues bien, acabé en la cárcel. Por cuatro días. Y hubiera podido pudrirme allí mucho más tiempo, pero aquella vez había ido demasiado lejos. La opinión pública se conmovió e intervino a mi favor. No tuvieron más remedio que soltarme.

—¿Y esa personalidad?

La sonrisa se borró bruscamente del rostro inteligente del capitán.

—Jamás fue inquietada. El tiempo que yo pasé en prisión sirvió para liquidar a los testigos molestos.

—Comprendo —dijo Mike—. Dicho de otra forma, las cosas, para mí, no se presentan demasiado bien.

—No muy bien, no —suspiró Anizé levantándose y yendo a instalarse ante la ventana—. Pero usted está aquí para intentarlo. ¿Tiene una idea sobre la forma de orientar su investigación?

Anizé se volvió, los ojos brillantes de malicia.

—Me refiero a su verdadera investigación, no a la de su pretendido periódico. No está mal ese truco de aparecer como reportero. Eso le permitirá rodar a derecha e izquierda sin despertar demasiada desconfianza.

—Tengo, en efecto un proyecto. Allá, en el 210 de Varick Street[7], hemos reflexionado mucho desde que supimos la muerte de Chester. Y el señor Marshall me ha encargado que le expusiera nuestro plan. Piensa que usted está mejor situado que Fenner para ayudarnos.

El capitán volvió a instalarse tras su mesa.

—Le escucho. O, mejor, no. Me contará eso en el coche. Le llevo a probar nuestro famoso *mezzé* oriental.

Mike se puso en pie.

—¿Mezzé?

Anizé cerró con llave uno de los cajones de su escritorio, después de haber guardado dentro un dossier.

—Son nuestros entremeses. Con algunas cosillas crudas, es un conjunto de setenta platos.

—¡Caramba! ¡Quiere usted matarme!

—No —sonrió el capitán—. El arak[8] le hará digerir todo eso.

Salieron bajo el sol. Mike, con una libreta y un lápiz en las manos, tomaba notas. Como un periodista concienzudo.

—Voy a almorzar con el señor Gibson —le dijo el capitán al ordenanza que le abría respetuosamente la portezuela de un viejo Oldsmobile—. Si me reclaman, estaré de vuelta a las cinco.

El ordenanza saludó y contempló cómo el coche se alejaba. Sentado al volante, Anizé explicaba a Mike:

—Esta tarde daremos con la lancha una vuelta por el puerto y podrá sacar algunas fotos de mí y de mis oficiales. Esto les halagará y acreditará su profesión de periodista. Y, ahora, le escucho.

Cruzaban las verjas del puerto franco ante el saludo de los centinelas puestos en posición de firmes. Mike estiró sus largas piernas antes de comenzar.

—Bien, pues nosotros hemos llegado a pensar que incluso un periodista podía ser un traficante. Y, más lejos aún, que afiliado a un gang, podía aprovechar la ocasión de un viaje para intentar un buen golpe a cubierto bajo su carnet de prensa.

Anizé, que adelantaba a un lujoso taxi, asintió en silencio. Mike, que miraba de soslayo las estampas piadosas fijadas sobre el parasol del coche, lanzó al capitán una mirada de sorpresa. Luego, prosiguió:

—Suponga que dejo correr el rumor de que tengo un enorme lote de cigarrillos americanos en venta. Procedentes de contrabando, desde luego.

Mike, a través del retrovisor, vio cómo un relumbre de interés animaba de pronto los ojos grises del capitán.

—Y ese lote, ¿está usted verdaderamente decidido a meterlo en el circuito?

—Desde luego. Todo está dispuesto para la operación. No tengo más que enviar un cable a Nueva York. Lo tenemos todo organizado: barco, tripulación, etcétera. No hay cuestión financiera o de otra clase que pueda frenarnos. Usted conoce lo mismo que yo el problema que la droga plantea a los Estados Unidos, ¿no es eso?

El capitán hizo un gesto afirmativo.

—Visto que en Nueva York le procuran los medios para ponerlo en marcha, su plan puede llegar a buen fin. Puede permitirle, si lo lleva bien, llegar hasta traficantes importantes. Y, quizás, desde éstos a los asesinos de Chester. Es una experiencia que se puede intentar. Tanto más puesto que aquí las grandes bandas son raras, pues, en realidad, solamente una de ellas es poderosa.

—¿La que planchó a Chester?

—Probablemente. El porvenir nos lo dirá... si tenemos suerte.

—Para conseguirlo, mi objetivo es intentar que esos cigarrillos me sean pagados con droga.

El capitán, que acababa de adelantar a un tranvía ruidoso y horriblemente feo, que normalmente debería vencerse bajo el peso de los racimos humanos, sucios y chillones, que se colgaban de él, meneó la cabeza.

—Sé cuál es su objetivo... Pero dudo que llegase hasta él fácilmente. Necesitará primero inspirar confianza, intentar un negocio o dos sobre el plan habitual, antes de que le paguen en droga. Al menos, esa es mi opinión.

—También la mía —confesó Mike—. Pero antes de intentar eso, necesito un contacto. Un tipo introducido en el medio de los traficantes de tabaco. ¿Ve usted lo que necesito?

Anizé frenó bruscamente, obedeciendo a un agente motociclista con el casco blanco ornado con el minúsculo cedro verde, el emblema del país.

—Esa no es una dificultad. Conozco a un montón de crápulas. Lo mejor será ponerle en las mejores manos posibles, por decirlo así...

Arrancó de nuevo siguiendo la indicación del agente. El motorista había mostrado un celo inútil puesto que otros coches no le habían obedecido. Anizé añadió pensativo:

—Tal vez uno de mis confidentes...

Mike volvió la cabeza hacia el capitán.

—Hablando de confidentes, ayer vi a uno en el despacho de Fenner. Un tal Albert.

Anizé frunció las cejas.

—¿Albert estaba con Fenner ayer? Apostaría algo a que le propuso quinientos kilos de hachís.

—Sí. Esa era la razón por la cual estaba allí.

—¡El muy cerdo! Ese asunto me lo propuso a mí también. Y ha debido igualmente proponerlo a otros servicios. ¡El crápula!

De todas maneras, no había la menor cólera en la entonación del capitán, que prosiguió, lanzando sobre Mike una breve mirada:

—Pero es una lástima que Albert le viese a usted.

Mike, que acababa de abanicarse el rostro con su sombrero, replicó:

—No me vio. Yo estaba oculto. ¿Por qué iba a ser una lástima?

—Porque ese Albert podría muy bien ser su hombre. Está introducido en todas partes, no tiene escrúpulos y siempre necesita dinero.

—Sí, es un drogado. Mas usted sabe que jamás se puede confiar en los drogados.

Anizé, que conducía siguiendo la corniche, se encogió de hombros.

—De acuerdo, pero para lo que queremos creo que Albert puede servirnos. Contra más lo pienso, más veo que es nuestro hombre. Y puesto que es un crápula, nosotros seremos más crápulas que él.

Detuvo el coche en un restaurante a la orilla del mar. Y añadió, riendo y mostrando sus dientes:

—Lo cual no nos será difícil.

Bajaron del coche y antes de entrar en el local, el capitán retuvo a Mike por el brazo y le aconsejó:

—Ahora, cambiemos de tema. Aquí hay siempre gente que me conoce. Así que por su interés, deles la impresión de que es un verdadero reportero. Plantee preguntas sobre la ciudad, el puerto, tome notas, hable alto. En fin, usted sabe mejor que yo lo que debe hacer.

—No se preocupe por mí. Voy a interviuarle según las reglas. Pero, por favor entremos. Siento que me deshidrato.

—Una buena dosis de arak le dejará como nuevo —sonrió el

capitán, cediéndole el paso a Mike en la puerta donde se inclinaba un director árabe.

4

En Beirut la mayoría de las *boîtes*, restaurantes y hoteles dan al mar. «Las Mil y una noches», *boîte* típicamente árabe, respetaba esta regla. Alzaba su feo edificio gris sobre la corniche, poco antes de llegar a la gruta de los Pichones.

En la noche, sus letras de neón azul atraían la mirada de los turistas, recordándoles las bellas historias del Oriente encantador. Pero no se atrevían a entrar salvo si permanecían en grupo. Y aún... El tugurio tenía mala reputación. Justificada. Sólo los aventureros locales o internacionales, los príncipes del desierto y otros tipos rudos, la frecuentaban. Los libaneses de buenas costumbres no ponían los pies en él.

La sala, poco iluminada, era inmensa, bordeada a la izquierda por el mar, del cual se sentía a veces el olor fétido. En cambio, no se oía de él la dulce canción. Todas las mesas en la orilla de la pista estaban llenas. Mike y el capitán Anizé ocupaban una de las mesas. El joven americano fijaba sus ojos en el estrado, donde una bailarina libanesa se exhibía, vestida con una especie de taparrabos, bajo una orgía de proyectores. Sus senos y su grupa eran enormes. Muy morena. Muy alta. ¡Un verdadero monumento de carne! Y, desde luego, su exhibición era la clásica danza del vientre, que ella reforzaba con un máximo de vulgaridad.

Los grandes senos desnudos eran todavía duros, a despecho de su masa. Se balanceaban al ritmo de la música árabe, acunados por los ojos crueles y oscuros de los clientes. Sus ancas gruesas, con burletes desbordando de ellas, iban y venían sin cesar, haciendo girar el ombligo en una especie de suave y lasciva espiral. La chica buscaba excitar la imaginación de los clientes. Y lo conseguía. Muchos de los machos presentes se humedecían los labios y

comenzaban a lanzar sobre las animadoras, diseminadas en la penumbra de la sala, miradas de tratantes de ganado.

Mike, que acababa de beber un trago de scotch, abandonó un instante el espectáculo para volverse hacia Anizé.

—¿Está seguro de que vendrá?

—Seguro —le tranquilizó el capitán al tiempo que le devolvía el saludo a un saudí, cuyo rostro de buen linaje destacaba aún más gracias a la *hatata*[9] negra y blanca—. Albert no puede fallar. Me necesita demasiado. Por otra parte, le he prometido un dinerito. No se preocupe, él vendrá. Lo único, ya sabe usted, es que Albert es como todos los orientales: la hora no cuenta para él.

En la escena, la bailarina, obedeciendo a la orquesta de diez músicos que de pronto se desmelenaban, aceleraba su ritmo. Con los brazos levantados por encima de la cascada de su cabellera, sus gruesos senos apuntando desafiantes hacia el público, a medias sentada sobre sus pies desnudos, con los tobillos rodeados de aros de plata, hacía girar su vientre, sus caderas, su ombligo, toda su grasa en una rotación sin fin que era una llamada al celo, a la violación.

Mike, que distinguía netamente sus pupilas, fijas extrañamente sobre una sonrisa artificial, se inclinó hacia el capitán:

—¡Se diría que está drogada!

Anizé, que desgranaba su masbaha de ámbar, dirigió su mirada hacia las animadoras de ávidas caras.

—Todas ellas lo están. Hachís. A veces, morfina.

El masbaha, discretamente, cambió de dirección para señalar a un hombre adosado a una columna: joven aún, su rostro reflejaba la misma avidez que el de las animadoras, pero su mirada era helada.

—Ahmed, el dueño —precisó Anizé—. El es quien suministra la droga a las animadoras. Eso le permite dominarlas mejor.

—¿El también trafica?

—Absolutamente. Pero jamás hemos podido atraparle. Es coriáceo y desconfiado.

Una pálida sonrisa apareció en los labios del capitán.

—Quizá lo atrapemos un día. Si Alá lo quiere...

En aquel instante la puerta se abría dando paso a Albert.

—Ahí tenemos a nuestro hombre. ¡Acuérdese de lo que hemos convenido!

—Tranquilo —le dijo Mike dando la vuelta a una hoja del block que tenía delante y sobre el cual, de vez en cuando, tomaba notas apresuradamente.

Tras haber acostumbrado sus ojos a la tenue luz de la sala, el delator les vio y se acercó hacia ellos. Mas, obedeciendo a las indicaciones del capitán, fingió ignorarles y aparentó buscar una mesa libre. Fue Anizé quien le interpeló:

—¡Caramba, querido Albert! Beirut, decididamente, es pequeño.

Fingiendo la sorpresa, el confidente terminó de acercarse, con la mano tendida. —¡Mi capitán! ¡Qué placer!

E inclinándose hacia Mike, saludó:

—Señor.

El capitán señaló con su masbaha a Mike.

—Gibson, del *New York Telegram*, encargado de hacer un reportaje sobre nuestras regiones.

El masbaha se desplazó de nuevo:

—El señor Albert, una de las celebridades de Beirut. Hombre de negocios.

Mike estrechó la mano que le ofrecía. Era tal como la había imaginado la tarde anterior: poderosa, grande de palma y de dedos fuertes, en contraste con el personaje.

Ante la invitación del capitán, Albert se sentó y pidió al camarero que se acercaba:

—Un *bloody-mery*.

Y con un despliegue de sus encías, volviéndose hacia Mike, le explicó:

—Es una combinación mía: vodka y jugo de tomate.

Las encías se hicieron más visibles: rojas en su parte baja, más pálidas arriba, mostrando unos dientes enormes que se cariaban.

—Un poco de tomate. Mucho vodka.

Mike le devolvió la sonrisa.

—Yo tengo a gala aguantar, pero creo que esa mezcla me fulminaría.

—Oh, usted resistiría, estoy seguro—le halagó Albert—. Al cabo de una veintena no digo que no, pero dos o tres...

E, interesado de pronto, encadenó:

—¿Así que es usted reportero americano, señor Gibson? Eso es muy interesante, sobre todo para alguien a quien le gusten los viajes.

—¿Le gustan a usted, señor Albert?

El mashaba apuntó de nuevo a Albert.

—Precisamente es lo que más le gusta —observó el capitán—. ¿No es cierto, Albert? Usted no lo sabe, señor Gibson, pero nuestro amigo ha surcado el mundo…

El confidente hizo una inclinación con el busto, desplazando ligeramente sus hombros caídos, y confirmó:

—En efecto, capitán. Europa, América del Sur y del Norte, Hong-Kong, Saigón, el Irak, Damasco, El Cairo…

Mike, discretamente, estudiaba al hombre. No había perdido nada de su aire de traidor de melodrama y sus ojos seguían siendo igual de globulosos. Pero ahora, Mike podía verles el color. Eran de un verde glauco con una punta negra en el centro que se dilataba: esa punta de fijeza inquietante que caracterizaba a los drogados.

Los granos del mashaba golpearon ligeramente contra la madera de la mesa.

—¿Sabe usted, señor Gibson, que Albert incluso ha estado casado con una de las Blue-Bell girls, y que tuvo un hijo? ¿No es verdad, Albert?

El busto del confidente se inclinó de nuevo.

—¡Tonterías de juventud, capitán! ¡Ay! Y mi mujer está lejos. Muy lejos. ¡Ah! Si tuviera los medios de poder ir a ver a mi chico. ¡Hace ya diez años que no he pisado Londres! Cómo pasa el tiempo…

Suspiró largamente. Después, mirando a Mike, añadió:

—Sin embargo, me he prometido a mí mismo ir allá, tan pronto haga un buen negocio.

Y luego, sin ninguna vergüenza, sin ningún pudor:

—Estoy intoxicado, señor Gibson. Y si tengo interés en ir a Londres es tanto por ver a mi hijo como para curarme del vicio.

El capitán aprobó:

—Es uno de los viejos sueños de Albert. Pero para realizarlo necesita dinero. Mucho dinero, pues quiere desembarcar en Londres con un gran guardarropa y los bolsillos bien llenos.

Anizé movió la cabeza con aire severo.

—Hace mucho tiempo que hubiese podido realizar su sueño si fuera más serio. Pero en cuanto tiene unas piastras… ¡Morfina y juego!

Mike sopesó a Albert con la mirada, intentando comprenderle, mientras el capitán añadía:

—Debería usted utilizar los servicios de Albert, señor Gibson. Conoce el Líbano como la palma de su mano, habla ocho lenguas y podría informarle ampliamente para su reportaje. Siempre, por supuesto, de que además de los problemas sociales y políticos del Próximo Oriente le interesen a usted igualmente los bajos fondos y la vida de las calles.

—¡Yo estaría encantado! Si al señor Albert le interesa, desde luego —exclamó Mike siguiendo la comedia prevista.

—Oh, lo estará, desde luego, si usted le paga —remachó el capitán.

Los ojos globulosos de Albert buscaron los de Mike.

—Yo no tengo falso orgullo, señor Gibson. Si usted me paga bien, yo soy su hombre.

—Pues bien… —Mike fingió vacilar, mientras se levantaba—. No digo que no. Excúseme un instante, voy a los lavabos. Discutiremos a mi vuelta.

Cruzó toda la sala acompañado por la musiquilla que sincopaba las quejas guturales de una cantante berebere que ocupaba ahora el estrado dejado libre por la bailarina. Y si cantaba agarrada a un micro, desde luego no estaba vestida para ello.

En la mesa que Mike acababa de abandonar, el capitán seguía la comedia felicitando al confidente.

—¡Bravo, Albert! Ha sido una buena jugada. Ese periodista no sospecha nada. Ahora, será menester que me hagas el favor del cual te hablé vagamente por teléfono.

—¿Qué favor?

La mirada de Albert era calculadora, sus manos firmes, sus rasgos parecían menos torturados que la víspera en el despacho de Fenner. Debía haber encontrado su dosis de droga.

El capitán puso los codos sobre la mesa.

Su atención parecía atraída exclusivamente por la cantante,

pero, con los labios apenas entreabiertos, musitó:

—De Nueva York me han avisado que ese Gibson podría estar en el contrabando de cigarrillos. Un asunto grande. Necesito saber si es cierto. ¿Crees que me podrás hacer ese favor?

Albert limpió de un trago su vaso y le hizo una seña al camarero para que le trajese otro.

—No debería beber tanto. Disminuye en seguida los efectos de la droga, pero allá penas. Me gusta beber.

Tras esta confesión, mostrando de nuevo sus encías, añadió:

—Yo no pido más que ayudarle, capitán. Y, ¿qué gano con eso?

—El doce por ciento sobre el total de los cargamentos capturados. ¿Te va?

Albert se hizo con uno de los Camel que Mike había dejado sobre la mesa. Lo encendió y luego, entre dos bocanadas, dijo:

—Sí, pero eso está en el porvenir. Lo que yo pregunto es qué voy a cobrar ahora, al momento. De usted.

—Nada.

—Pero, capitán... Usted olvida además que puedo perder el tiempo. Puede suceder que ese chico sea tan traficante como yo... Y yo soy un padre de familia.

Se rio cínicamente.

—Porque, entre nosotros, usted sabe que esa historia del hijo en Londres es un cuento, una leyenda que me he creado para sablear mejor a la gente.

Dejó de reír y separó las manos.

—De cualquier modo, un periodista que venga a vender cigarrillos por aquí, es algo que me hace gracia.

El masbaha chocó de nuevo contra la mesa.

—Idiota. Como si nosotros no conociéramos abogados, diputados, hombres influyentes que se mojan con negocios de esa clase. Ese periodista, según me han advertido, opera con un gang pero parece que quiere aprovecharse particularmente. Algo normal, ¿no?

Albert hizo un gesto vago.

—En el fondo... todo es posible. Pero si debo tirarle de la lengua a su hombre, eso me va a ocupar tiempo. Y quiero cobrar algo.

—Vas a cobrar de él, por hacerle de guía.

—Eso no basta. Quiero algo de usted... ¿Qué?

—Nada, ya te lo dije. No olvides que si un día tengo ganas puedo encerrarte. No olvides tampoco los favores que yo te he hecho a veces.

Sin ningún pudor, Albert extendió su gruesa mano sobre la mesa, con la palma abierta hacia arriba.

—Solamente cien libras, capitán. Ni una más y yo soy su hombre.

Anizé, que seguía con los ojos a Mike, que se acercaba, cansado, claudicó:

—Cincuenta. Ni una piastra más.

—Bueno —suspiró Albert, como si se hubiera traicionado a sí mismo—. Pásemelas, capitán. Le prometo darle buenos informes.

El capitán se rascó el bolsillo, extrajo un billete arrugado y el confidente lo cogió con amplia sonrisa.

—Gracias, capitán. Yo siempre digo que usted es el tipo más correcto de todo Beirut.

Mike se sentaba junto a ellos. Albert prosiguió:

—¡Señor Gibson! ¿Qué diría usted de anticiparme quinientas libras por pilotarle por los lugares prohibidos de la ciudad? Por supuesto, quiero decir quinientas libras a cuenta de las dos mil que me dará por mostrarle los rincones desconocidos y prohibidos a los occidentales.

Mike, con la mirada, consultó al capitán. Y éste decretó:

—Te va a anticipar cincuenta. A cuenta de las doscientas que te pagará en total. Ni una más.

Albert alzó los brazos, ultrajado.

—Pero, capitán…

—Cincuenta, Albert. A cobrar ahora. Pero ni una piastra más.

Albert volvió hacia Mike su mirada globulosa y suspiró:

—Está bien, señor Gilbson. Deme las cincuenta libras. No puedo negarle un favor a mi amigo el capitán. Confiese usted que soy comprensivo.

Mike alargó un billete que desapareció como absorbido por un aspirador y dijo, amistoso:

—Creo que vamos a entendernos bien, señor Albert. Cuento con usted para que me haga ver cosas interesantes. Quiero decir, que gusten a mis lectores.

—Descubrirán un mundo insospechado —le tranquilizó Albert

mientras tendía ávidamente la mano hacia el vaso que le traía el camarero.

Y sin pestañear, bebió de un trago el alcohol brutal y esperó a que le explotara en el estómago con un calor irradiante.

5

La barca de Mokrar estaba varada en seco en la orilla. En parte solamente, pues las olitas perezosas le lamían la popa.

Era una hermosa barca, sólida, construida con madera dura a la cual habían desecado previamente durante mucho tiempo. Estaba pintada de rojo y sobre sus costados, a proa, estaba inscrito su nombre: *Vivir Libre*. La inscripción estaba en árabe, desde luego, porque Mokrar sólo hablaba el árabe.

Además de los dos gruesos remos, un pequeño motor propulsaba a la *Vivir Libre* sobre el agua azulada. Un pequeño motor marino que Mokrar cubría con una lona negra cuando terminaba su trabajo. Dos amplios bancos cortaban transversalmente la embarcación. Y, a popa, cerca de las líneas enrolladas sobre placas de corcho, había una linterna en una hornacina de madera pues, a menudo, Mokrar pescaba al lamparo.

A cien metros de allí, a la derecha, poco antes de la bahía de Joulnie, que le ocultaban enormes rocas y gigantescos acantilados, Mokrar se hallaba metido en el agua hasta las piernas, hablando mientras desmigaba gruesas gambas crudas:

—Vamos, vamos, pequeños, venir a ver a papá Mokrar.

Inclinado sobre el agua que no velaba el fondo, vigilaba el acercamiento, desconfiado primero, de sus amigos los peces. Y su mirada oscura y dulce brilla alegremente viendo a los salmonetes volatilizarse mediante un coletazo antes de volver hacia él con saltos de plata. Luego, Libertad, el grueso salmonete, el amigo íntimo de Mokrar, apareció a su vez seguido de una docena de pececillos. Debía venir de lejos, porque, normalmente, era siempre el primero en acudir a la llamada del hombre que, desde hacía tanto tiempo le traía comida.

Del doble tamaño que los otros, se acercó bruscamente y comenzó a girar con lentitud alrededor de las peludas piernas sumergidas en el agua tibia. Después, se decidió y comenzó a sorber las partículas de gamba que desde arriba, desde el paraíso de los hombres, una mano amiga dejaba caer hacia él.

Desde su balsa, una madera no vaciada de más de dos metros de largo, que su padre les había tallado en forma de barco, Alí y Ahmed reían. Estaban desnudos y sus pieles morenas y cabellos negros reflejaban su salud y alegría. Alí tenía seis años y Ahmed ocho. Y como Ahmed era el mayor, era él quien tenía entre las piernas la pala fabricada por Mokrar. Pero no pensaba remar por el momento. Ni el pequeño tampoco. Ambos estaban sentados sobre una roca que bordeaba la cala minúscula y su balsa flotaba mansamente la inmensidad del mar y, a sus espaldas, la carretera de Trípoli y, como telón de fondo, las montañas tranquilizadoras del Líbano.

Desde su refugio, los dos niños distinguían a Libertad y a sus compañeros. Sus ojos brillaban de felicidad, sobre todo cuando la voz de papá Mokrar se elevaba como en aquel momento:

—Vamos, vamos, pequeños. Vamos, vamos, venir a ver a papá Mokrar.

Desde su roca, Alí y Ahmed se reían con una risa muda, rica. Luego, Alí pidió:

—¡Papá, papá! ¡Haz subir a Libertad!

Mokrar alzó la cabeza hacia sus hijos, dejando el agua chorrear de su mentón y de su corto bigote negro sobre su torso desnudo. Tenía la cara redonda, grasienta, con gruesas cejas negras sobre sus ojos dulces y oscuros. Sus cabellos eran tan negros y rizados como los de los dos niños.

Sonrió. Luego, poniendo una gamba entre sus labios, metió la cabeza hasta la boca en el agua y fue dejando caer, mientras los masticaba, pedacitos de gamba. De pronto, desde el fondo, Libertad se precipitó hacia arriba y fue a rozar los labios de su amigo antes de refugiarse de nuevo junto a sus pies.

Partiendo de la roca, dos risas frescas ascendieron a la escalada del acantilado.

Mokrar, irguiéndose, contento también, se secaba la cara con el revés de su brazo peludo cuando, viniendo de lejos, una voz gritó:

—¡Mokrar! ¡Mokrar! ¡Una visita!

El pescador volvió su cuello poderoso. Más allá de la playa de arena, su mujer, Fayraz, le llamaba. A su lado se destacaba una silueta de hombre.

Mokrar alzó un brazo velludo y fuerte para indicar que iba para allá. Luego se volvió hacia la roca.

—En marcha, Ahmed. Dale la mano a tu hermano.

Seguro ser obedecido dio media vuelta y cruzando la playa se dirigió hacia su casa, plantada solitariamente en la prolongación del acantilado. A lo largo del día, el sol la aplastaba por sus cuatro costados y por su techumbre de tejas rojas. No constaba más que de una planta baja bastante amplia: dos habitaciones con suelo de tierra batida, una de ellas más grande en la que Fayraz cocinaba, comían todos y dormían los niños.

Desde la playa a la casa había sus buenos sesenta metros de escalada. Mokrar resoplaba al llegar arriba. Se detuvo a dos metros de Albert y se llevó la mano al corazón, luego a los labios y finalmente a la frente.

—Salam Aaleikum[10].

Albert, que tenía su sombrero gris en la mano, le devolvió el saludo árabe.

—Wa Aaleikum Al Salam[11].

El pescador se inclinó:

—Amlan wa Sahlan[12], Albert.

E hizo un gesto, mostrando su casa, invitando a Albert a entrar en ella. A sus pies, el agua seguía goteando de su pantalón azul arremangado hasta las enormes pantorrillas. Sobre su torso velludo brillaban las gotas antes de rodar hasta el vientre, ceñido por la trenza que le sujetaba el pantalón. El bucle de la trenza estaba detrás, en la espalda de Mokrar, y de debajo de ella salía el mango de un corto puñal cuya vaina desaparecía bajo la tela del pantalón.

Mokrar era fuerte pero bajo, pues apenas alcanzaba el metro sesenta y cinco centímetros. Era más ancho. Casi tanto como alto. Todo carne y huesos. Su sonrisa era muy dulce.

Albert se inclinó para darle las gracias.

—No me quedaré mucho rato. Un taxi me espera en la carretera.

El tiempo de explicarte el motivo de mi visita y me voy.

Mokrar tuvo un breve batir de sus largas pestañas negras, unas pestañas y un movimiento que algunas mujeres le habrían envidiado, e hizo una seña. Fayraz, morena, la mirada ardiente, rostro triangular de fiera salvaje, con el talle y el paso ágiles, hizo una pirueta sobre sus pies desnudos. Con el movimiento, su falda coloreada se alzó mostrando sus piernas nerviosas. La mujer entró en la casa y Albert la siguió. Antes de imitarlos, Mokrar volvió su mirada hacia el mar. Abajo, en la playa, sus hijos, a horcajadas sobre su balsa, avanzaban al ritmo de la pala de Ahmed, el mayor. Dominada por el gigantesco acantilado, la balsa parecía un minúsculo juguete arrojado sobre la alfombra del mar que se ondulaba imperceptible, pero lascivamente, lo mismo que una mujer enamorada.

En la sala, Albert estaba ya sentado. Fayraz ponía ante él una taza de café y un vaso con agua helada del pozo.

Mokrar se instaló frente a su visitante y en seguida Fayraz le trajo café y agua helada. A un seña de su dueño, Fayraz desapareció.

—Te escucho —le dijo Mokrar después de que Albert hubiese vaciado el vaso de agua y mojara sus labios en el café ardiente.

El confidente le miró con sus ojos globulosos.

—Te diré lo que me trae, Mokrar. Tengo un cliente para ti. Un comerciante en cigarrillos. Un periodista americano que acaba de llegar a Beirut. Puede traer una enorme cantidad de cajas. Creo que es un asunto serio. Por eso he pensado en ti.

Mokrar le dio las gracias con una inclinación que hizo que su vientre se apoyara en el borde de la mesa mientras sus gruesos senos se movían suavemente.

—Estoy halagado, Albert. ¿Pero qué te prueba que ese tipo es serio? ¿Quién te lo ha presentado?

Albert, abriendo los brazos mintió:

—Tú ya sabes que yo tengo acceso a todas partes. Le he conocido en su hotel, el Excelsior. Hemos hablado. Y como una cadena de periódicos le ha encargado un recórtate sobre el Próximo Oriente, yo me he ofrecido a pilotarle un poco. Y tú ya sabes cómo son las cosas. A fuerza de verse, uno toma confianza. Así fue como supe que ese hombre trataba de vender un cargamento de

cigarrillos.

Mokrar, que degustaba lentamente su café, dijo al fin:

—Quisiera ver a tu hombre y hablarle. ¿Puedes arreglarlo para esta noche?

—Elige el lugar y la hora. Mi periodista estará allí.

—¿Habla el árabe?

Albert sacudió la cabeza.

—No. Tendré que servirte de intérprete.

—De acuerdo. Encontrémonos esta noche a las diez en casa de Jami, la taberna del Choucan. ¿La conoces?

—Sí. Allí estaremos mi hombre y yo. ¿Cuánto voy a cobrar si hacéis el negocio?

Le tocó ahora el turno al pescador de alzar los brazos.

—Tú ya sabes que yo no puedo decir nada. No es cosa que yo pueda decidir. Aunque no creo que tengas nada que lamentar si el negocio es bueno.

Mokrar se levantó.

—Cada vez que nos has traído un negocio, nunca lo has lamentado.

—No he lamentado nada, desde luego —contestó el confidente poniéndose de pie también—. Y esto lo digo igualmente respecto a la gente con la que tú trabajas. También confío en ellos.

E inclinándose, la mano sobre el corazón, más traidor de melodrama y más comediante que nunca, Albert añadió:

—Ellos y tú siempre me habéis satisfecho.

Mokrar sonrió. Sus dientes blancos, casi azulados a fuerza de blancura, cortaban su cara redonda, cocida y recocida por la reveberación del mar.

—Y te satisfaremos aún más —dijo cediéndole el paso a Albert, que salía al sol, al terrible sol del mediodía.

Mokrar le acompañó a lo largo del camino de una cuarentena de metros que serpenteaba alrededor de las piedras requemadas por el sol. Desembocaron en la carretera alquitranada donde rodaban hacia Trípoli poderosos camiones Mercedes y coches de lujo, la mayoría con marcas americanas.

Mokrar esperó a que Albert hubiese montado en su taxi, antes de volver hacia los suyos con su paso lento y balanceado de marino. Avanzaba en el sol, los hombros ligeramente echados hacia atrás

según su costumbre, lo que tendía aún más su pesado vientre hacia adelante dando a su cabeza de cabello crespo un aire altanero. Al paso, lanzó sobre el cobertizo donde estaba guardado su viejo Ford una mirada satisfecha; luego, dejando atrás su casa solitaria, fue a apostarse al borde del camino que subía de la playa y se quedó allí inmóvil. Abajo, la balsa estaba ahora varada junto a la *Vivir Libre*. Sus hijos escalaban la pendiente entre sus estallidos de risas de niños libres y fuertes.

Mokrar era optimista llamando «taberna» al tugurio de Jamil, un libanés con pata de palo. Era un local polvoriento, con un mostrador hecho con cajas de jabón y amueblado con algunos taburetes igualmente rudimentarios. Seis bebedores, el patrón incluido, podían moverse en el interior. Pero ni uno más, de modo que Jamil había ampliado su comercio instalando al otro lado de la ancha calle Chouran una barraca de enramada, desde la que se oía la mar cercana. Esa era, en definitiva, la taberna de Mokrar: seis por cinco metros, con una mesa tallada al hacha y tres taburetes igualmente rústicos. Lo mejor de la taberna era su situación, frente a la entrada desnuda del puerto. Al fondo, retirada tras una barrera de hojarasca que la hacía invisible a la gente que pasara por la calle, se alzaba una mesa más grande con dos bancos clavados en el suelo.

Mokrar ocupaba uno de los bancos. Frente a él estaba sentado Abdallah, y junto a éste, Boutros. Este último, flaco, seco, moreno, tenía la mirada azul y cruel. El otro, tan gordo como Mokrar y con su misma pinta, con el mismo bigote a lo Charlot, llevaba los cabellos aplastados sobre el cráneo; su negra mirada era burlona. Mokrar llevaba chaqueta pero no corbata. Sus pies de tobillos hinchados estaban calzados con sandalias de cuero que dejaban respirar sus dedos. Los otros dos iban en mangas de camisa y calzados con alpargatas. Los tres juntos formaban equipo. Mokrar los dirigía.

Colgando de un hilo, una bombilla iluminaba la mesa donde seguían los restos de su cena.

Abdallah retrocedió un poco, se adosó al follaje que guarecía la cabaña de la calle y eructó alegremente.

—Esto va mejor —dijo—. En las Arenas, el menú es más ligero.

Los otros asintieron en silencio. Abdallah acababa de chuparse seis meses en la prisión de las Arenas a causa de un asesinato y había salido la víspera. Seis meses por haber ejecutado un crimen por encargo, era barato.

Abdallah eructó por segunda vez y, frotándose el vientre, preguntó a Mokrar:

—¿Jamil tiene?

Mokrar asintió con una seña, fue hasta el borde de la acera y gritó, entre el paso de dos coches:

—¡Jamil! ¡Tráela!

Poco después, el cojo atravesó la calle iluminada por los faros de los coches y le entregó a Mokrar una bolita oscura. Volvía hacia su otro tugurio cuando se tropezó con Albert, al que acompañaba Mike.

—Mokrar te espera —le dijo— ¿Qué le traigo? Tengo orden de no molestar.

Albert se volvió hacia Mike.

—¿Un scotch, sir?

Mike asintió. Albert hizo un gesto ampuloso, señorial.

—Scotch para todos, Jamil.

Llegaron al fondo del chamizo donde los hombres se levantaron ante Mike y saludaron a lo árabe. Llevaba un blue-jean, un polo de fina lana azul y sus pies desnudos los calzaba en unas alpargatas de lona igualmente azul. Este color le sentaba bien, pues resaltaba el azul de su mirada vigilante y el tono de su piel, que se tostaba aprisa en ese país soleado.

Esperaron a que Jamil les hubiese traído cinco pequeños frascos conteniendo los whiskys y un bol de café lleno con cubitos de hielo. Una vez servidos, Mike le hizo un gesto a Albert.

—Dígales que estoy a su disposición, dispuesto a responder a sus preguntas.

Albert abrió la boca, inició una sonrisa que se truncó bruscamente ante los ojos crueles y fríos de Boutros.

El silencio reinó como amo y señor en la cabaña. Los observaban a Mike, detallándolo, pero no decían nada. Mokrar, por su parte, le observaba mientras calentaba a la llama de su mechero la pequeña bola de color oscuro que Jamil «el cojo» le había entregado.

Abdallah, siguiendo la maniobra, se chupaba los labios. Cuando la pasta que formaba la bola estuvo tibia, Mokrar la enrolló lentamente entre sus dedos gruesos hasta obtener un tallo delgado y duro como la madera de una cerilla. Durante este tiempo, Boutros agujereó tres cigarrillos Lucky sirviéndose de una astilla de madera que recogió del suelo.

Al fin el hachís estuvo preparado. Bien duro, el palito de pasta fue cortado en tres y cada pedazo metido por Boutros en los cigarrillos ya preparados. Un momento después, cada cual se apoderaba del suyo. Abdallah, con el mango de un cuchillo, golpeó amorosamente y con precaución sobre su palito para hundirlo un poco más en el tabaco. Los tres encendieron su' Lucky. Los tres miraban a Mike, que no pestañeaba. El muchacho esperaba. Comprendía que debía mostrarse paciente. Muy paciente. Albert, por su parte, comenzaba a estremecerse. Sus fosas nasales, abriéndose ampliamente, respiraban con avidez el acre aroma que escapaba de los cigarrillos. Sus dedos, sus pies, se agitaban. No podía aguantar más. Rompió el pesado silencio, suplicando:

—¡Mokrar, dame una chupada!

El pescador de la bahía de Joulnié ni se dignó mirarle. Pero Boutros le fulminó con sus ojos inhumanos. Albert, gimiendo, no insistió; vació su whisky de un trago.

Mike seguía esperando. Para engañar la espera, se llevó un Camel a los labios. No dejaba de observar a Abdallah. Este, que acababa de aspirar generosas bocanadas, las guardaba en su interior, dejando que el humo descendiera al fondo del estómago. Y para mejor gozar de la droga, para no perder nada, se tapaba la nariz y la boca con su ancha mano, impidiendo que el humo escapara. La asfixia se apoderaba de él, pero no quitaba la mano. Sus mejillas se habían hinchado, estaban enrojecidas y una vena batía en su sien izquierda. Otra, en su cuello sanguíneo, parecía a punto de estallar. Los ojos le salían de las órbitas y lloraba. Luego, la beatitud se extendió sobre su cara congestionada y, al fin, cuando no pudo más, retiró la mano. En seguida, el humo, saliendo de su nariz y su boca, le envolvió para dispersarse en la cabaña mientras terminaba de vaciarse con un golpe de tos, el cual, seco, le plegó en dos e hizo salir otras lágrimas a sus ojos negros. Cuando la tos se hubo calmado, cuando la calma se hubo hecho y el humo terminó

de escapar a través de la hojarasca, Mokrar, que no apartaba sus ojos de los de Mike, levantó un dedo hacia Albert.

—Que hable. Que diga el número de cajas que quiere vender. La marca y el precio. Traduce.

Albert, que con los párpados cerrados intentaba aspirar los máximos relentes de humo, se sobresaltó. Tras consultar con Mike, que habló sin vacilar, transmitió su respuesta a Mokrar.

—Para el primer envío, tengo quinientas cajas. Camel. Quiero noventa piastras[13] por cartón.

Mokrar siguió fumando plácidamente. Hubiera podido creerse que no había escuchado a Albert. Mas, de repente, habló:

—¿Cómo prevé la entrega? ¿Por mar? ¿O por camellos a través de Siria, Irak o la Arabia Saudita?

—Por mar —replicó Mike cuando Albert hubo traducido—. La traerá un barco enarbolando pabellón panameño.

Mokrar había comprendido. La palabra mar no necesitaba traducción. Dijo:

—En cuanto al precio, no soy yo quien decide. Dile que me siga, que le esperan.

Mike, imitando a los otros, se puso en pie. Mokrar, terminado su cigarrillo de hachís, lo arrojó al suelo. Una sonrisa de desdén frunció sus labios cuando vio a Albert precipitarse sobre la colilla. Y antes de que el confidente la pudiese recoger, la aplastó con el tacón.

Mike observó mejor a Mokrar y repentinamente se fijó en sus orejas. Estaban pegadas al cráneo y su reborde era muy delgado, casi apenas dibujado. Y Mike comprendió. Mokrar, a despecho de sus dulces ojos oscuros, debía ser un salvaje. Y comprendió también que ante tales hombres debía jugar muy duro o de lo contrario...

Cuando Albert se incorporó, en absoluto vejado pero sí con aire de desdicha en su rostro, Mokrar le dijo:

—Nos separamos aquí. La gente para la que yo trabajo no tiene ganas de conocerte. Así que nos llevamos a tu americano.

—¿Pero quién va a traduciros? ¡No habláis más que árabe!

—Si es preciso traducirá mi mujer que, de muy joven, trabajó en casa de unos ingleses y conoce su lengua. Pero tenemos algo mejor, no te preocupes. Y gracias por haberte molestado esta noche.

Albert alargó la mano. .

—¿Y cómo sabré si habéis tratado? ¿Cómo me pagaréis? ¿Y cuánto?

Los dientes de Mokrar brillaron aún más, bajo la sucia luz amarilla de la bombilla.

—¿Has tenido alguna vez queja de nosotros?

—No, no —se apresuró a decir Albert al reparar en la mirada cruel de Boutros clavada sobre él—. No, desde luego. Dile a tus patrones que tengo confianza.

—Se lo diremos —se burló Abdallah mientras se apretaba el cinturón que sujetaba sus pantalones oscuros, manchados de grasa.

Albert, volviéndose hacia Mike, adoptó un aire desolado.

—No quieren saber nada conmigo. Tiene usted que acompañarles, solo.

—De acuerdo —aceptó el fornido muchacho, sopesando a los otros con su mirada—. Voy con ellos.

Albert le presentó la mano derecha, con la palma en el aire.

—Despedimos a nuestro taxi. Deme algunas piastras para que no tenga que volver a pie.

Mike le tendió un billete de diez libras.

—¿Bastará?

Albert hizo una mueca. Sus ojos globulosos, entrecerrándose viciosos, brillaban con aire pícaro.

—Con otras diez, sí.

—O.K. —dijo Mike, a sabiendas que con un par de libras un taxi se estimaba bien pagado tras cruzar todo Beirut—. Llámeme mañana y le diré si todo ha ido bien.

Albert se inclinó antes de calarse su fieltro gris con un gran gesto de mosquetero.

—No faltaré. ¡Y no se deje amilanar! Son coriáceos para los negocios.

Mike le dio unas palmaditas en el hombro y salió siguiendo los pasos de Mokrar.

El viejo Ford seguía un dédalo de callejuelas, en la negrura del barrio musulmán, atravesando a veces una zona iluminada, obediente a la mano firme de Mokrar conduciendo. Sentado a su lado, Mike estaba alerta. A su espalda sentía el aliento de Boutros y

la risa grosera de Abdallah, a quien el hachís había excitado. Mike permanecía frío, aparentando tranquilidad, aunque su corazón latía más aprisa.

El miedo se apoderaba de él suavemente, ganando sus miembros. No era brutal sino tierno, insinuante, amistoso. Lo sentía coagulando su sangre, enfriando su piel. A causa quizá del decorado insólito de las negras calles amenazadoras, de las siluetas furtivas que se distinguían un instante en aquellos lugares misteriosos y sucios a los que no se acercaban los occidentales. Mike no pestañeaba, disimulando bien el miedo. Tenía la impresión de estar jugando al póker. Y debía farolear, mantenerse de mármol. Tras él, Boutros pasó repentinamente el antebrazo por el borde del respaldo y le rozó la nuca. Con los nervios en tensión, Mike, con gesto en apariencia maquinal, empezó a rascarse el vientre bajo el polo de lana azul: en realidad su mano se cerraba sobre la culata de su 38, pegada a la piel por el cinturón.

En verdad no tenía motivos para inquietarse. Los otros no parecían preocupados por él. Bromeaban en árabe y la risa de Abdallah resonaba en el interior del viejo vehículo, al que Mokrar acababa de meter en una callejuela oscura. Unos gatos que se peleaban sobre un montón de basura huyeron ante la luz de los faros. Unos momentos después el Ford desembocaba en una calle más amplia, iluminada, animada de gente, llena de ruidos y de olores. Mokrar aparcó a dos metros de una barbería, abierta pese a la hora, y todos se dispusieron a bajar del coche.

Si la calle estaba iluminada no era mediante un lujoso neón sino a base de algunas tristes bombillas. Iluminaban mal los locales donde se fumaba el narguile, las tiendas donde se apilaban los maravillosos frutos del Líbano y los restaurantes donde se doraba el *chaorma*[14] y el pescado frito. La calle era de dirección única y los raros coches la rayaban con el breve resplandor de sus faros. Ningún guardia se ocupaba de la circulación. A decir verdad, en aquel lugar no hacía falta. Era otro mundo donde las leyes no regían. Mike lo presentía. A su alrededor, las gentes parecían estar a gusto, como si vivieran en una francmasonería impermeable a todo lo exterior.

Casi enfrente a donde Mokrar se había parado, un poco más a la izquierda, la calle se cruzaba con una callejuela y allí la acera era

más ancha, pues aprovechaba el solar dejado por una casucha en demolición. Dos hombres ocupaban la pequeña plazoleta. Sentados sobre unos taburetes bajos, seguían el movimiento de la calle. Es hacia ellos que Mokrar arrastró a Mike. Uno, el que daba la espalda a la barraca en ruinas, permanecía de cara. Era ancho de espaldas, de cara rolliza, y se le adivinaba alto pese a su posición. Sus ojos eran grises y sus cabellos también, de un gris de acero que indicaban la fuerza y la salud que le animaban. Calzaba sandalias de cuerda. Una camisa de mangas cortas caía sobre su pantalón marrón a rayas, antaño blancas. Sus labios carnosos, marcados en las esquinas por los pliegues de la experiencia, chupaban el tubo de un narguile.

Su compañero era joven, muy joven. Tenía la talla y el aspecto de un adolescente enfermizo. Un ceremonioso traje negro cubría su cuerpo endeble sobre una camisa con puños de gemelos y corbata negra. Unas gafas con montura de acero cabalgaban sobre su nariz. Parecía tranquilo, digno. Tenía las manos cruzadas sobre las rodillas.

—¡Hola! —dijo Mike en americano.

El hombre de la pipa oriental no le dirigió ni una mirada. Continuó fumando su pipa, la cual hacía un suave chisporroteo. El joven, en cambio, alzó la cabeza.

—Preferiría hablar francés —le dijo en un tono mesurado—. Excúseme, pero me han dicho que usted habla esta lengua que me resulta más familiar.

—La hablo —respondió Mike asombrándose al comprobar que el hombre al que había tomado por un adolescente iba ya por la cuarentena.

—¡Tanto mejor! —le replicó—. Si quiere usted hacer el favor de sentarse, señor Gibson...

Señalaba con un índice, ridiculamente pequeño una silla que Boutros colocaba frente al hombre del narguile, el respaldo hacia la calle. Mike obedeció y Mokrar, apoderándose de otra silla, se sentó a su lado. Abdallah y Boutros permanecieron de pie, adosados a la pared de la derecha, la de un café moruno. Sus ojos no se separaban del hombre del narguile.

Mokrar habló en árabe. Y Mike comprendió que el hombre de la pipa era el jefe, pues a él Mokrar se dirigía. ¿Pero acaso el hombre

le escuchaba? Con su busto ligeramente inclinado hacia adelante, con su camisa abierta sobre su pecho tatuado con un tres mástiles, con sus codos clavados en las piernas, continuaba fumando. Lentamente. Pausadamente. Como un hombre para el que el tiempo no cuenta. Su forma de mirar a través del humo de su pipa de agua era irritante. Y molestaba a la larga. Su ojo izquierdo no dejaba de barrer la calle mientras que el derecho se paseaba lentamente sobre Mike. Y cuando se inmovilizaba un segundo sobre él, tenía la sensación de ser desnudado, adivinado.

—¿Nuestro Líbano le gusta, señor Gibson?

Mike se estremeció imperceptiblemente y volvió la cabeza hacia el hombre de aspecto aniñado.

—Sí. Aunque no lo conozco todavía. Pienso que es un país que hechiza.

Esbozando una sonrisa, el hombre descubrió sus dientes estropeados.

—Efectivamente, señor Gibson. Ya se dará usted cuenta.

Su voz era de una dulzura rara, femenina. Se expresaba en un francés escogido.

Los faros de un coche que pasaba iluminaron el grupo y Mike se estremeció. Incidiendo sobre las gafas del hombre aniñado, la luz puso de relieve sus ojos. El de la izquierda era enorme, fijo, incoloro. El de la derecha estaba como apagado, muerto.

«Dios mío —pensó Mike—, se diría que tiene un ojo de cristal tras sus gafas.» Desvió la mirada. La vista de aquel ojo muerto bajo el cristal de las gafas tenía algo de alucinante. Aquello no pegaba con el personaje ridículo, vestido como un profesorcillo de liceo francés de provincias. Acostumbrado a los truhanes de verdad, aquellos tipos le desconcertaban. Le helaban, literalmente, le daban miedo. Y bajo el polo, como con un gesto maquinal, volvió a rozar la culata de su 38.

Para Mike, si Albert le parecía un traidor de melodrama, el hombre aniñado le parecía haber nacido solamente para trabajar en las películas de miedo. En cuanto a la Esfinge, que seguía tetando su narguile, le parecía inclasificable. De todas maneras, esto no lo hacía tranquilizador.

—Mokrar acaba de participarnos sus proposiciones, señor Gibson —manifestó el hombre vestido de negro—. Pero ellas se anuncian un poco demasiado ambiciosas. No podemos aceptarlas.

Mike se enfrentó a la alucinante mirada. El hombre había hablado en plural. Y, sin embargo, era la Esfinge, el jefe. Esto se presentía, pese a que no hubiese abierto la boca. El otro parecía hablar en su nombre. ¿Acaso se entendían por señas? ¿O el hombre del narguile era mudo?

Volvió los ojos hacia él. La Esfinge le observaba con su forma peculiar, sin dejar de aspirar por su tubo.

—Tendrá usted que bajar sus precios, señor Gibson, si es que quiere tratar con nosotros —siguió la voz suave a su lado—. Sus quinientas cajas nos interesan, pero a noventa piastras el paquete.

Mike se volvió hacia él.

—Es que las he pagado muy caras y no puedo renunciar a mi beneficio. Además, mis gastos son enormes: el barco, la tripulación, los sobornos...

El hombre aniñado hizo un gesto de educada impotencia.

—Eso no nos importa a nosotros. Los americanos cuestan a treinta y cinco piastras en Tánger o en Las Palmas.

—Y ciento sesenta aquí —señaló Mike.

—En el mercado oficial, sí, en los estancos. Pero en el mercado negro, cuestan de ciento veinte a ciento veinticinco piastras, al detall. Así pues, nosotros compraríamos a...

Lanzó una frase en árabe y su ojo de cristal fue a buscar la mirada de la Esfinge. Mike sorprendió un gesto de este último.

—... setenta piastras.

Y juntando sus manos finas, infantiles, añadió:

—Es nuestra última palabra.

—Es usted glotón. A ese precio, yo pierdo dinero.

Los dientes estropeados aparecieron en la boca del hombrecillo.

—A setenta piastras, usted gana una fortuna, señor Gibson. Y yo le aconsejaría que aceptara porque, si quedamos satisfechos, trataremos otros negocios con usted... a condición que usted pueda suministramos, desde luego.

Bajo el polo azul, Mike dejó de acariciar la culata.

—Puedo suministrarles todo lo que ustedes quieran, pero por encima de setenta piastras.

—Setenta es nuestro último precio, señor Gibson —declaró el hombre aniñado con su voz de suaves inflexiones—. Nosotros nunca volvemos atrás.

Mike volvió la vista hacia la Esfinge. Este parecía mirarle con su ojo derecho mientras que el izquierdo seguía escudriñando la calle. Mike aparentó reflexionar. Al fin, capituló:

—Está bien, acepto, ¿señor...?

Su mirada se había hecho interrogante. El hombre aniñado hizo una mueca.

—¿Qué importa mi nombre? Aquí me llaman el Gnomo. Bonito alias, ¿verdad? Y bien justificado.

Descruzó sus dedos y se señaló a sí mismo con el pulgar. En su rostro devastado de anciano prematuro, la mueca se hizo más amarga.

—Único vástago de un auténtico noble francés, un duque... Antaño él vino aquí y amó a una mujer libanesa... mi madre.

La mueca le comió toda la cara.

—El resultado apenas fue brillante, ¿no es cierto, señor Gibson?

Mike inició un gesto pero ya el Gnomo se lo atajaba:

—Nada de compasión, señor Gibson. Y ahora que estamos de acuerdo, ¿cuándo prevé entregar la mercancía?

—Muy pronto. Haré venir mi barco al límite de las aguas territoriales libanesas y le advertiré por emisor del lugar donde deberá acostar. Y en cuanto a nosotros, ¿cómo mantendremos el contacto?

—Usted no tiene más que avisar a Albert. El verá a Mokrar y éste nos pasará el recado.

Mike carraspeó. Había llegado el momento. Vaciló pero debía probar. Se lanzó de cabeza:

—Y si un día... Quiero decir... ¿Qué ocurrirá si un día yo preferiera que me pagaran en droga?

El Gnomo se envaró dentro de su ceremonioso traje negro. Sus manos se juntaron y su mirada se dirigió a la Esfinge. Le habló en árabe, muy aprisa. Mas su tono continuaba suave. A su alrededor, Mike sintió cómo la atmósfera se espesaba. Bruscamente se apercibió de que tanto Mokrar como la Esfinge, de una sola patada, podían enviarlo bajo los neumáticos de los coches, que rodaban apenas a un metro por detrás de su espalda. Sin levantarse, tratando

de parecer lo más natural posible, desplazó su silla baja mientras su mano acariciaba de nuevo la culata tranquilizadora de su 38. Contuvo su aliento, los reflejos alertados, preparado para la lucha.

El ojo izquierdo de la Esfinge limpió la calle mientras que el derecho pareció clavarse sobre Mike.

El silencio era ahora pesado, angustiante. Sólo lo perturbaba el ruido familiar, inconveniente incluso, de la pipa oriental. Luego la Esfinge alzó un dedo, el ojo siempre clavado sobre Mike en seguida el Gnomo perdió su rigidez y dijo:

—No podemos decidir nada en lo que concierne a su petición. Al menos por el momento. Hagamos antes una primera operación. Después ya veremos. ¿Le parece bien, señor Gibson?

A su pesar, Mike, aliviado, lanzó un largo suspiro que le vació los pulmones.

—Me conviene así. Y creo que estaremos contentos unos de otros.

Un esbozo de sonrisa hizo asomar de nuevo los dientes averiados.

—Nosotros lo esperamos también, señor Gibson. Y ahora será preciso que nos separemos...

Se interrumpió. Boutros, que se había ausentado, volvía y se inclinaba sobre el hombre del narguile. En su mano derecha tenía un paquete largo y pesado, envuelto en un hule amarillo. Nada más que por su forma, Mike comprendió. Era un arma. Una pesada pistola muy plana, muy larga, y cuyos contornos se dibujaban netamente. La Esfinge se apoderó de ella con su mano libre, la deslizó bajo su camisa y la pasó bajo el cinturón del pantalón. Después, la camisa que el sudor manchaba bajo los brazos, cayó ocultando el paquete.

Mike respiró. ¡No era para él! Y no era tampoco un efecto teatral para impresionarle. Ellos no tenían necesidad de trucos semejantes. No. Quizá salían de expedición. En el mar, probablemente. De ahí el hule que la envolvía.

Imitó al Gnomo que se incorporaba.

—Nos disculpará que Mokrar no le acompañe hasta su hotel, pero lo necesitamos nosotros. Le acompañará solamente hasta una parada de taxis.

Se inclinó sin tenderle la mano, tan ceremonioso como su traje

negro.

—Soy feliz de haberle conocido, señor Gibson. Espero que este encuentro será provechoso para todos.

Mike devolvió su cortesía al hombrecillo que apenas le llegaba al pecho y buscó los ojos de la Esfinge. Pero éste ya no se ocupaba de él. Seguía chupando la pipa de su narguile mientras su mirada vagaba por la calle. Mike siguió a Mokrar a su viejo Ford. Antes de llegar al coche, la voz suave, femenina, llegó hasta él:

—En el futuro, señor Gibson, es inútil que acaricie su arma. Aquí no tendría usted la menor oportunidad. Estamos en nuestra casa, exclusivamente nuestra. Buenas noches, señor Gibson.

Mike, que se había vuelto, vio cómo el hombrecillo le saludaba con una inclinación. El le saludó de la misma forma. Ceremoniosamente.

6

A las dos de la tarde el ritmo de la vida beirutina se hacía más lento. Sobre todo, en aquellos comienzos de julio, cuando el calor estaba al máximo. En las calles asfixiantes los coches se hacían raros. Y hasta los chóferes parecían menos alocados, menos dispuestos a su habitual «apártate que paso yo». Y los guardias de todo pelaje, que parecían haber nacido con un bloc de multas en las manos, eran menos tiñosos, ocupados como estaban a cuidar su cráneo de los rayos del sol. Dejaban sus plumas a la sombra de sus bolsillos. Y era lo mejor que podían hacer, pues de nada les servía clavar multas. Nadie en Beirut aceptaba pagarlas.

En el Excelsior, el frescor de la piscina, de los surtidores y de la falsa cascada, escalaban la suave pendiente de los céspedes y envolvían las mesas del restaurante dispuesto al aire libre. Los colores de los parasoles y el amarillo de los manteles ponían una nota simpática en el verdor circundante. En una de las mesas, el capitán Anizé partía una galleta árabe entre sus largos dedos que, extrañamente, parecían siempre como soldados entre ellos. Lo cual imprimía a sus gestos una curiosa elegancia.

—¿Así que es para esta noche? —preguntó limpiando con un pedazo de galleta el plato de garbanzos que acababa de vaciar.

—Sí —contestó Mike entre dos bocados de jamón blanco—. Ya he avisado a Albert para que prevenga a los otros, es decir, a Mokrar, puesto que es al único que conoce.

—¡Se han dado prisa en Nueva York por cumplir sus deseos!

Mike encogió sus sólidos hombros, protegidos solamente por una camiseta.

—A decir verdad, todo estaba preparado de antemano. Marshall no esperaba más que mi telegrama de confirmación en caso de que

la operación se pusiera en marcha. Por eso no se han demorado.

Tragó el último resto de jamón, vació su copa de champán rosado y se informó, interesado:

—¿Y Albert? ¿Le ha hablado de mí?

Los ojos severos del capitán se animaron.

—Sí, sí. Me advirtió que usted se había puesto en contacto con ese Mokrar y que, efectivamente, era usted un traficante de cigarrillos. Debo, desde luego, felicitarle. Engañar a Albert no es fácil. Debe usted haber representado la comedia con mucha astucia.

Tontamente, Mike se sintió enrojecer.

—Por favor, capitán... De todos modos, la cosa no hace más que empezar. Todavía no he ganado la partida.

Mike suspiró pensando en el hombre del narguile y en su compadre el Gnomo.

—Y creo que será dura. Muy dura.

—Lo será —le confirmó Anizé—. Pero su idea para introducirse entre los traficantes es excelente. No se podía encontrar nada mejor.

Anizé dejó errar su mirada ejercitada, llena de experiencia, sobre los selectos clientes del lugar y añadió:

—Yo no le propongo mi ayuda, ni la de mis hombres, para esta noche. Más que ayudarle quizá le estorbaríamos.

Mike inclinó la cabeza y una mecha de sus rubios cabellos cortos le rayó la frente.

—Tiene usted razón, capitán. Debo estar solo. Es la única forma de conseguirlo.

La mano de Anizé cogió un pedazo de galleta.

—Esa es también mi opinión. Y, aunque me parezca idiota, acepte el consejo: sea prudente. Desde que me habló de ese Mokrar, he conseguido algunos informes sobre él.

—¿De Albert?

—Albert vendería a su madre, ya lo ha visto usted. Pero de Mokrar no podría contarme gran cosa. No, tengo a otros Albert que me informan sobre todo lo que se trama en el Líbano. Y según uno de ellos, ese Mokrar es un asesino. Y los hombres con los cuales está unido, son unos duros a su vez, lo más selecto del género, por lo que parece.

—¿Cree usted que el hombre del narguile puede ser el gran jefe? Pensándolo bien, yo lo dudo. No me parece que dé el peso.

—Y tiene usted razón. No es seguramente más que un engranaje en la máquina, un hombre de mano. Según mi confidente, ese tipo se ocupa de todo: tabaco, divisas, armas, drogas. Así que siendo un negocio importante, no creo que esos hombres trabajen por su propia cuenta. Es a la conclusión a la que he llegado, después de cambiar impresiones con mi confidente y con otros. Desgraciadamente, entre todos ellos no dicen gran cosa. Esa banda parece aterrorizarles. Así que le renuevo mi consejo: sea prudente. Aquí la vida es barata. Ya vio lo de Chester.

Así que...

Dejó de hablar, asombrado, casi vejado porque Mike no le escuchaba. Los ojos del americano seguían la progresión de dos mujeres que se acercaban viniendo de los céspedes. Era Nouhad el Ajamié seguida de la vieja dama de las casetas.

La joven vestía un bikini de color negro, de tejido brillante. Un curioso sombrero de paja blanca cubría sus cabellos oscuros y unas sandalias doradas protegían sus pies desnudos de uñas pintadas. La dama de compañía le llevaba el bolso, un inmenso bolso negro y blanco, y una chaqueta blanca en tejido esponja.

A la vista de la muchacha, el maître de hotel se precipitó a su encuentro para acompañarla a una mesa aislada. Pero, en lugar de dirigirse a ella, la joven bifurcó su camino para acercarse a la del capitán Anizé. Avanzaba con su paso de gran dama, una mueca en sus labios rojos, la punta de sus senos erguida bajo la tela negra, en absoluto molesta de ser el punto de mira de los machos presentes. Parecía que a sus ojos los hombres no existiesen y que solamente ella y no los demás tenían derecho a estar allí.

Sin embargo, al acercarse a la mesa del capitán, que ya se había levantado, una sonrisa hinchó sus labios gruesos.

—Buenos días, capitán. Me alegra verle. Hacía mucho tiempo, me parece...

Le ofreció su mano de dedos largos, dedos de enamorada o de artista, a los cuales incendiaba un rubí. En su muñeca brillaba un brazalete de oro lujosamente cincelado. El capitán se inclinó para rozar con sus labios la mano aristocrática.

—Siempre más bella que nunca, señorita Ajamié.

Ella aceptó el cumplido y su sonrisa exhibió en su boca bastante grande una dentadura sana y pura.

—Y usted, capitán, siempre tan galante. Aunque poco fiel. Hace mucho tiempo que no ha venido usted a uno de mis cócteles.

Y amenazándole con el dedo donde sangraba el rubí, añadió:

—Precisamente damos uno mañana a la tarde. Cuento con verle allí. Usted sabe que mi hermano Khalil le tiene una simpatía enorme. Estará muy contento. Y yo igualmente. Entonces, ¿me lo promete, capitán?

Este último se inclinó.

—Prometido, señorita Ajamié.

Y designando a Mike que se había levantado desde el principio y se mantenía envarado junto a la anciana, dijo también:

—¿Me permite presentarle al señor Gibson? Un periodista americano que está haciendo un reportaje sobre nuestro país.

Nouhad se volvió lentamente. Su sonrisa se esfumó para ser reemplazada por la mueca desdeñosa. Sus ojos de un negro ardiente apenas se posaron sobre el alto mocetón y dejó caer un seco:

—Señor.

Mike saludó con la cabeza, tendió una mano que no le reclamaban y la dejó torpormente en suspenso. Balbució, deslumbrado:

—Señora...

—Señorita —rectificó la joven volviéndole la espalda—. Hasta pronto, capitán. No olvide su promesa. Mañana por la tarde en el palacio. A partir de las siete.

Anizé curvó el busto y la miró alejarse, terriblemente excitante, terriblemente lujosa, con la anciana dama tras sus talones. Al llegar a su mesa, donde los servidores se apresuraban ya, se volvió.

—Si le conviene, traiga con usted a su amigo el periodista, capitán. Mi hermano estará encantado. El los adora.

«Por más que los adore, a mí no me verá a menudo», gruñó Mike entre dientes y para sus adentros al tiempo que se sentaba.

En cambio, sabía que iría. Y que estaría contento de ir y verla de nuevo. La prueba de que ella le interesaba es que se inclinaba ya hacia el capitán y le preguntaba:

—¿Quién es?

—Nouhad el Ajamié, la hermana del emir Khalil el Ajamié. Ella vive en el palacio que les legó su padre, muerto hace dos años. Son colosalmente ricos. Y su palacio merece ser visitado. Un verdadero

palacio de Oriente. Si le interesa, mañana le llevo conmigo. ¿Qué me dice usted?

—Que acepto, desde luego —expresó Mike vivamente. Demasiado vivamente—. Eso debe ser interesante.

Una sonrisa divertida iluminó el rostro severo del terror de los contrabandistas del Líbano. Lo cual hizo rabiar a Mike, quien decidió ocuparse de la langosta puesta en su plato desde hacía ya un buen rato.

7

La noche hacía rato que había caído. Y como siempre era una noche soberbia que cortaba el aliento. Una noche de Oriente.

A lo lejos, las luces de Beirut parecían diamantes lanzados a puñados sobre un inmenso manto de terciopelo negro y esos diamantes se reflejaban sobre el azul oscuro del cielo. En mar abierto, siempre en la misma dirección, las linternas de los pesqueros parecían guiñar como los ojos de gruesas putas maliciosas.

Era por encima de Biblos, un poco antes de Jist Djef, el lugar que Mike había escogido para desembarcar las cajas.

Inspeccionaba el horizonte, mas no veía nada. El barco debía esperar su señal fuera de las aguas jurisdiccionales, tal como estaba convenido.

El mar susurraba suavemente ante Mike, vestido con un blue-jean, un polo de lana y calzado con alpargatas. Llevaba sobre la espalda un chándal azul cuyas mangas colgaban de su pecho. Consultó su reloj de pulsera con esfera luminosa y se volvió hacia el Gnomo.

—Cinco minutos más y tomaré contacto. ¿Cree que sus camiones han llegado ya?

El Gnomo, que también atisbaba el oscuro mar abierto donde caían las estrellas, le tranquilizó:

—No se preocupe. Nosotros estamos siempre dispuestos.

Hizo una seña a Mokrar que, sentado en la arena, hablaba con Boutros y Abdallah. El pescador de la bahía de Joulnié se puso en pie y se acercó. Sus dos compadres le siguieron. Mike no les prestó atención hasta que reparó en las facciones de Mokrar. Abrió la boca para preguntar, pero la voz suave del hombre aniñado se le

anticipó:

—No se mueva, señor Gibson. Por su interés, sea comprensivo.

Al mismo tiempo Mike sintió unas manos duras, nerviosas y rápidas, sujetarle por detrás mientras que por delante, las manos ágiles de Mokrar se deslizaban bajo su polo y se apoderaban de su 38.

—¿Pero qué les pasa? —estalló Mike volviéndose hacia el Gnomo, siempre igual de ceremonioso en su traje negro—. ¿A qué vienen estos procedimientos? Si quería mi pistola no tenía más que pedírmela.

El Gnomo se guardó la pistola que Mokrar acababa de entregarle y se inclinó ceremoniosamente.

—Su arma no nos interesa especialmente, señor Gibson. Pero nos vemos obligados a tomar precauciones porque ignoramos cuáles podrían ser sus reacciones cuando yo le ruego transmitir a su barco otro punto de desembarco al elegido por usted.

—¿Qué? —gruñó Mike—. ¡Usted estaba de acuerdo cuando le propuse este lugar!

En la sombra, el Gnomo sonrió y rectificó:

—Hemos fingido estar de acuerdo, señor Gibson. Nada más. Pero usted debe comprender y disculpar nuestra desconfianza.

Se movió un poco. La arena crujió bajo sus pies calzados de negro.

—Porque nosotros no le conocemos a usted, señor Gibson. ¿Quién nos prueba que unos aduaneros o unos policías no están emboscados en los alrededores? ¿Quién nos prueba su sinceridad? ¿Quién nos prueba que alguna gente curiosa no haya decidido interceptarnos una vez le hayamos pagado a usted?

En la voluptuosa semipenumbra, un relámpago surgió del puño de Mokrar, ante los ojos de Mike.

—Así que para preservarnos de cualquier mal paso vamos a rogarle, señor Gibson, que alerte a su barco y le indique el punto elegido por nosotros. ¿Quiere prestarme su mapa? Yo le indicaré el lugar del desembarco.

—¿Y si me niego?

—¡Mokrar!

A la llamada de la voz suave, el pescador alzó su puño armado y puso a dos de dos de la garganta de Mike el acero helado y

terriblemente afilado de su curvado puñal. Mike se estremeció. Como muchos hombres del Norte, era alérgico al frío del acero. Mike era valiente, decidido, y podía, si se presentaba la ocasión, lanzarse contra un hombre que le estuviera apuntando con una pistola, pero la vista de un cuchillo o de una navaja le hacían estremecer. Por encima de la hoja mortal brillaban los ojos oscuros y dulces de Mokrar, que sonreía. Sus gruesas fosas nasales palpitaban suavemente, como si ya respirase la sangre roja, cálida, pegajosa.

—Está bien —aceptó Mike, al que ni se le había ocurrido la idea de resistirse—. Dígale a sus gorilas que me suelten. Obedeceré. ¡Qué me importa que desembarquen aquí o en otra parte! Una sola cosa cuenta: que yo haga este negocio.

—Muy bien, señor Gibson. A nosotros nos gustan las personas inteligentes.

Levantó un dedo y en seguida Mike se encontró libre. Mokrar retrocedió unos pasos.

—¿Su mapa, señor Gibson?

Mike lo buscó en su bolsillo. El crujido del papel turbó el silencio. La luz minúscula de una linterna erró sobre el mapa desplegado.

—¿Quiere usted mirar, señor Gibson?

Es en este punto donde deseamos que se efectúe el desembarco.

Mike se fijó en el lugar que el índice del Gnomo le señalaba, un punto situado entre Kalesk y la bahía de Joulnié.

—O.K.

El minúsculo haz luminoso desapareció.

—¿Quiere usted, pues, hacer lo necesario y advertir a sus amigos? A continuación iremos a esperarles en el lugar señalado.

Sin contestarle, Mike se agachó y abrió el estuche del aparato emisor-receptor ultra perfeccionado que había traído consigo. Se puso el casco, manipuló con los botones y esperó, para, al fin, hablar:

—Aquí Tiburón. Aquí Tiburón. Tiburón llama a Pez Espada. Tiburón llama a Pez Espada. ¿Me oyes, Espada?

Un crepitar. Una espera. Muy corta. Después, el sonido de una voz que atemperó el corazón de Mike. ¡Era Tom! ¡El viejo Tom O'Bannion! ¡El viejo granuja de Tom!

—¡Hola, Tiburón! ¡Hola! Pez Espada le escucha. Siga. Corto.

Los dedos de Mike se activaron de nuevo.

—Aquí Tiburón. Atención, Espada. Atención. Cambio de programa. Abandone la calle 47 Oeste para dirigirse a la calle 136 Este. Repito. Cambio de programa. Deje la calle 47 Oeste y diríjase a la calle 136 Este. Acuse recepción. Corto.

Esta vez la espera fue más larga. Al fin la voz de Tom cruzó las ondas:

—Comprendido perfectamente, Tiburón. Comprendido perfectamente. Estaremos allí dentro de una media hora. Corto.

Mike guardó el aparato en su estuche y se incorporó. Mar adentro, a unos siete kilómetros de la costa, la antigua lancha torpedera de la Royal Navy debía poner en marcha nuevamente sus motores. Y a bordo de ella, Tom y Georges, el compañero de Chester, debían inclinarse ya sobre la carta del Líbano sobre la cual habían colocado un plano transparente de las calles de Manhattan. Esta idea del plano era de Tom y les proporcionaba un código simple pero eficaz.

Colgándose del hombro la correa del emisor, Mike adivinó la sombra del Gnomo que se destacaba en negro sobre el blanco de la arena.

—Estarán allí dentro de treinta minutos. Cuando quieran, nos vamos.

—En marcha, señor Gibson. Y acepte nuestras excusas por esas maneras un poco rudas —le dijo la voz suave.

Mike no respondió. Se contentó con seguir al hombre aniñado que caminaba hacia el coche de Mokrar, estacionado no lejos de allí. En su interior, sentado en el fondo, estaba, más enigmático que nunca, el hombre del narguile.

Alrededor de la barraca de Mokrar, todo era silencio. En el interior, la mujer y los niños dormían desnudos sobre sus lechos. Eran unas camas rústicas, de pescadores, cuyos somieres estaban hechos mediante pedazos de redes tendidas y clavadas a los travesaños. Los colchones eran de antiguos paracaídas de seda, suave al cuerpo, y les servían también de colcha. Fayraz dormía en la habitación del fondo, allí donde Mokrar guardaba anzuelos,

rollos de cordaje de nylon, latas de gasolina, su metralleta Thompson y algunas alfombras de valor pilladas en el transcurso de un siniestro a bordo de un yate, alfombras que, enrolladas y atadas, amontonadas en un rincón parecían salchichones. Había además multitud de otros objetos dispares, procdentes de todas partes y que nadie utilizaba.

El cuerpo moreno ágil y duro de la mujer, se movió sobre la seda del paracaídas y la hizo crujir suavemente. Fuera, viniendo de la carretera, se oía cantar el motor del viejo Ford. Fayraz prestó atención. Este ruido lo conocía mejor que los latidos de su corazón. Se incorporó de un salto y, con gestos precisos, sin encender la luz, se pasó una blusa sobre su cuerpo tibio, cogió la Thompson y, cruzando la habitación donde dormían los niños, abrió la puerta sobre la noche estrellada.

Cerca de la casa, el ruido aumentó. Luego el motor se detuvo y se oyó el chasquido de las portezuelas. Un juramento se alzó en la noche y la silueta rechoncha de Mokrar se recortó repentinamente ante Fayraz.

—¿Y los otros?

El brazo bronceado, casi negro, de Fayraz apuntó más allá de las sombras, hacia el alto acantilado rocoso tras el cual estaba la bahía de Joulnié.

—En las grutas. Han dicho que esperan tus órdenes.

—Bien. Vuelve a acostarte, mujer.

Mokrar alargó la mano y Fayraz le entregó la Thompson, como si fuera una cosa sagrada, y el olor aceitoso del arma perturbó un instante el aroma embalsamado de la noche.

Mokrar empezó a descender la pendiente para dirigirse hacia un grupo de sombras que le esperaban en la playa, junto a la balsa de sus hijos y junto a su barca *Vivir Libre*.

Mike había puesto el emisor sobre la proa de la barca y acababa de transmitir las órdenes a Tom.

—Tiburón a Espada. Descienda por la calle 136 hasta el cruce con Broadway. La cita dentro de diez minutos. Acuse recepción. Terminado.

La voz de Tom, cálida y gruesa, contestaba:

—Comprendido. En el cruce de Broadway. Corto.

Mike guardó su aparato y se volvió hacia el Gnomo, cuyo traje

chocaba al lado de la barca.

—Todo está en orden. Podemos ir a su encuentro.

La proa de la barca ya estaba lamiendo la orilla.

El Gnomo hizo un gesto de satisfacción.

—Muy bien, señor Gibson. Vamos ya.

—¿Y para descargar la mercancía? ¿Cree que con esta barca bastará? ¡Habrá que hacer muchos viajes!

Mike señalaba la barca, a la que Boutros y Abdallah empujaban por la arena para meterla en el agua.

—No se preocupe. Estamos preparados.

El Gnomo se instaló junto a la Esfinge, el cual acababa de sentarse pesadamente a proa. A través de sus piernas, reposaba la metralleta de Mokrar.

A su vez, Mike se encaramó a bordo mientras Boutros y Abdallah seguían empujando, separándola de la orilla.

Mokrar, tras quitar el toldo que recubría el motor, puso éste en marcha. Abdallah y Boutros se alejaron por la arena, en la oscuridad, mientras Mokrar embalaba el motor al enfilar hacia mar abierto.

La *Vivir Libre* apenas había recorrido doscientos metros cuando, como por milagro, otras cinco barcas parecieron surgir de debajo de los acantilados.

Mike, que las veía pese a la oscuridad, se volvió hacia el Gnomo:

—Les felicito. Ya veo que están organizados.

El Gnomo, que miraba adelante, escrutando en la dirección por donde debería venir la lancha torpedera, respondió:

—Debemos estarlo, señor Gibson. A menudo hay en juego grandes intereses. Y no debemos descuidar nada en la buena realización de nuestros proyectos.

El ruido sincopado de los pequeños motores de las barcas repercutía sobre el agua oscura y dormida. Solamente estos ruidos señalaban su presencia, pues ninguna de ellas llevaba luz. A medida que la barca de Mokrar progresaba, la silueta de la lancha lanza torpedos se hacía más nítida. Estaba inmóvil, recortando su masa sobre el negro de la noche. Ni siquiera giraba suave el ancla, tan quietos estaban el aire y el mar. Tampoco ninguna luz la señalaba a ella.

La *Vivir Libre* la contorneó y Mike pudo descifrar las letras de

cobre fijadas a la popa: *Gola*. Un nombre prestado para la circunstancia. Armada en Tánger y dotada de una tripulación de cinco marineros U.S., transformados por la causa en contrabandistas, la lancha enarbolaba, como tantas otras embarcaciones sospechosas, pabellón panameño.

Hábilmente, Mokrar se acostó al flanco de la *Gola*, de donde cayó una estacha. Halándola, la Esfinge la amarró al *Vivir Libre*. Lo hizo aprisa, con la destreza de un antiguo marino, sin soltar la Thompson que se había colgado del cuello con la correa.

Mokrar anudó otro cabo que acababan de lanzarle, amarrando así la barca costado contra costado. De la lancha unas sombras se inclinaron y una voz surgió de la oscuridad.

—¡Hola, Mike!

De pie en la *Vivir Libre*, el mocetón alzó la frente.

—¡Hola, Tom!

Una corta escala de cuerda aterrizó a sus pies. Iba a cogerla cuando el hombre aniñado le sujetó del brazo.

—Recuerde que yo también hablo inglés, señor Gibson. Así que sea correcto y nosotros lo seremos también. Y antes de dejarle subir debo avisarle… por si se le hubiera ocurrido negarse a entregar las cajas después de haber recibido nuestro dinero…

Mike, con una mano cogida a la escala, buscó la mirada del Gnomo.

—Quisiera comprenderle.

—Lo que quiero decirle es que nosotros conocemos todos los entresijos de este trabajo y que por lo tanto no estamos dispuestos a dejarnos engañar…

Con un gesto circular, el Gnomo señaló las barcas que ahora rodeaban a la *Gola* por todas partes.

—Por otra parte —añadió…, mal le resultaría querer engañarnos. No hemos traído el dinero.

Mike se sobresaltó. Si hubiese sido un traficante de verdad, el engañado sería él.

No obstante, debía seguir jugando a fondo. Se volvió resueltamente hacia el Gnomo.

—Usted me aseguró que me pagaría a bordo. Las cajas contra el dinero, ¿no?

—Exacto, señor Gibson. Pero, como ya le he dicho, somos

desconfiados. Y como quiera que es la primera vez que operamos juntos… Hemos tomado precauciones. Déjenos las cajas y le pagaremos… en tierra. Esta misma noche. Tiene usted mi palabra.

Mike hizo una mueca en la oscuridad.

La palabra de un truhán oriental no debía valer demasiado. No más que la de un truhán de cualquier otra parte, desde luego. Pero era preciso saber hasta dónde el otro pensaba llegar. Así que le dijo:

—¿Y si rehusó?

Una pálida sonrisa vagó sobre la cara del hombrecillo con el ojo de cristal.

—Quizás pese a todo tuviéramos sus cigarrillos, señor Gibson, aunque pudieran costarle caros a todo el mundo.

El Gnomo señaló a la Esfinge, quien, por primera vez desde que Mike le conocía, acababa de abrir la boca. La orden que acababa de lanzar en árabe debía ser la del zafarrancho de combate, porque de las otras barcas se elevaban una serie de gritos y ruidos, los característicos de las pistolas y metralletas que se arman.

Sobre sus cabezas, la voz de Tom se impacientaba.

—¿Qué hacemos, Mike? ¿Qué significa todo ese jaleo? ¿Quieren asaltarnos al abordaje o qué?

Desde el puente de la lancha, resonaron unos ruidos análogos a los de las barcas.

—Calme a su amigo, señor Gibson —dijo el Gnomo, siempre en francés—. Dígale que vamos a cargar las cajas y que todo va bien, ¿de acuerdo? Será preferible para todos.

Mike volvió a agarrarse de la escala. Asintió mudamente a la indicación del Gnomo y le dijo a Tom, que continuaba asomado:

—Todo en orden, Tom. Subo. Dile a los chicos que estén tranquilos.

—Te espero.

Mike subió seguido del Gnomo. Tom ayudó a su amigo a saltar sobre el puente y le estrechó la mano.

—Me alegra verte, Mike.

—A mí también. ¿Todo está preparado?

—Todo —replicó Tom O‘Bannion—. La mercancía les espera.

Mike le lanzó una rápida ojeada. Su compañero tampoco podía inspirar desconfianza. También vestía un blue-jean, llevaba una camiseta y nada en los pies. Durante el día él y los otros debían

asarse el tocino sobre las planchas ardientes del barco. Tom respiraba la fuerza, la aventura. Mike se lo presentó al Gnomo.

—Tom, mi socio. Me representa en Tánger y en Nueva York. El se encargará de remitirle las cajas, si seguimos tratando otros negocios.

—Encantado de conocerle, señor Tom —expresó el Gnomo mientras se inclinaba educadamente y le tendía la mano.

Se había expresado en un inglés casi tan puro como su francés.

—Y felicitaciones por su fuerza —añadió una vez se hubo soltado de la maza que le servía a Tom de mano—. Ahora, si quiere dar las órdenes para que podamos cargar... Contra más pronto terminemos, mejor. A veces las lanchas del capitán Anizé ruedan por aquí. Y, por el momento, están ustedes en aguas territoriales libanesas, señor Tom. Así, creo, es preferible que no nos entretengamos.

Tom se volvió hacia Mike, quien, por su parte, hacía ya un gesto amistoso a Georges, agachado detrás de una ametralladora que oscilaba suavemente sobre su eje.

—Está bien, Georges, desembarcamos las cajas —le gritó.

Luego se volvió hacia los marineros U.S., cuyos trajes no tenían nada de reglamentario. Algunos estaban en short, otros en traje de baño. Sus torsos desnudos relucían.

—¡Empezad a descargar, muchachos!

Bruscamente, a bordo de la lancha, todo se animó. Las poleas comenzaron a rechinar, resonaron algunos golpes en las cajas y también algunos juramentos ahogados. Una a una las cajas empezaron a llenar las barcas que, una vez cargadas a rebosar, emprendieron el regreso a la playa. Una vez descargadas en tierra, regresaban en busca de un nuevo cargamento. En dos horas todo estuvo liquidado. A bordo de la lancha ya no quedaba ni una sola caja. Cada cual había empleado a fondo su fuerza y su sudor. Todos los occidentales transpiraban bajo el calor húmedo de la noche, la cual comenzaba ya a desvanecerse ante la proximidad del alba que ya se adivinaba.

—¡Uf! —resopló Tom mientras se abanicaba el rostro—. ¿Un vaso de bourbon, Mike?

—¡Formidable!

Solamente la *Vivir Libre* seguía acostada a la lancha.

—¿Y usted señor? —preguntó Tom observando al Gnomo, extraña mezcla de cuidado, dignidad y «film de espanto».

—Nunca bebo alcohol, señor. Gracias “de todas formas por su amabilidad.

De un trago, Mike limpió el vaso de bourbon que le había traído Georges, él también vestido descuidadamente con un short lleno de manchas de grasa.

—Gracias, Georges. Hasta pronto —le dijo devolviéndole el vaso vacío.

El ojo de Georges estaba cargado con una muda y suplicante interrogación. Pero Mike no podía decirle nada sobre Chester, sobre su amigo Chester, quien había venido al Líbano para terminar bruscamente su vida, la garganta rebanada hasta el hueso. No, Mike no podía decirle nada. No sabía mucho más que el propio Georges. Y aunque hubiese tenido un informe, no podía hablar delante del Gnomo con el ojo de cristal, quien parecía un vigilante de niños subnormales.

Tom siguió con los ojos a su amigo Mike, que pasando las piernas por encima de la borda y desdeñando la escala, se descolgaba hasta la barca. Sus miradas se encontraron. No tenían necesidad de hablarse. Se comprendían de sobra. No en balde habían pasado juntos por muchos golpes duros.

—Hasta la vista, Mike.

—Hasta la vista, Tom.

Pero al mocetón le hubiese gustado gritar: «Besa a Connie y a Louise si coges el avión para Nueva York. Diles que me has visto.» No podía hacerlo y se dejó caer en el fondo de la *Vivir Libre*.

El Gnomo se reunió con él, pero utilizando la escala de gato para bajar. La Esfinge, con la metralleta colgando del cuello, cerró la marcha.

Mokrar, que les esperaba, soltó amarras y puso en marcha el motor. El chirrido siniestro de la cadena del ancla de la *Gola* acompañó su partida.

Antes de subir al Ford donde, en una esquina del fondo la Esfinge fumaba en silencio, Mike miró hacia mar abierto donde la lancha alcanzaba las aguas internacionales.

Después volvió su atención hacia la *Vivir Libre*, varada en la playa cerca de la balsa. Después, suspirando, le habló al Gnomo que estaba a su lado.

—Son ustedes más fuertes de lo que yo suponía. Ya no hay rastro de sus barcas ni, sobre todo, de las quinientas cajas. Y sin embargo, deberían estar por aquí. No he visto que ningún camión las cargara.

Es como si se hubiesen volatilizado. Mis felicitaciones.

Mike señaló la playa, el acantilado que comenzaba a destacarse sobre el cielo que ya se iluminaba. En el mar, aparte de la *Gola*, no se veía nada: limpio como la palma de la mano. Mike repitió:

—Le felicito.

El Gnomo se inclinó, como hacía siempre.

—En vista de que usted ha tenido confianza en nosotros, yo voy a corresponderle.

A su vez, el Gnomo señaló el mar y los acantilados.

—No hay ningún milagro, créalo. Sino simplemente inmensas grutas naturales, excavadas bajo el acantilado en el transcurso de los siglos, y a ellas sólo se puede acceder por el agua. Por tierra no son accesibles más que desde aquí y Mokrar las tiene siempre bajo vigilancia.

—Ese pescador es un hombre precioso —constató Mike subiendo al coche—. Y su casa también.

—Por esa razón Mokrar es nuestro amigo —sonrió el Gnomo instalándose a su vez.

Cerró con suavidad la portezuela. Mokrar apareció en la puerta de la casa. Fayraz le seguía, sometida a él, salvaje a los otros, desnuda y bella bajo su blusa sucia.

El pescador de la bahía, que ya había guardado la metralleta, volvió hasta su coche y se instaló junto a Abdallah y Boutros, que ocupaban el asiento delantero. Arrancó sin dirigir una mirada a su mujer.

A su espalda, el Gnomo decía con su voz dulce y mesurada:

—Puede usted coger su arma, señor Gibson. Y acepte nuestras excusas por haberle separado de ella durante unas horas.

Mike se apoderó del arma que el Gnomo le tendía. Pero se estremeció cuando el hombrecillo añadió:

—Le he echado un vistazo y le felicito. Es un arma muy

hermosa. Una 38 especial corta de la Policía progre americana, si no me equivoco... ¿No es cierto, señor Gibson?

Mike puso en su cara un candor digno de un monaguillo.

—Exacto. Se la compré a un precio de locura a Tom, el chico que acaba usted de conocer. Me contó que se la robó una noche, en un night-club, a un policía que se había emborrachado en compañía de una chica.

Detrás del cristal de las gafas, el ojo bueno del Gnomo relampagueó.

—Sus policías americanos me parecen muy imprudentes, señor Gibson.

Mike se encogió de hombros.

—Todos somos más o menos imprudentes. Sobre todo cuando la chica es bonita.

—Sobre todo cuando la chica es bonita —repitió el Gnomo como un eco, galantemente—. Pero usted ha sido igualmente imprudente al pasar esa pistola por la aduana. ¡Hubieran podido descubrirla!

Mike tragó su saliva junto con su cólera. ¡Con qué gusto hubiera estrangulado a aquel aborto meticuloso! Intentó sonreír.

—El riesgo era pequeño. Dicen que la aduana de su país es la menos puntillosa del mundo.

El Gnomo lanzó una carcajada. Su risa borboteante puso a Mike incómodo.

—La experiencia de esta noche debe probarle que ese punto de vista puede ser exacto, ¿verdad, señor Gibson?

—Precisamente —gruñó Mike—. Ningún aduanero se ha mostrado esta noche.

Luego se calló, pues el hombre del narguile le asaeteaba con una mirada de hielo.

—Despiértese usted, Señor Gibson. Estamos llegando y va a conocer al banquero encargado de pagarle.

Mike salió de su somnolencia, furioso. Se había dejado postrar, embrutecido por la fatiga. Tal vez el cambio de clima hubiese podido también influir... ¡Vaya broma! ¡Dormirse en una situación semejante, él, que pasaba por ser uno de los tipos más coriáceos de Nueva York! Si hubiesen podido verle en aquel momento...

Se frotó vigorosamente los ojos y miró a través de los cristales. Seguía viendo el mar, visto desde arriba, desde muy arriba. Pero esta vez lo veía desde el otro lado de Beirut, pues se acordaba que un rato antes había alzado un párpado perezoso mientras cruzaban la ciudad.

Aún no era de día. En el cielo, de un azul más claro, comenzaba a adivinarse el rojo.

Traqueteando, el coche descendió por un camino lleno de baches y piedras y se inmovilizó al fin sobre una especie de plataforma terrosa, no lejos de un montón de basura. Un poco más allá estaban aparcados un lujoso Chrysler y un carricoche de marca olvidada.

Mokrar apagó los faros y todos descendieron. Tomaron otro camino que bajaba serpenteante hacia un edificio que alzaba su forma alargada y gris unos cuarenta metros más abajo. Los guijarros rodaban bajo los pies de los hombres. Mike, que seguía a Boutros y a Abdallah, sentía en su cuello el ojo inquietante de la Esfinge. Sin confesárselo, al mocetón le hubiera gustado dar media vuelta y echar a correr. Porque se sentía extrañamente solo. ¿Y si a los otros se les ocurría...? No tenían más que actuar. Y nunca se sabría qué había sido de él. Ni siquiera Anizé. Y menos aún Fenner. Después de todo, ahora, los otros tenían los cigarrillos. Y si quisieran...

Pese a sí mismo, Mike se palpó bajo el polo la 38 que el Gnomo le había devuelto. En realidad, si se la habían devuelto, es que no tenían intención de... Lanzó un suspiro y, aliviado, mientras descendía, comenzó a inspeccionar el gran edificio sobre el mar. Estaba construido la mitad sobre la roca, la otra mitad sobre unos pilones. Todo en madera, una luz pálida iluminaba la especie de patio que precedía a su entrada. Dos hombres sentados en sendas sillas ocupaban el patio donde desembocaba el camino. No lejos de ellos humeaba un hornillo de carbón. Los dos hombres alzaron la cabeza. Uno de ellos saludó a los que llegaban.

—¡Bienvenidos, señores!

Era alto, muy alto, todo vestido de blanco. Un bastón con pomo de oro aparecía como un cetro entre sus piernas enormes. Su cráneo totalmente rapado relucía a la luz del alba. Tan inmaculado como su traje eran las sandalias de tenis que calzaba.

El Gnomo le presentó a Mike.

—El seños Elias, su banquero. Habla francés y otras muchas

lenguas.

—Me complace verle —dijo el hombre con voz aguardentosa—, y me complace saber que todo ha ido bien.

Se levantó y pareció aún más macizo, más pesado, más imponente.

«Es increíble —pensó Mike—. Este tipo parece un dueño de bar de Macao, tal como los pintan en las películas. No le falta más que un matamoscas. Decididamente, después de la Esfinge y del Gnomo, la colección es completa.»

—Le propongo que subamos para arreglar nuestras cuentas, señor Gibson —dijo el hombre alzando su bastón, cuyo pomo de oro se enriquecía todavía con unas piedras verdes y rojas de muy mal gusto.

Con el bastón señalaba a una escalera de madera que arrancaba desde el pie de una caverna sumida en la oscuridad.

Mike le siguió el paso. Cruzaron frente a la caverna, de donde salían algunos gruñidos, algunas risas y un fuerte olor a hachís.

El tipo que se sentaba junto al banquero cuando llegó Mike dijo algo en árabe. El banquero se volvió y le hizo una seña de asentimiento. El hombre era rubio, tenía la mirada de un verde frío y una pesada giba alzaba su camisa a cuadros que le caía sobre el pantalón abombado.

«¡Un guarda de corps!», pensó Mike al reparar en el bulto bajo la camisa a cuadros, algo que no podía pasar desapercibido a los ojos de un profesional.

En el piso de encima desembocaron en una sala inmensa, con techo de paja y los lados abiertos a todos los vientos. Era la parte construida sobre pilotes que se adentraba en el mar. Unas mesas de madera y unos bancos pegados a las paredes que alcanzaban sólo como media altura de un hombre la amueblaban. Sobre las mesas sucias había aún vasos y botellas. El banquero se dirigió hacia una de ellas. Rápido, el guarda de corps que les había seguido sin ruido, sacó un trapo de su bolsillo, tal vez un pañuelo, y desempolvó el banco. El banquero se sentó pesadamente e invitó a Mike con un gesto para que le imitara. El guarda de corps retrocedió unos metros y se quedó plantado ante ellos con los brazos cruzados.

—Veamos nuestras cuentas, señor Gibson —le dijo el banquero sacando de su bolsillo un delgado carnet de cuero perfumado y un

fino lápiz de oro, irrisorio entre sus gruesos dedos—. Son quinientas cajas, o sea veinticinco mil paquetes a razón de setenta piastras, nos da diecisiete millones y medio de piastras, o sea ciento setenta y cinco mil libras libanesas. O si lo prefiere en moneda de su país, según el cambio de esta mañana, son cincuenta y seis mil dólares.

Exhibió un abultado sobre y se lo tendió a Mike.

—Si quiere usted contarlo...

Mike abrió el sobre y contó rápidamente los fajos de quinientos y de mil dólares.

—O.K., la cuenta es correcta, señor Elias. Gracias.

El hombre del traje inmaculado guardó su carnet. Las arrugas que surcaban su pesado rostro se plisaron aún más con su gruesa risa.

—¡Reconozca que no ha estado tranquilo! Después de todo, cincuenta y seis mil dólares son una buena suma. Nosotros hubiéramos podido abstenernos de pagarle.

—Ciertamente. Y, durante un rato, pensé que me había equivocado al confiar en ustedes. Pero ahora todo está en orden. Estoy dispuesto a comenzar otra operación, si ella le interesa, evidentemente.

—¿Podría usted procuramos otro cargamento? ¿Rápidamente?

—Sí. El tiempo necesario para avisar a mi socio. Entre diez y quince días, creo...

—Pienso que vamos a entendernos muy bien, señor Gibson —sonrió el coloso mientras se incorporaba.

Mike se puso también en pie. Vaciló unos instantes y luego dijo:

—Sólo que, si a usted no le importara, prefería no cobrar en dólares...

Agitando el grueso sobre, añadió:

—No es que esté en contra del dinero, claro. Pero me gustaría matar dos pájaros de un tiro.

—¿Es decir?

—¿Qué le parece si en lugar de con dinero me pagaran en droga?

—¿En droga?

—Exacto, en droga. Ello me permitiría revenderla en los Estados Unidos con un segundo beneficio.

Una arruga enorme surcó la frente del banquero. Al fin, dijo:

—No soy yo quien decide, señor Gibson. Mas, pienso que su petición puede ser satisfecha. Tendré que transmitirla a más alto lugar. Yo, usted sabe...

Abrió los brazos y estalló en una risa de alegre vividor.

—No soy más que un recogedor de fondos, un patrón de café con vistas sobre el mar.

Con su mano izquierda pesadamente ensortijada de oro, barrió el mar donde se distinguían netamente dos barcos de pesca que regresaban.

—Pero, como le digo, daré cuenta de su demanda. Y creo que será aceptada.

—Le doy las gracias por anticipado, señor Elias —contestó Mike, quien se preguntaba qué posición podía ocupar el banquero dentro del tráfico.

¿Quién era el jefe? ¿La Esfinge, que se había quedado abajo con los otros? ¿0 este hombre que largaba cincuenta y seis mil dólares con la misma indolencia que si le regalara una bolsa de caramelos? ¿O bien había verdaderamente alguien más por encima?

—Ahora —le invitó el banquero con traje blanco— le propongo que volvamos abajo y comparta con nosotros nuestra humilde comida.

Con una mano sobre la barandilla de la escalera, acechado por su guarda de corps, precisó:

—Me gusta comer por la mañana, cuando la ciudad duerme y el alba se levanta sobre el mar. Es a esta hora que yo hago mi mejor comida, señor Gibson.

Bajó haciendo crujir las tablas de los peldaños con el peso de su gigantesco corpachón.

Abajo, los otros estaban en cuclillas alrededor de un narguile que se pasaban de mano en mano. Un humo denso, odorífero, les envolvía. La risa de Abdallah agujereaba la humareda como los ladridos de un chucho.

El Gnomo era el único que no fumaba. Sentado aparte, con las manos juntas sobre las rodillas, contemplaba pensativamente el mar.

En la prolongación de la caverna, Mike distinguió la sala que

constituía el bar. Estaba mal iluminada. El mostrador era alargado y en una esquina tenía una gran caja. El barman, vestido como el guarda de corps, llevaba los pies desnudos lo mismo que éste. Ambos se activaban en el patio, junto a un hornillo de brasas, donde cocían a fuego suave dos pollos untados con ajo y aceite y herméticamente envueltos en hojas de aluminio. Desprendían un olor apetitoso que, por instantes, llegaba a dominar el de la humareda del hachís.

El banquero se detuvo un segundo ante la caverna sumida en unas negruras opacas, de donde salían risas y toses espasmódicas.

—¿Nunca ha probado el hachís, señor Gibson?

—Nunca.

—Pues yo, sí. Y me gusta.

Se rio con una risa pesada que le sacudió y fue a sentarse sobre el asiento bajo que ocupaba al principio. Mike se acomodó a su lado.

—Sí, a mí me gusta el hachís —siguió Elias— porque proporciona alegría. Ya puede usted verlo.

Su bastón apuntaba al grupo de Mokrar, Abdallah y Boutros, que seguían riendo como niños felices.

Hasta la Esfinge se reía.

—Y nuestra planta nacional procura igualmente el apetito —añadió el hombre del traje blanco—. ¡Es de locura el hambre que se tiene después de una buena pipa!

Dejó que el guarda de corps instalara entre ellos una mesa baja sobre la cual el barman puso un plato donde se amontonaban unas galletas árabes. Luego, sobre la madera desnuda, el guarda de corps dejó los pollos, de cuyo papel de aluminio ardiente, se desprendía un maravilloso aroma especiado. Mike, a su pesar, saliveó de apetito.

—Adelante —le invitó el banquero—. Esto se toma caliente.

Y protegiéndose los dedos con una galleta. despedazó una de las humeantes volátiles. Después, con mirada glotona, se apoderó de una patata y comenzó a masticarla con un poderoso ruido de mandíbulas. Mike no resistió más y se apoderó del otro pollo. El jugo le corrió por la barbilla, por los dedos, por el polo, pero no se preocupó v se puso a imitar al banquero, comiendo vorazmente, sirviéndose de la galleta a modo de servilleta.

Cuando hubieron terminado, el gigante lanzó un eructo. Luego, tras una pausa, dos más, fuertemente. Un pedo. Y otro. Después se echó a reír.

—Esto va mejor —dijo, calmado.

Hundió la mano en un cubo lleno de hielo y de botellas de cerveza. Se apoderó de una y la descapsuló con un golpe seco y hábil sobre el reborde de la mesa. Luego la vació sin respirar. Repitió cuatro veces seguidas la operación antes de volverse hacia Mike.

—Beba. Ayuda a digerir.

Mike cogió una botella mientras el banquero encendía un habano de buena talla.

—Usted debe plantearse un montón de cuestiones, preguntarse quién soy, quiénes son ellos, quién es el jefe del tráfico, ¿no?

Por encima del humo del cigarro, sus ojos, repentinamente duros como una piedra, sondaban a Mike.

—Para mí —eludió el norteamericano—, verdaderamente sólo cuenta una cosa...

Y se palpó el bolsillo donde había guardado el sobre con los dólares.

—Esto. Los cincuenta y seis mil dólares. Lo demás no es mi problema.

La alegría volvió a brillar en los ojos del banquero.

—Bien hablado, señor Gibson. Cobre y no se ocupe del resto. Por otra parte, no hay resto. Usted sabe tanto como yo que sin pruebas, que sin flagrante delito, no hay contrabando.

Una risa estruendosa agitó su vientre.

—Ya no hay rastro de nuestras actividades de esta noche. Nadie puede reprocharnos nada. Somos puros como niños.

Se rió otra vez y eructó de nuevo. Varias veces. Con un gesto de su habano, llamó al guarda de corps que le acechaba. Le habló en árabe y luego se volvió hacia Mike.

—Voy a hacer que le acompañen, señor Gibson. Usted me excusará que yo no me moleste, pero voy a fumar algunas pipas antes de meterme en la cama. ¿Le he dicho también que el hachís decupla las facultades sexuales?

Su rostro se torció con una risa muda.

—¿Y que no lejos de aquí un jovencito de quince años espera mi

buen placer?

Estiró las piernas y miró al barman, quien con una pinza de depilar ponía una brasa dentro de la cazoleta de un narguile ya preparado. Añadió:

—Continúe no planteándose preguntas, señor Gibson. Aquí, es el mejor método para llegar lejos.

Mike se puso en pie.

—Siento privarle de su coche. ¿Quizás alguno de los muchachos hubiera podido llevarme?

Con la mano Mike señaló al grupo de hombres que reían, bebían y fumaban más que nunca mientras que a su lado, los pollos seguían asándose en otro hornillo.

—Usted tiene ganas de que lo degüellen —se rio Elias—. ¿No sabe usted que aquí la vida de un hombre no vale más que la suma de dinero que lleva encima?

Mike desplazó su mano.

—Entonces, quizás él...

El banquero rio más fuerte.

—¿El Gnomo? ¿Acompañarle? No, él también sabe que usted ya ha cobrado. ¡Le mataría por menos de eso!

La carcajada se interrumpió en seco.

—¿Por qué cree que usted y yo nos hemos encontrado? ¿No cree que hubiera sido más sencillo que le hiciese entregar el dinero por la Esfinge o el Gnomo? ¡Pero eso es imposible! ¡No se les puede confiar tales sumas! Se evaporarían con ellas. Y a continuación habría que poner a alguien tras su rastro para cobrarnos la venganza. No, no, señor Gibson. Solamente mi guarda de corps puede llevarle sano y salvo a su hotel. En él, tengo confianza. Sé que no pestañeará.

Elias le ofreció su mano ensortijada, la izquierda.

—Le deseo buenas noches. Y espero tener pronto el placer de verle de nuevo.

Mientras que ya Mike se alejaba siguiendo al guarda de corps, Elias le llamó:

—¡Eh, señor Gibson!

Mike volvió sobre sus pasos. El Gnomo estaba junto a Elias.

—Creo que esto le pertenece —dijo el banquero tendiéndole la billetera.

Mike se tragó un juramento mientras se palpaba el bolsillo. Elias proseguía suavemente:

—No se enfade con nosotros. Necesitábamos conocer el número de su carnet de periodista. Mera verificación.

Con la mirada, Mike asesinó al Gnomo. Sólo podía haber sido él quien le birlara la cartera mientras dormitaba en el coche. ¡El bribón! Menos mal que Mike se sentía a salvo. Incluso si ellos tenían contactos en Nueva York, los del *New York Telegram* confirmarían su identidad. Porque el jefe de las Aduanas no había dejado nada al azar. Todo había sido hecho según las reglas del arte. Todo casaba.

Después de una mirada asesina hacia el Gnomo, Mike siguió al guarda de corps.

8

El palacio de El Ajamié disimulaba su fasto insolente en un parque en donde crecían palmeras y flores raras. Los surtidores refrescaban con su agua el aire pesado de la tarde. Las luces ocultas en los macizos iluminaban lascivamente los caminillos enlosados con gres color de rosa.

Al pie de la entrada suntuosa, sólo se veían Rolls y Cadillacs, amén de los Aston Martin o los Ferrari de los caprichosos.

El viejo coche del capitán Anizé daba pena entre todo aquel lote.

Sobre la escalinata de mármol negro, unos criados vestidos de librea, iban de un invitado al otro con bandejas en las manos. ¡Y vaya bandejas! ¡Verdadera súper orfebrería! Trabajo de arte. ¡Y qué decorado! Las auténticas Mil y Una Noches en tamaño natural, garantizadas. Techumbres esculpidas, maderas preciosas y marqueterías raras, alfombras, cojines de precios inestimables, divanes muy amplios y muy bajos, recubiertos de tapices fuera de comercio, ventanas con formas árabes pero enriquecidas con vitrales del tiempo de las Cruzadas, suelos, paredes, muebles, todo trabajado por obreros de genio. Y, planeando sobre el conjunto, la música velada de una orquesta invisible.

Los invitados iban de un salón al otro, charlando, galanteando, lanzando exclamaciones ante cada una de aquellas maravillas que les embriagaban tanto como las envidiaban.

Porque el buffet era real, digno de un emir: caviar, foi gras, minúsculos emparedados, champagne helado, whisky de primera calidad, etcétera. En fin, todas las delicadezas habituales que se extendían hasta perderse de vista sobre un mantel de un blanco de ensueño y cuyos pliegues, cayendo hasta el suelo, impedían admirar la mesa inmensa, con los pies incrustados de oro, que ella sola

hubiera hecho la felicidad de un capitoste tras perder su fortuna en el casino del Líbano, el célebre y suntuoso feudo de los Moussa.

Los hombres vestían de oscuro, las mujeres trajes de cóctel. Entre toda aquella crema de inclinaciones, de sonrisas fáciles, resaltaban los rostros altaneros y nobles de los señores del petróleo: antiguos pastores de la Arabia Saudita y de Kuwait, convertidos en pocos años en millonarios en dólares.

Hombre de mundo, bien vestido, elegante, refinado, el dueño del palacio iba de un grupo al otro. Khalil el Ajamié tenía treinta primaveras. Tenía nobleza, personalidad, era erudito, culto, muy europeizado. Medía un metro ochenta y su cuerpo se envolvía de grasa, de esa grasa de los orientales amigos de la siesta, de los dulces y de las mujeres. Sus cabellos se habían quedado muy pronto entre los pelos de los cepillos y las púas de los peines. Se los ponía, los que le quedaban, sobre lo alto del cráneo, muy hábilmente, como hacen los viejos camareros de los cafés parisinos. Pero, al contrario de los camareros, él no tenía los pies planos. Los suyos eran pequeños, elegantes, y les gustaban a las mujeres. Tenía los ojos de un azul-verde y su mirada era rápida, penetrante. Pese a la grasa que le rodeaba conservaba una ligereza asombrosa. Es cierto que montaba todos los días y que su cuadra poseía los mejores caballos árabes, los más grandes vencedores del Próximo Oriente.

En su muñeca derecha brillaba, arrogante, fuera de precio como todo lo demás, un reloj redondo de platino cuya hora la señalaban los reflejos de unos diamantes. Nada más que el brazalete, todo de platino, debía valer una fortuna.

Consciente de su seducción, con los pies juntos, Khalil se inclinaba ante Mike, al que Anizé acababa de presentarle.

—Soy feliz de conocerle, señor Gibson. Espero que encontrará en nuestro Líbano materia interesante para sus artículos.

E irguiéndose, jugando con su mano izquierda con un masbaha cuyos treinta y tres granos estaban representados por diamantes muy puros, piezas de un blanco-azul de al menos diez quilates cada uno de ellos y cuyo conjunto valía una fortuna colosal, añadió:

—Sabía por mi hermana Nouhad que estaba usted entre nuestras cuatro paredes. Le agradezco muy vivamente al capitán que le haya traído a usted.

Sonrió a éste pero prosiguió dirigiéndose a Mike:

—El capitán es uno de los raros valores del Líbano. Uno de los últimos justos de nuestro país atormentado. Un hombre tan incorruptible como Robespierre, el gran revolucionario francés.

Saludó ligeramente con el busto.

—Bien venido a nuestra casa, señor Gibson. Un amigo de nuestro capitán no puede sino sernos muy caro. Use de mí y de mi influencia si ello puede ayudarle en su reportaje.

Y a su hermana Nouhad, que se acercaba a ellos, deslumbrante, espantante, metida en un estuche de brocado rojo que la desnudaba mejor que una desnudez:

—Querida, ¿quieres acompañar a nuestro huésped y hacerle visitar el palacio? Veo allá al emir de Katar que me busca.

Nouhad se acercó, sus labios rojos como su vestido entreabierto sobre sus dientes soberbios.

—Hola, capitán. Es usted muy gentil al haber cumplido su palabra. Hola, señor Gibson. Bien venido bajo nuestro techo.

Mike devolvió ceremoniosamente la cortesía.

—Señorita...

Mike se sentía un poco turbado y se ruborizaba.

A unos metros de ellos, Khalil , se volvió como si de repente se le hubiese ocurrido una idea. Agitaba su masbaha de diamantes.

—Querida, muéstrale mi colección de masbahas al señor Gibson. Estoy seguro de que puede interesarle para su artículo, sobre todo teniendo en cuenta que es única en el mundo.

Sonrió con la misma sonrisa de su hermana, desdeñosa, despreciativa, pero zalamera, atractiva.

—Me gusta que se hable de mi palacio. Me gusta que se hable de mis joyas, de mis colecciones, de mis caballos. Me gusta que se hable de mi Líbano.

Había dicho «mi Líbano» con el tono apasionado del hombre que ama a su país más que a nada, más que a su vida.

Se alejó con su paso de danzarín y Nouhad se volvió hacia Mike.

—¿Esa colección le interesa, señor?

—La vería con placer, si al capitán no le molesta —aceptó Mike.

El capitán alzó la mano.

—En absoluto, amigo mío. Aproveche esta ocasión. Vale la pena. En cuanto a mí, me excusarán si me eclipso, pero ya la he visto varias veces. Iré a charlar con mi viejo amigo que veo por allá.

Mike siguió la mirada del capitán y se estremeció. El hombre que Anizé señalaba era el banquero Elias, vestido de blanco inmaculado, macizo, más dueño de bar de Macao que nunca.

El siguiente estremecimiento fue más grato. Nouhad el Ajamié acababa de pasar su brazo enguantado de negro hasta el codo bajo el suyo y le llevaba.

—Venga, señor Gibson. Luego nos reuniremos con el capitán.

Mike se dejó llevar. Caminando, sentía contra su cadera la cadera cálida de la joven. Y bajo su imperio, enrojeció de nuevo. Las miradas de las jovencitas y de los hombres de cargadas cuentas bancarias les acompañaron hasta que cruzaron una puerta ojival recortada en el oro viejo de un tabique.

—Ahí tiene una de las páginas auténticas del Corán. Escrita por la mano de Mahoma.

Bajo un cristal, enmarcado de oro, un pergamino ofrecía su escritura indescifrable a Mike.

—Esto no debe tener precio —constató tras haberlo admirado largo rato.

—Es inestimable, en efecto —dijo la muchacha soltándose de su brazo y acercándose a una mesa baja ornada de marquetería.

—Y esta es la cimitarra que perteneciera a Harún-al-Rachid.

Mike se inclinó y alzó la pesada cimitarra.

—¡Pero es de oro! ¡De oro puro!

Los labios de Nouhad se plisaron con su sonrisa de gran dama desdeñosa.

—De oro macizo, incluso.

—Y las piedras son verdaderas piedras preciosas —prosiguió Mike, que se excitaba al descubrir rubíes y esmeraldas incrustadas en la empuñadura y sobre la parte alta de la vaina.

Nouhad se encogió ligeramente de hombros. \

—Desde luego. Pero ese no es su verdadero valor. Sólo cuenta el interés histórico. Con esta hoja, el Sultán cortó algunas cabezas en sus accesos de furor.

Mike volvió a poner el arma en su lugar con una suerte de respeto.

—Y esa es la colección de Khalil —siguió la joven dirigiéndose

hacia el fondo de la estancia.

Mike no la seguía. Sobrecogido de admiración, la contemplaba caminar. Miraba moverse su cuerpo, soberbio y altanero, espantante y sensual, que parecía arder en su estuche de brocado rojo. A cada paso, el vestido se le pegaba al talle, a las piernas, señalando su exquisita largura, el relieve de sus carnes, la finura de sus tobillos, la pequeñez de sus pies arqueados, calzados con el mismo raso negro que el de los guantes subiendo hasta los codos.

Mike la admiraba, no podía más que admirarla, con los ojos brillantes, los labios resecos.

La joven se detuvo al fondo, ante un tabique tapizado de oro y de incrustaciones de nácar. Puso su índice sobre un punto invisible y la pared se deslizó a un lado, desvelando una habitación más pequeña que resplandecía de luz, conectada sin duda con la apertura del muro secreto.

Nouhad, buscándole a su lado, se volvió sorprendida.

—¿No viene usted?

Mike se sacudió, respiró con fuerza para alejar los sueños que el caminar de la joven le habían inspirado, y se acercó a su lado. Se inmovilizó junto a ella y admiró aún. Pero, a la habitación esta vez.

Hasta la altura de un hombre, las paredes no eran más que pequeñas hornacinas de cristal, dentro de las cuales todo lo que existía en el mundo de joyas, piedras, diamantes, esmeraldas, rubíes, etcétera, brillaban sobre fondos de terciopelo cuyo color cambiaba según las joyas. Ninguna de ellas estaba montada sobre anillos o collares. No. Todas, rubíes, esmeraldas, zafiros, perlas y brillantes estaban montados en treinta y tres, sesenta y seis o noventa y nueve granos. Todas, bajo los dedos de los orfebres, se habían convertido en masbahas. La iluminación estudiada resaltaba los rosarios, señalaba la belleza de las gemas, el trabajo de joyería. Había allí lo suficiente para reflotar o equilibrar el presupuesto de una pequeña nación dispuesta a caer en la devaluación.

—¡Uf! —resopló Mike—. Nunca he visto nada parecido. Ni siquiera en la calle 47 Oeste de Nueva York, donde existe, sin embargo, el más grande mercado de joyas del mundo. ¿Podría tomar fotos para mi periódico?

Mike se volvió hacia la muchacha.

—Quiero decir si me permitiría usted que volviera otro día con

mi cámara.

—Desde luego. Ya se lo ha dicho Khalil . Adora que se hable de sus colecciones, de nuestro palacio, de nuestro Líbano.

Sonrió ligeramente, exhibiendo sus dientes de un nácar azulado.

—Hable de él lo más posible. Le estará agradecido. Le apasiona ver en los periódicos la fotografía de todo cuanto le rodea. Y como todo buen coleccionista, le gusta mostrar sus piezas a la gente que no puede poseerlas. Después de todo, su colección de masbahas no supera a su cuadra de pura sangres... o a su colección de mujeres.

Su sonrisa se acentuó.

—Porque no hay hombre más castigador que mi hermano. Todo lo que lleve faldas le interesa. No puede llegar un desfile de maniquíes o de comediantes a Beirut sin que él corra a su encuentro, dispuesto a deslumbrarlas hasta que ellas cedan.

—¿Y le ceden todas?

Una mueca divertida, escéptica, erraba sobre el rostro de Mike.

—Sin embargo, y sin querer ofenderla, no puede decirse que su hermano sea muy guapo —añadió torpemente.

Ella le fulminó con sus ojos oscuros, ardientes.

—¡Mi hermano posee aquello que ustedes, los americanos, no pueden poseer! ¡El encanto! Y, por encima de todo, él es un macho... un macho de verdad. Mientras que ustedes...

—¿Qué pasa con nosotros? —saltó Mike, metido en una discusión imbécil que hubiese querido evitar.

—Ustedes los americanos son esclavos de sus mujeres. Y aquí, es al contrario. Nosotras somos las esclavas de nuestros hombres. Y así debe ser. Una mujer debe someterse.

Mike, creyendo sonreír, lo que hizo fue una mueca.

—La veo a usted mal como esclava de alguien.

La muchacha volvió a encogerse de hombros, unos hombros redondos, un poco anchos, que hicieron mover sus senos en forma de pera, los cuales se adivinaban desnudos bajo el brocado rojo. Le miró con un desdén insultante.

—No de un hombre como usted, desde luego. Nosotras, las mujeres de Oriente, despreciamos a los hombres esclavos.

Nouhad inició un movimiento para salir tan bruscamente que tropezó con Mike, que acababa de cortarle el paso y balbucía:

—No sé lo que me retiene...

Ella hizo un gesto de gran dama, como para alejarle de su lado. Un gesto más despreciativo, más desdeñoso de todos cuantos hasta el momento había mostrado. Un gesto con el cual le hacía comprender a Mike que él no existía, que jamás había existido. Y ella se encontró de improviso brutalmente alzada, por los codos, apretada contra él, sin que pudiera moverse. Le fusiló con sus ojos negros donde danzaba la cólera.

—¡Apártese!

Mike le devolvió su mirada, detallándola con sus ojos azules a los que la rabia volvía grises, un feo gris de tempestad, y se inclinó sobre ella, la boca primero. Lo había olvidado todo: a su Connie, a la que añoraba, y a su hija Louise, que era su Dios en la tierra. Bloqueó a Nouhad contra él, repentinamente enloquecido por su contacto, por su perfume escogido, por su carne sedosa y firme. No podía decir nada. Su garganta y sus venas ardían. Se inclinó más, tratando de abrazarla de más cerca, besarla. Ella consiguió soltar su mano enguantada de negro y le abofeteó. Secamente. Con desprecio. La bofetada tuvo la resonancia de una rama seca al romperse y fue a chocar contra los cristales tras los cuales dormían las extraordinarias colecciones.

Mike la soltó y se mantuvo inmóvil, los brazos contra sus costados, con un deseo de salvaje venganza en sus ojos de cazador de hombres. Nouhad retrocedió. Comprendió la lucha que tenía lugar en el interior de Mike para no abalanzarse sobre ella y hacerle mal.

Con los puños cerrados, las uñas clavadas en su piel, recuperó suavemente su respiración y pudo al fin decir, mientras de sus ojos se desvanecía el peligroso relumbre:

—Excúseme.

Y dio media vuelta. Un movimiento rápido, decidido que sorprendió a la joven cuyas fosas nasales palpitaban delicadamente y cuyos ojos habían perdido su brillo despreciativo.

—¡Señor Gibson! —le llamó.

Mike se volvió hacia ella desde el umbral de la puerta de oro.

—Soy yo quien me excuso. Creo que he ido demasiado lejos en mis comparaciones.

Y avanzó hacia él con sus labios húmedos, con su cabeza de reina de Egipto echada hacia atrás. Estaba como ofreciéndose a él

en el brocado rojo que susurraba a cada movimiento.

—Para hacerme perdonar, ¿aceptaría usted volver a verme pasado mañana? Doy un *mezzé* en mi propiedad a orillas del mar.

Mike no respondió. Se contentó con mirarla fijamente con sus ojos duros a los que le costaba recuperar la calma. Y en su traje de color azul petróleo, del mismo azul que sus ojos, la tez curtida y los cabellos rubios, alto y fuerte, con su aspecto atlético, podía gustar a una mujer.

Nouhad insistió con una de aquellas sonrisas que habían derribado a tantos hombres.

—Acepte, señor Gibson. Tratemos de olvidar esta conversación y seamos amigos.

Mike desvió la mirada y, al fin, vencido, suspiró:

—Acepto.

Nouhad registró la aprobación con un elegante movimiento de su cabeza.

—El coche estará a las dos en la puerta de su hotel. No olvide su traje de baño. Nadaremos juntos.

Mike la saludó con un gesto que hubiese deseado fuera menos envarado y se alejó seguido por la mirada pensativa de la joven.

9

Mike subió la escalera del Excelsior. El capitán acababa de acompañarle, después de guiarlo a un restaurante de la avenida de los Franceses, cuya especialidad era el pescado.

Cuando iba a coger su llave, Albert se levantó de un sillón del hall.

—¡Señor Gibson!

Llevaba siempre el mismo traje gris, el mismo sombrero que tenía en la mano. Sus pupilas dilatadas de drogado también seguían siendo las mismas.

Mike se dirigió a su encuentro.

—¿Qué hay?

—Bueno, ló primero déjeme excusarme por molestarle a estas horas. Es que necesitaba verle. ¿Es cierto que su negocio se ha desarrollado bien?

Había hablado en voz baja. La alzó al acercarse uno de los botones del servicio de noche.

—Tendría usted que visitar Balbeck, señor Gibson. Es importante para su reportaje. ¡Muy importante!

Y luego, de nuevo entre sus dientes, una vez el mozo se hubo alejado:

—Circula el rumor entre los revendedores de que ha llegado un gran stock de cigarrillos y que les van a entregar mercancía.

Se inclinó obsequioso.

—Pienso que son los suyos, pues no hay demasiadas bandas que hagan el tabaco. ¿Así que son los suyos, señor Gibson?

Mike asintió con un gesto. Albert sonrió ampliamente y tendió la mano.

—¿Recuerda usted su promesa? Mil libras libanesas si hacía el

negocio…

—Exacto —reconoció Mike mirando a su alrededor.

Había poca gente, algunas personas de esmoquin y en trajes de noche esperando los taxis. Sacó una parte del dinero que le había dado el banquero y que él debía depositar en la Embajada.

—No tengo más que dólares. Son unos trescientos…

—¡Señor Gibson! ¡Con ese cambio yo perdería! Digamos trescientos veinte.

—¡O.K.! —dijo Mike contándole la suma—. Y gracias por su ayuda.

Con cuidado, Albert guardó el dinero en su billetera desconchada. Un dinero que se habría esfumado en la mesa de juego 520 o en la droga antes de pocas horas.

Mike prosiguió:

—Es posible que le avise dentro de poco para que alerte a los otros. Así lo hemos convenido. No olvide telefonearme cada día.

—No dejaré de hacerlo. Y ahora, ¿hay algo que pueda hacer por usted?

—No, o al menos, no creo que pueda proporcionarme lo que busco para mi reportaje.

Mike fingió vacilar, antes de proseguir:

—Me refiero a una materia concreta, a un tema clave para mi carrera de reportero.

Albert se asombró.

—¿Y qué es esa cosa tan rara?

—La droga —le sondeó Mike—. Heroína, preferentemente. Usted sabe que el Líbano es considerado la plataforma de la droga, y si es cierto o no yo no lo sé. Pero me gustaría averiguarlo por mí mismo, conocer las ramificaciones del tráfico, si es que existe, etcétera. Daría una buena gratificación por esos informes.

—Tal vez sea posible —murmuró Albert, soñadoramente—. Tal vez no lo sea. Pero estudiaré la cuestión. ¿Quiere usted que nos veamos mañana, señor Gibson? Estoy casi seguro de que podré darle una respuesta.

—De acuerdo. Y no lo olvide. Pagaré bien. Mi periódico estará contento si consigue las primicias de un artículo sobre ese tema.

—Pues trataremos de que usted lo escriba —declaró Albert saludándole con un amplio ademán de mal comediante—. Buenas

noches y hasta mañana, señor Gibson.

Y todo sonrisa, Albert volvió a calarse el sombrero con un gesto a lo d’Artagnan.

Viejo solterón, el capitán deseaba las buenas noches a su gobernanta árabe, la cual se retiraba a su habitación. El se disponía a imitarla cuando el teléfono sonó. Al coger el auricular, reconoció la voz de Albert y escuchó. Luego, al cabo de un momento, dijo:

—Sí. ¿Cómo dices? ¿Que los cigarrillos están probablemente almacenados en las grutas de la bahía de Joulnié? Cerca de la casa de Mokrar, el pescador... Perfecto, Albert. ¿Cómo?

El capitán frunció las cejas.

—¿Me pides que no intervenga antes de mañana a la noche? Bueno, bueno, Albert. No comprendo muy bien tus razones, pero estableceremos ese plazo. Gracias.

El confidente seguía hablando al otro extremo del hilo. Anizé sonrió: «¡Ese granuja de Albert pretende cobrar por los dos lados!», pensó.

—Bien, bien, Albert. Si la operación tiene éxito, recibirás la suma convenida. No te preocupes que la cobrarás. ¿Cómo? ¿Qué cuentas aún?

Apretó la oreja contra el auricular y un reflejo divertido animó sus ojos fríos.

—¿Que el americano te ha hablado de droga? ¿Que le gustaría descubrir los hilos del tráfico para hacer un reportaje?

El capitán se aguantó la carcajada.

—Eso es interesante, Albert. Gracioso, incluso. ¿Crees que podrás ayudarle en ese terreno? Ya sabes que hace falta conocer... ¿Lo conoces tú?

La sonrisa del capitán duplicó su volumen al escuchar la medrosa negativa de Albert.

—¿O sea que tú no conoces nada de ese tráfico? Pues es una lástima. ¡Tú sólo conoces la pacotilla, los pequeños revendedores, los que te suministran! Desde luego, ésos no tienen ningún interés... Pero trata de encontrar algo más arriba. Inténtalo, Albert... No para tu americano sino para mí. Inténtalo, Albert. Hazme ese favor.

La voz del capitán había cambiado. Se había endurecido

brutalmente.

—Inténtalo, Albert. Si quieres que continuemos siendo buenos amigos, inténtalo.

Y, desaparecida su sonrisa, colgó sin más explicaciones.

10

—¡Champan! Sin volverse con un chasquido de sus dedos, pretencioso, autoritario, Albert lanzó la orden al mozo. El camarero, que no esperaba más que este momento, le pasó la gran copa donde burbujeaba la bebida de los dioses. El confidente se apoderó de la copa y bebió con el meñique levantado. Luego, exclamó:

—¡Banco!

Frente a él, el saudí que cortaba la baraja, permaneció de mármol. Albert arrojó sobre el tapete tres placas de 5.000 libras que el croupier recogió con un experto movimiento de su rastrillo. El saudí, inmóvil dentro de su vestido principesco, el rostro fino y mate enmarcado en el velo negro, distribuyó las cartas.

Tras beber otro sorbo, Albert pidió una carta. El saudí, rodeado de mujeres al acecho de su munificencia, no pestañeó.

—Seis —anunció Albert.

Los dedos ágiles y duros como garras del príncipe del petróleo, volvieron las suyas.

—Siete —dijo, desdeñoso.

Las placas de Albert fueron a apilarse ante el croupier. Albert terminó de vaciar su copa y la tendió al camarero, siempre sin volverse. Después, al anunciar el croupier una cifra, dijo lanzando al mismo tiempo unas gruesas fichas:

—¡Banco!

El rastrillo se movió bajo la luz cruda y Albert, discretamente, buscó en su bolsillo. Cuando sacó la mano, empuñaba una pequeña jeringa hipodérmica. Por el momento, las miradas no estaban sobre él sino dirigidas sobre el tapete, allí donde las fichas se acumulaban. Albert aprovechó la ocasión. Sin palparse, acostumbrado a hacerlo, su mano, bajo la mesa, clavó la aguja de un solo golpe en el

músculo de la pierna. Dos segundos después, Albert erguía el busto. Sus ojos globulosos se animaron, sus fosas nasales se dilataron de placer. La sensación no iba a tardar en venir. La bella, la maravillosa sensación que procura la heroína.

Tomó las cartas que el croupier le pasaba y las volvió vivamente.

—¡Ocho! —exclamó con una voz que quería fuese serena para que vibrara.

—¡Nueve! —le devolvió el eco de la voz neutra del saudí.

Albert palidecía. Luego, se rió nerviosamente. No importaba. Iba a ganar. Lo sentía en el vacío de su vientre que la suerte estaba con él. Bien dispuesta. La prueba es que los dólares del americano se habían multiplicado. ¡Y de qué manera! Desde su llegada a eso de la medianoche al casino de Maameltein, no había parado de ganar. Hasta 200.000 libras había llegado a acumular en el transcurso de esta noche loca donde una vez más se sentía el dueño del mundo, el caíd de los caíds, el rey de reyes. Lanzó otro chasquido imperioso con los dedos.

—¡Champán!

Le tendieron su copa. Bebió, feliz de sentirse el centro de la mesa. ¿Cuánto tiempo hacía que eso no le había sucedido, el sentirse admirado como ahora lo era, esta noche? O ya esta mañana, mejor dicho. Porque a despecho de los suntuosos tapices que dejaban la lujosa sala en la oscuridad, fuera ya debía ser de día. Su reloj marcaba las ocho. Albert se rió de nuevo, suavemente. Iba a acabar con el saudí, con todos los saudís de la tierra.

Albert gozaba, feliz de estar allí, orgulloso de su viejo esmoquin gastado en las mangas, de su pañuelo demasiado salido y que caía sobre sus negras solapas.

En la sala todas las otras mesas ya estaban desiertas, sus lámparas apagadas. Sólo vivía la suya, animada del acolchado ruido de las fichas y de las voces que susurraban como en la iglesia. Gruesos cordones alojados en los brillantes montantes de latón, circundaban la mesa, manteniendo al público a una distancia respetuosa. Lo cual no impidió sin embargo que una bella muchacha, cuyo vestido no le ocultaba siquiera el ombligo, se inclinara sobre Albert.

—¡No olvides a tu fetiche, querido! Es gracias a mí que has

ganado. Albert querido, dame otra placa. Una pequeñita.

Sin vacilar, el confidente buscó entre sus fichas e hizo una señal. Dócil, la muchacha se inclinó más, exhibiendo sus senos duros y minúsculos. Los ojos globulosos los acariciaron al paso antes de descender más abajo, hasta el ombligo. Luego, Albert, alargó la mano y puso la helada placa entre los senos desnudos. La chica rió y retrocedió en seguida, la mano sobre los senos, mientras el jefe de la partida la fusilaba con una mirada furiosa.

Luego Albert se dio cuenta de que el saudí lo miraba fijamente. Creyó leer el desdén en sus ojos y gritó, con los dientes apretados, sin esperar siquiera el anuncio del croupier:

—¡Banco! ¡Banco solo!

Había despecho sobre su rostro devastado y en sus pupilas brillaba la terrible embriaguez de la droga.

Chasqueó los dedos.

—¡Champán!

Bebió. De un trago. Sin embargo, sabía que no debía beber. Un drogado no debe beber pues si lo hace el efecto de la droga desaparece más aprisa. Sin embargo, él quería beber, jugar, ganar, dominar el universo.

El rastrillo danzó ante su nariz y le hizo parpadear. Se anunciaron unas cifras. El rastrillo prosiguió su danza bajo el brillo de las luces.

Albert gritó:

—¡Banco! ¡Banco solo!

Y siempre, frente a él, la faz impasible y muerta del saudí. De ese cerdo saudí al que nada podía conmover.

—¡Banco!

Infatigable, el rastrillo seguía barriendo infernalmente. Transcurrió una hora.

Ahora, ante Albert, todo empezaba a confundirse: el verde del tapete, los colores de las placas, los rostros verdosos, las manos, las carnes, los vestidos, los fajos de billetes. Todo, todo se volvía fofo y glauco, verdoso y feo como la muerte, como la nada.

La voz de Albert se hacía más blanda, sus movimientos también. Adiós al agitar de sus blancos pañuelos, al chasquido de sus dedos autoritarios.

—¡Banco!

El confidente acababa de balbucir la orden mientras arrojaba sus últimas fichas.

—Nueve —anunciaron poco después, eco irrisorio al «ocho» que él murmuraba con voz desalentada.

Cruzó la mirada del saudí y bruscamente comprendió. Había perdido y estaba desnudo, despojado, liquidado, lavado. ¡Albert estaba acabado! La noche de locura terminaba en locura. Una vez más, la vida le había vencido.

Unos empleados hicieron correr los tapices y, a oleadas, el maravilloso sol de Oriente se adueñó de la sala donde se jugaban los destinos. Ignorado súbitamente por todos, Albert se precipitó al encuentro de la chica fetiche, suplicante.

—Préstame algunas libras para tomar un taxi. No tengo ni dos piastras.

La chica le fulminó con sus ojos ávidos.

—Necesitarías veinte años para devolvérmelas.

—Pero... —tartamudeó Albert—, yo te he dado, al menos...

¿Acaso sabía qué le había dado? A fin de cuentas, ¿qué importancia tenía eso? Aún por una noche, había sido el Albert de antaño, el de los *palaces* internacionales, el esposo envidiado de una Blue-Bell girl.

Meneó con pesadumbre la cabeza, le hizo una mueca a la chica y se encaminó al guardarropa, donde le devolvieron su sombrero descolorido.

Y, miserable en su esmoquin, con sus zapatos amarillos que rechinaban bajo el negro pantalón, alcanzó la salida del suntuoso casino, gloria de Oriente. Ante la mar que brillaba más abajo, Albert vaciló. Luego, bruscamente, acordándose entre dos sollozos, se dio cuenta de que estaba cerca de la casa de Mokrar. La víspera había proyectado ir a cobrar su comisión. Por ello había avisado a Anizé y le había pedido que no interviniera hasta la noche.

Un estallido de risa le sacudió de pronto. Las lágrimas le vinieron a los ojos. Albert no estaba acabado, nunca estaría acabado. Había cobrado del americano y cobraría de Mokrar, como cobraría del capitán cuando éste hiciera aprehender las cajas. Con un gesto amplio, Albert se caló el sombrero, cuya cinta se deshilachaba un poco. Después, tirando del pañuelo que asomaba por su bolsillo, se volvió hacia un portero que le contemplaba como

si fuera un piojo perdido en la arena.

—Hasta esta noche. Voy a volver para hacer saltar su casino. ¡Preparen el champán!

Rejuvenecido, con el busto derecho, la mirada más clara, bajó hacia la carretera polvorienta, seguro de que habría de encontrar algún camión que le acercara hasta la casa de Mokrar.

La balsa de los niños oscilaba suavemente sobre el agua tranquila. Sentado sobre un peñasco, Alí reía sin ruido. Ahmed, el mayor, estaba a su lado, la espalda contra la roca del acantilado, sosteniéndose con una sola pierna, como una cigüeña, y con la pala cruzada sobre sus hombros desnudos. Se reía también, sin ruido, contemplando a su padre, con el agua hasta el vientre, desmenuzando las gambas en pedacitos. El sol caía sobre su torso desnudo, haciendo brillar la empuñadura cincelada del puñal que llevaba a su espalda y cuya vaina de cobre desaparecía bajo el pantalón.

Desde su balcón rocoso, los niños veían a los peces pequeños y grandes entregarse a una verdadera zarabanda en torno a la comida que les lanzaba su padre. Y reían, con la mirada brillante, orgullosos de ser los hijos del amigo de los habitantes del mar. De repente, Alí, que ya no podía contenerse, pidió:

—¡Haz subir a Libertad, papá! ¡Hazlo subir!

La cara de Mokrar se agitó de alegría. Pequeñas ondas partían de él en cuanto se movía. Con un guiño cómplice a sus morenos lobeznos, metió la cabeza en el agua, con una gamba entre los dientes. La masticó lentamente, dejando que las partículas cayeran hacia el fondo. Esperaron los tres febrilmente y, tras unos instantes, el trazo oscuro del pez, manchado de colores, hendió la onda y rozó en el espacio de un relámpago los labios de Mokrar para, en un instante, desaparecer de nuevo. Desnudo y negro en el sol, Alí gritó, ebrio de felicidad:

—¡Bravo, Libertad! ¡Bravo!

Mokrar se incorporó, el rostro chorreante, dejando sus gotas sobre el torso velludo. Alzó un brazo con un gesto rudo.

—¡Vamos, granujas, al mar! Tengo que hacer. ¡Id a ver a vuestro abuelo!

Riendo, los niños saltaron al agua y recuperaron su balsa. Sentados a horcajadas sobre ella, bajo el impulso de la pala de Ahmed, se alejaron hacia la derecha, contorneando el acantilado, para ganar así la cala donde habitaba el padre de Fayraz.

Mokrar les acompañó con la mirada antes de zambullirse. Nadó algunas brazadas en su dirección, contorneó también un bloque enorme de rocas y desapareció a los ojos de su casa. Un minuto después, hacía pie sobre la entrada de la gruta, visible ésta solamente desde el mar. La cueva estaba tapizada de una arena blanca y suave y se extendía sobre una profundidad de unos cincuenta metros; su anchura rebasaba los seis y la altura de sus bóvedas alcanzaba, en algunos puntos, los diez metros. Las quinientas cajas desembarcadas la víspera estaban allí, ordenadas al fondo de la primera gruta, y aquella misma noche serían transferidas en camión. Las barcas que las trajeran habían desaparecido, salvo una que dormía, la quilla al aire, varada sobre el blanco de la arena como un gran pez negro.

En un rincón yacían doce cajas reventadas. El mar había hecho inutilizable esta parte de la carga mal protegida. La culpa inicial cabía atribuirla a la mala estanqueidad de las láminas que protegían los cartuchos de cigarrillos. Mal soldadas, habían dejado penetrad el agua y todo se había estropeado.

Una vez más, Mokrar inspeccionó las cajas para comprobar si no habría alguna otra estropeada, ya que sería menester que el americano les devolviera el dinero una vez comprobados los daños. Al menos eso era lo que se había acordado. Pero que el americano les reembolsara o no, a Mokrar poco le importaba. De todos modos, él cobraría su porcentaje, que le sería pagado por el banquero o por la Esfinge. Oyendo gritar su nombre, que le traía la blanda brisa procedente de tierra adentro, volvió a lanzarse al agua. ¿Qué le quería Fayraz? Ella solamente le llamaba en caso de necesidad. Recorrió el mismo camino, el pantalón arremangado hasta la rodilla y el torso desnudo. Con el cuerpo húmedo, hizo pie en la playa de la caleta. Alzando la cabeza en dirección a su casa, vio a Albert, todo vestido de negro, que ya bajaba a su encuentro. En lugar de subir, Mokrar esperó. Albert no era un personaje que mereciese la menor fatiga. Aparte de que Mokrar sabía perfectamente a qué venía el otro. O se lo imaginaba. Y como quiera que por el

momento no tenía nada que darle... pues que ni la Esfinge ni el banquero le habían dado nada para Albert... Lo único que le había dicho la Esfinge es que el confidente debía tener paciencia.

Las manos en las caderas, sólido, barrigudo, con el cuerpo chorreante, humeando bajo el sol, Mokrar hizo una seña para que Albert se acercara.

—¿Por qué vas de luto? —le preguntó desde bastante lejos.

Albert sonrió. Fayraz le había hecho la misma pregunta.

Y replicó, mientras se acercaba al pescador de la bahía de Joulnié:

—Voy de luto por mi pasta. El casino acaba de purgarme.

Mokrar encogió sus anchos hombros.

—Alá decide quién debe ganar y perder. ¿Qué quieres ahora?

Sus ojos dulces y oscuros interrogaban. El confidente carraspeó antes de responder.

—Dinero. Vengo a cobrar lo que me prometisteis si hacías el negocio con el americano.

—¿Q quién te asegura que ese negocio ya está ultimado?

Albert se sentía eufórico. La falta de sueño, la excitación del juego y de la droga... Estalló en una carcajada.

—¡El propio americano! Le he visto.

—Si le has visto, es que él ya te ha pagado —constató plácidamente Mokrar.

—Sí, pero lo he perdido todo —confesó Albert—. Todo.

—Es Alá quien decide —repitió Mokrar con convicción—. Y El ha decidido que hoy no vas a cobrar de mí ni una piastra.

Albert avanzó un paso.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? Vosotros me habíais prometido... o mejor dicho, tú me habías prometido en nombre de los otros... de esos con los que tú trabajas...

Por segunda vez los hombros de Mokrar se alzaron con un encogimiento.

—Cobrarás... cuando ellos digan. En cuanto a mí...

Señaló a su barca, la *Vivir Libre*, varada en seco y la cala brillando como un espejo.

—Tengo que trabajar. Márchate y vuelve más tarde. Quizá mañana. Si me dan algo para ti, yo te lo daré.

—¡Pero es que yo lo necesito ahora! —se quejó Albert,

decepcionado—. ¡Ahora mismo!

Pensaba en la noche que vendría, la cual, con un poco de dinero, podría hacerla tan embriagadora, tan loca como la que acababa de pasar.

Alargó la mano.

—Me lo habíais prometido… ¡Mantener vuestra palabra! Yo he mantenido la mía. ¡Os he traído al americano!

—Vete —repitió Mokrar—. Tengo que trabajar. Oye, ¿cómo has venido?

Albert alzó sus brazos.

—En auto-stop, desde el casino. Un camión de Trípoli me ha traído.

—Pues toma otro de vuelta —le aconsejó Mokrar dándole la espalda y encaminándose hacia la caleta de las cuevas.

—¡Pero quiero mi dinero! ¡Lo necesito!

Bruscamente Albert recordaba que aquella misma noche Anizé operaría y que los otros no le pagarían si las cajas eran confiscadas.

Frunciendo de golpe las cejas, gritó:

—¿Y quién me asegura a mí que tú no lo tengas ¿Y si lo que quieres es no darme mi parte? ¿Quién me dice que no intentas guardártela para ti? ¡Yo te conozco bien, Mokrar! Ladrón y asesino, te crees que todo te está permitido.

Mokrar se volvió lentamente. Sus ojos oscuros y dulces no expresaban la menor contrariedad.

—Vete. Aquellos con los que trabajo no me han dado nada todavía para ti. Mañana, quizás…

La excitación ficticia de Albert se esfumó de pronto y la fatiga de la noche se abatió como una maza sobre sus hombros hundidos. El alcohol y la droga comenzaban a perder sus efectos. Pero él se empeñaba:

—Dame mi dinero, Mokrar. Estoy seguro de que tú lo tienes y te lo guardas.

Renovó el gesto que tantas veces había hecho en su vida: Tendió una mano pedigüeña mientras que una espuma blancuzca perlaba sus labios roídos por la fiebre.

—Dámelo o si no…

Como un eco a su amenaza, un guijarro rodó a sus espaldas. Pero sin prestar atención, insistió:

—Lárgate —le dijo tranquilamente Mokrar—. No me obligues a enfadarme.

Un fuego de rabia iluminó de pronto las pupilas del drogado. Espumeando, temblando de furor, persuadido de que el otro le mentía, que no quería darle su dinero, le espetó:

—¡Cerdo! ¡Tú me vas a pagar!

Rubricando su amenaza, una Walter 7,65 apareció repentinamente en su puño derecho. Los ojos de Mokrar conservaron su dulzura.

—Vete, Albert. Voy a decirles a los otros que te paguen mañana. Pero, ahora, márchate.

—¿Mañana, eh? ¡No! O es ahora o yo…

No pudo decir más. Un peso, una fiera caliente y nerviosa, acababa de caerle sobre la espalda. Albert vaciló bajo el choque e intentó soltarse. En vano. Sintió contra él unos músculos largos y duros que intentaban rodearle para inmovilizarlo. Trató de deshacerse de ellos pero no pudo hacer sino gritar. De dolor y de miedo. Dos zarpas acababan de hacer presa junto a sus ojos y una mandíbula salvaje mordía su puño armado. Albert gritó de nuevo. Largamente. Y la 7,65 cayó en la arena. Luego el confidente tuvo como una náusea porque el estuche de las dos piernas cálidas le serraba los riñones y le bloqueaba el aliento. Mokrar se abalanzó. Eficaz, rápido, fuerte.

—¡Suelta, mujer! —ordenó.

Fayraz soltó su presa. Y Mokrar, agarrando a Albert, le echó bruscamente la cabeza hacia atrás. El viejo sombrero cayó al suelo y rodó algunos pasos. Inmovilizando las piernas de Albert con una de las suyas, Mokrar desenfundó su curvado puñal y la hoja, azulada, lanzó unos destellos malignos bajo el sol. Una risa ahogada agitaba el vientre de Mokrar, aplastado contra los riñones de Albert. Y mientras le retorcía ferozmente los cabellos, los cabellos pegajosos de la gomina que usaba, con una mecha suelta cayendo como una vírgula sobre su pálida frente, Mokrar tiró para atrás. Un golpe seco, con toda su fuerza de hambre de mar, de hombre sano y duro. Un cartílago se quebró en la nuca de Albert. Y con el mentón apuntando al mar abierto, la cara al sol, lanzó un grito. Un gran

grito que parecía no iba a acabar nunca y que, al fin, terminó con aullido de terror, con el aullido de la bestia en el matadero. La hoja de reflejos azulados, mortalmente afiladas sus dos caras, como una navaja de afeitar, y con una nervadura rebajada en el acero para mejor drenar la sangre, acababa de lanzar un relámpago. Con el gesto semicircular de asesino profesional, Mokrar había cortado la garganta del confidente. Un chorro púrpura, tieso, violento como el de una manga de incendio, surgió de una herida enorme antes de ir, con una blanda caída de sangre desparramada, a manchar la blanca arena.

Siempre mantenido por el puño de Mokrar, Albert, con la cintura arqueada, tuvo algunos rudos sobresaltos y sus ojos de drogado, abiertos de par en par, fulminados por la muerte, miraban el cielo demasiado azul. Anchos regueros de sangre maculaban su esmoquin, lo mismo que su gran pañuelo y la pierna de Mokrar, la que seguía inmovilizando el cadáver. Luego, con una sacudida, Mokrar se soltó, dio un salto atrás y al mismo tiempo propulsó a Albert hacia adelante.

Con las manos en su fino talle, tan fino que Mokrar lo rodeaba con sus dos manos, Fayraz, como una tigresa sedienta de sangre y de violencia, contemplaba el montón negro que ahora manchaba el decorado.

—Revuelve la arena detrás de mis pasos para borrar la sangre —le dijo Mokrar que, arrodillado, clavaba su puñal en la arena para limpiarlo.

Y luego, tras incorporarse y colocar de nuevo la hoja en la vaina colocada junto a su costado, debajo del pantalón, precisó:

—Voy a enterrar el cuerpo en el fondo de las grutas. No lo encontrarán jamás.

Luego, retorciendo su puño en el cuello del esmoquin de Albert, arrastró al informe bulto negro hacia la cala poco profunda. Desdeñando poner a flote la *Vivir Libre* para recorrer los pocos metros que debía hacer, sosteniendo el cadáver, nadó con un brazo hasta la entrada de la gruta.

Durante el recorrido, lo que quedaba de sangre caliente, excitante, fue escapando del cuello que comenzaba a despegarse del tronco y goteó hasta el fondo del agua clara. Y al instante, Libertad y los otros peces amigos de Mokrar, se precipitaron hacia ella.

11

Mike descendía hacia la playa donde estaba varada la *Vivir Libre*. Mokrar le precedía y el Gnomo seguía tras sus pasos, siempre tan meticulosamente vestido de negro.

El norteamericano estaba allí siguiendo las instrucciones de un telefonazo del banquero. Este le había pedido que fuera a constatar cómo doce cajas estaban averiadas o, dicho de otra manera, 6.000 paquetes equivalentes a 1.345 dólares. Gentilmente, Elias había explicado a Mike que él debía reembolsarle esta suma porque los defectos de embalaje corrían a cargo del vendedor.

Por guardar las formas, Mike había protestado, como hubiera hecho cualquier traficante de verdad. Finalmente cedió, contento de poder ver en pleno día el lugar donde tuvo lugar el desembarco.

Caminando tras el sólido pescador, desnudo el torso y las pantorrillas, vestido solamente con un pantalón descolorido, Mike admiraba el panorama. ¡Un verdadero rincón de reposo! Sol, soledad, calma, una panorámica de maravilla y la majestad del mar azul.

La balsa de los chicos de Mokrar estaba varada junto a la *Vivir Libre*. Los gritos de los niños planeaban sobre la caleta adormilada bajo el calor. Ahmed corría, con sus piernas desnudas bailoteando en un short demasiado grande y, sin parar, chutaba a cada momento contra un viejo sombrero que Alí se esforzaba en blocar.

—Mokrar nos va a llevar en barca para ver las cajas —explicó el Gnomo poniéndose a la altura de Mike—. De lo contrario tendríamos que meternos en el agua.

Se rio suavemente.

—No es que yo ignore la natación, pero le tengo horror al agua.

«Le debe dar vergüenza mostrarse en traje de baño», se dijo

Mike para sus adentros.

A su lado, el Gnomo proseguía:

—No debe enfadarse con nosotros porque le reclamemos esos 1.345 dólares, señor Gibson. Pero nosotros no tenemos que endosar la pérdida de esas doce cajas. Es cargándolas que fue cometida la falta. Sus hombres debieron haber verificado el embalaje. Y si nosotros no hubiésemos tenido tanta confianza en usted, es lo que deberíamos haber hecho antes de desembarcarlas.

Mike, que acababa de tropezar en una gruesa piedra enterrada en la arena, lanzó un juramento antes de contestar, gruñendo:

—Está bien. Si las cajas están en el estado que usted dice, les reembolsaré. Y...

Se interrumpió en seco porque Ahmed, gritando de alegría, driblando el viejo sombrero hecho una bola y atado con un cordel, pasó junto a ellos. Con sus negros cabellos y su negra piel, el pequeño Alí, tratando de hacerse con el rudimentario balón, gritaba aún más que su hermano. Para evitar que se apoderara del improvisado balón, Ahmed chutó y la pelota aterrizó con fuerza contra las tibias de Mike y el cordel se soltó. Mike recogió el fieltro e hizo un movimiento como si fuera a lanzárselo a Alí. Pero, de pronto, se inmovilizó con el sombrero en la mano, las cejas fruncidas. No había error posible, reconocía el sombrero. Sólo podía ser el de Albert. Aquel fieltro de un gris descolorido, la cinta que se deshilachaba en algunos sitios... ¿Pero qué era aquella fresca mancha oscura sobre el ala? Una mancha casi roja.

Mike exclamó, volviéndose hacia el Gnomo:

—¡Vaya, pero si es el sombrero de Albert!

Mokrar también se había parado. Tenía la mandíbula tensa y sus cejas se habían fruncido. Dio una orden a Ahmed y éste se precipitó sobre Mike, le arrebató el sombrero y echó a correr.

El Gnomo, sin levantar la voz, lanzó una pregunta en árabe y Mokrar le respondió vivamente. A medida que el pescador hablaba, el rostro del hombre aniñado cambiaba. Se volvía más blanco, luego más sombrío. Mike lo advirtió.

Volviéndose hacia él, el Gnomo le explicó, señalando a los chiquillos que huían:

—Se equivoca usted. Ese sombrero no es de Albert. Mokrar dice que lo tiene desde hace tiempo.

—Sin embargo, me lo parecía… —dijo Mike encogiéndose de hombros y después de haber vacilado un instante.

Cuando la barca fue empujada al agua, Mike saltó a su interior. «Después de todo, ese sombrero sólo puede ser el de Albert. ¿Si no, por qué iban a mentir estos dos?», pensó.

En algunos minutos, mediante sólidos golpes de remo, Mokrar les llevó hasta la entrada de la cueva. Los tres desembarcaron y caminaron hacia las cajas.

Descubriendo el lugar, Mike comprendía por qué la noche del desembarco se había asombrado al ver aparecer las barcas primero y desaparecer luego como por milagro.

Aquellas grutas eran una bendición para los contrabandistas. Comunicando entre ellas y desembocando en el mar por tres lugares distintos, inaccesibles desde tierra, eran una bendición para los truhanes, un verdadero pastel para los contrabandistas. Pero un pastel al cual ya el capitán Anizé estaba a punto de hincarle el diente. O que, tal vez, ya lo hubiese probado antes.

Las dudas de Mike quedaron disipadas un instante después, cuando el Gnomo le mostró la mecha Bickford que colgaba de uno de los muros rocosos.

—Mokrar o su mujer, o uno de nosotros si »estuviera presente, harían saltar estas grutas en caso de mala visita. Para que todo desaparezca.

Una sonrisa de profesor contento de sí mismo vagó sobre su flaco rostro.

—Y lo mismo que yo, usted sabe que sin pruebas no hay delito en materia de contrabando.

Mike asintió con la cabeza. Se había acercado a la mecha, como interesado, pero era a otro punto donde miraba. Un poco sobre la pared rocosa de la derecha, apenas por encima del nivel del suelo arenoso, permanecía visible un largo reguero rojo.

Y era fresco. Era sangre. Mike, acostumbrado a la violencia, lo presentía. Bruscamente, un acceso de cólera se apoderó de él.

¿Y si el sombrero de hacía un momento era realmente el de Albert?

En tal caso, ¿por qué Mokrar lo había negado? Después de todo, no es un crimen perder o encontrar un objeto. Esas cosas suceden. Entonces, ¿por qué mentir?

Volvió la vista hacia Mokrar, que a su vez había seguido la dirección de su mirada. Bruscamente, el pescador desvió los ojos.

—¿Y si fuéramos a ver esas famosas cajas? —dijo volviéndose hacia el Gnomo.

Este se las señaló con el dedo. Estaban reventadas, pero cuidadosamente separadas de las otras.

Mike llegó al fondo de la cueva. Se volvió para mirar a Mokrar. El pescador se acercaba con un poco de retraso, luciendo sobre su cara gordezuela una beatífica sonrisa. En sus ojos podía verse una luz amistosa.

Sobre la roca, el reguero rojo había desaparecido. Mike, sin decir nada, se inclinó sobre las cajas desfondadas.

12

El calor era pesado, húmedo, desagradable. A despecho del aire acondicionado, Mike se revolvía sin parar sobre la cama. Había dormido mal. La historia del sombrero de Albert le rondaba. Tanto más porque el confidente no había dado señales de vida la víspera, tal como habían convenido. No le había telefoneado ni dejado ningún mensaje. Nada. Sin embargo, le había jurado que le traería información sobre la droga. ¿Qué pasaba, pues?

Mike tenía ganas de saber y de ir a curiosear por la bahía de Joulnié. Pero estaba citado con la hermana de Khalil el Ajamié. En esa cuestión vacilaba. ¿Iría? ¿No iría?

Saltó del lecho después de una mirada al reloj de la mesita. Eran las nueve aún. Tenía tiempo de decidirse antes de saber si acudiría o no a la cita. Bostezó y se dirigió al baño. Antes de llegar a la puerta se detuvo, a su pesar, ante la mesa donde estaba la foto de los suyos. En su marco, Connie y Louise, su mujer y su hija, le sonreían. Les devolvió su sonrisa y suspiró. No podía traicionarlas. Las quería demasiado. Ellas eran su vida. Luego su mirada se dirigió hacia la derecha del portafotos y se detuvo sobre la imagen de Louis Coppolano, su padre adoptivo, muerto brutalmente por lavar una locura cuyo envite había sido la felicidad de Mike.

Al viejo siciliano, tampoco Mike podía hacerle aquello. Al viejo no le gustaría que su hijo engañase a Connie. No le gustaría, seguro. Mike le lanzó un guiño cómplice y entró en el baño. Una buena ducha le quitaría la humedad de la noche y las suciedades de la vida.

Media hora más tarde, vestido con un blue-jean, una camiseta, sombrero de lona azul y calzado con sandalias del mismo color, saltaba a un taxi. Necesitaba saber algo de Albert. Se despertaba en

su interior el policía coriáceo que tantos golpes duros había vivido. Dio la dirección de la caleta que precedía a la bahía de Joulnié, allí donde vivía Mokrar el pescador.

Cuando estuvo allí, retuvo al taxi mediante la entrega al chófer de diez libras como anticipo. Luego, obstinado y curioso, abandonó la carretera y se internó por el camino que llevaba a la casa solitaria. Pero, evitándola, bifurcó antes de llegar a ella y comenzó a descender lentamente hacia la cala de las grutas.

A lo lejos, el mar se extendía frente a él, humeando bajo un sol gris, tormentoso. Y sobre él, bastante mar adentro, Ahmed y Alí no eran más que dos hormigas sentadas sobre el trazo negro de la plancha. En la playa, la *Vivir Libre* tenía su proa clavada en la arena. Con la mirada, Mike se aseguró de que el pescador estaba ausente y prosiguió su descenso, evitando hacer rodar las piedras. El olor pimentado, embriagador de la menta silvestre, de las buganvillas y de los arbustos que le rodeaban, acompañaron su marcha.

Al fin, aterrizó en la porción de arena donde vivían Libertad y los otros protegidos de Mokrar. Después de una última mirada a la barca, se quitó las alpargatas y envolvió su 38 en el sombrero de lona. Se iba a quitar la camiseta y el pantalón para ganar la gruta a nado cuando se agachó bruscamente. Sobre una buena superficie, la arena aparecía más oscura que en otras zonas. Mike se arrodilló y se puso a cavar con las manos. A medida que ahondaba, la arena era más negra, como teñida de un rojo que hubiera oscurecido. Y era solamente en aquel lugar. Fuera de allí, la tonalidad de la arena era la habitual: blanca, un poco gruesa, y pura... Mike cavó más aprisa, más fuerte. No había error posible, la arena había sido impregnada de algo. Mike cogió un puñado y lo husmeó largamente. ¿Pero cómo saber si... Necesitaba descubrir otro indicio. Se secó el sudor que le caía de la frente, corriéndole entre los ojos. ¡Qué aire tan pesado! ¡Irrespirable! Comenzó a incorporarse y permaneció quieto, las manos hundidas en la arena y las piernas en tensión, como si se dispusiera a la salida de una carrera de 100 metros. Frente a él, Mokrar, medio desnudo, le miraba con sus ojos oscuros y dulces. En cambio, en su puño derecho brillaba, venenosa y mortal, la hoja curvada de su puñal.

Mike quiso hablar, ganar tiempo, pero recordó que el pescador comprendía sólo el árabe. Entonces volvió la vista hacia sus

alpargatas, donde estaba su 38. Hizo un gesto hacia ellas cuando una voz a su espalda le detuvo:

—No te muevas. Y dinos qué haces aquí.

Sin levantarse, Mike se volvió lentamente. Fayraz estaba a dos metros de él, bella, totalmente desnuda bajo su corto vestido coloreado que ceñía a la cintura un cordel de pescador. La mujer le había hablado en su mal inglés, pero Mike la había entendido.

—Nada —dijo tontamente contestando a su pregunta—. Busco mi anillo, que he perdido hace un momento.

La sorpresa había sido brutal y era menester que dijera lo primero que se le ocurriese, incluso si era una tontería. Y ésta lo era, porque después de haber escuchado las frases guturales que le lanzaba su macho. Fayraz prosiguió:

—Mokrar dice que tú eres demasiado curioso. Y que tú no deberías estar aquí. Dice también...

Dejó de hablar, porque un trueno brutal acababa de estallar en el cielo, bruscamente de un gris como de ceniza. Mike buscó una bocanada de aire y se mojó los labios. La garganta le ardía. Tenía sed. ¡Mucha sed!

Un río de sudor le inundó la espalda, el pecho y las piernas. En el cielo donde retumbaban los truenos, el resplandor de los relámpagos zigzagueaba a una velocidad vertiginosa. Fayraz habló entre dos de aquellos relámpagos que quemaban los ojos:

—Mokrar quiere saber lo que buscas. Te da diez segundos para responder.

—Pero... —Mike se obstinaba—. Ya os lo he dicho. Busco mi anillo que...

Tradujo y un resplandor cruzando por su mirada alertó a Mike. Se volvió, justo a tiempo. Con la hoja por delante, el pescador se abalanzaba sobre él. Mike calculó la distancia. Había que hacerlo aprisa, lanzarse y recuperar la 38. Apoyándose en el antebrazo, se incorporó para saltar, mas no pudo terminar su movimiento. Un peso le aplastaba la espalda y unas uñas aceradas buscaban sus ojos. Mike lanzó un juramento. Frente a él, Mokrar continuaba avanzando. Y riéndose. Con una risa muda que helaba a Mike y le pegaba el sudor a la piel. Mike juró otra vez y se sacudió para evitar las uñas que le buscaban. Jugándose el todo por el todo, saltó a un lado. Un salto prodigioso que arrastró con él a la tigresa aferrada a

su espalda. Luego, con el mismo movimiento, casi sin aminorarlo, se lanzó hacia adelante como para ejecutar un salto peligroso. Fayraz no gritó viendo el suelo girar frente a ella, pero a su pesar soltó la presa y rodó por la arena. Mike, que había rodado sobre sí mismo, se levantó como un relámpago y se precipitó sobre sus alpargatas. Pero Mokrar había adivinado. Acababa de alejarlas de una patada. Inmovilizado de pronto, Mike dudó un segundo. Debía lanzarse y golpear. ¿Pero a quién reducir el primero? ¿Al hombre? ¿A la mujer? ¿Cuál de los dos era más peligroso?

El hombre que le cerraba el paso a su arma, volvía sobre él. No se apresuraba pero el mocetón presentía que no iba a darle cuartel. En cuanto a la mujer, ágil y maligna, quizás incluso más que su hombre, intentaba contornearle para atacarle por detrás. Alterado, Mike, con el cuerpo cubierto de sudor, tragó una bocanada de aire. Pero nada entró en sus pulmones. El aire era cada vez más pesado, húmedo, malsano. Y por encima de ellos, los relámpagos se sucedían a una cadencia acelerada. Sin embargo, era menester terminar de una vez. Estimando la distancia, decidió atacar al hombre primero. De un derechazo, podía dejarlo fuera de combate. Todo estribaba en golpear duro y en el punto justo. Con los codos echados atrás, Mike iba a saltar cuando la mujer le frenó con un grito: un grito que venía de lo más profundo de su ser.

—¡Mokrar!

Con los brazos extendidos, los rasgos crispados por la angustia, señalaba al mar, repentinamente cambiado. Imitando a Mokrar, Mike siguió la dirección que ella mostraba. Y comprendió. A lo lejos, la plancha bailaba violentamente, sacudida por olas surgidas de pronto. Y sobre el agua, un momento antes tan tranquila, tan azul, corría un viento feo que la rizaba de través a una velocidad fulminante.

Olvidando todo en el mismo instante, Mokrar se abalanzó. Pero no sobre Mike sino sobre su barca. Corría, la cabeza gacha y los hombros encogidos, como un toro, y bajo sus pies desnudos de dura piel la arena salía despedida como un polvo de oro. En su mano, la hoja mortal también parecía lanzar cortos destellos. Con una mirada, Mike recorrió el mar. Todo era gris: el cielo, las aguas,

hasta el aire que ahora empezaba a acarrear granos de arena. Y entonces, a su vez, Mike se precipitó también hacia la barca. Porque a lo lejos, la plancha acababa de volcar... y ya no se veía nada encima de ella.

Con su poderosa carrera, el muchacho adelantó a la mujer que trataba de alcanzar a su macho. Saltó a la embarcación justo cuando ésta se alejaba de la orilla.

Mokrar, que aceleraba el motor, le lanzó una breve mirada. Luego, con los músculos tensos, concentró toda su atención a lo lejos, allá donde dos minúsculos puntos oscuros, en la sombra del agua, le llamaban y le decían que debía apresurarse.

Los pies desnudos, sobre la arena, Fayraz, con los brazos levantados, lanzó también una llamada suplicante.

—¡Mokrar!

El pescador no la oía. Con los párpados entrecerrados, inspeccionaba el mar que clamaba su rabia en una de esas raras y terribles tempestades del Mediterráneo. La valiente *Vivir Libre* tajaba su ruta, sus costados batidos por las olas cortas y furiosas. Pero su madera era sólida y dura. Como lo era su patrón, a quien el viento feroz azotaba el rostro vuelto hacia la balsa y los puntos oscuros que se debatían en la lejanía.

La distancia fue disminuyendo. Los puntos se hicieron más nítidos y desde la barca pudieron ver cómo uno de ellos se agarraba a la pancha. El otro, alejado unos cincuenta metros, intentaba acercarse.

Agachado en el fondo de la barca, Mike no separaba sus ojos de ellos. Sentía a sus pies la madera vibrar bajo las coces salvajes del mar y sus dientes castañearon. Pero no era de miedo sino de frío. Porque el viento, atravesando su camiseta, le había helado el sudor sobre su cuerpo.

Mokrar, al timón, seguía con las mandíbulas crispadas y los nervios tensos. Todo en él señalaba su voluntad de insuflarle más velocidad a la barca, juventud al motor, y el deseo insensato y súbito de querer poseer una fuerza tal que le permitiera cargar la barca sobre sus hombros y saltar en un instante junto a sus hijos.

La distancia disminuyó más y Mokrar reconoció a los suyos. Aquel que nadaba era Ahmed. Y Mokrar, que conocía el coraje y la ciencia del agua de su hijo mayor, comprendió que si intentaba

alcanzar la plancha era solamente por ayudar a Alí, pues el pequeño no tenía aún mucha resistencia. Y Mokrar se sentía orgulloso de ver al mayor luchar por el pequeño. Apretaba los dientes como para llegar más aprisa. Sobre la barra del timón, su puño palidecía, talmente sus dedos estaban crispados sobre la madera dura y lisa, desgastada por las toneladas y toneladas de tiempo pasadas en el mar.

Mesurando el peligro con sus ojos expertos, estimaba qué podía hacerse mejor y más aprisa. La lógica imponía hacer una ligera virada y recoger a Ahmed al paso, puesto que estaba delante, un poco a estribor. Al virar, Mokrar miró a Mike. Ambos se habían comprendido. El norteamericano se arrodilló en la barca, la mano izquierda aferrada a la amura, dispuesto a agarrar con la derecha al chiquillo, del cual ya se distinguían los ojos brillantes y negros, llenos de resolución.

La *Vivir Libre* no estaba más que a algunos metros y Mokrar había bajado el régimen del motor cuando Mike, que vigilaba la plancha de reojo, lanzó un grito:

—¡El otro!

Mokrar, que no separaba la vista de su hijo mayor, se sobresaltó y volvió el cuello vivamente. Luego, palideció. Sobre la plancha ya no se veía a Alí, ya no se veía nada. Mokrar no vaciló un segundo. Lanzando de nuevo el motor, le gritó a Ahmed, quien, creyéndose ya salvado no podía comprender, puesto que él no veía la plancha e intentaba acercarse a la barca:

—¡Aguanta, hijo!

Y aferrado a la barra, los músculos de las piernas en tensión, con los pies desnudos incrustados en la madera astillada, el pescador reclamó la máxima potencia del viejo motor marino. Al paso, desvió la mirada para evitar la de su hijo mayor. No quería saber si el chico aguantaría o no: el pequeño era primero.

—¿Tú sabes dónde se ha hundido? —le preguntó a Mike.

Mike, que no podía comprenderle, no pudo responderle. Ni se volvió para mirarle. Porque sus ojos, ahora de un azul de acero, como siempre en el momento de la acción, no dejaban de mirar el punto donde el pequeño Alí había basculado al mar. Matándose la vista para no perder aquel bulto, mientras hacía saltar su camiseta y se quitaba el pantalón. Debajo llevaba el bañador que se había

puesto con la intención de ganar la gruta a nado.

Después, cuando llegaron a la proximidad de la plancha que cabrioleaba sobre las olas, sin siquiera intentar saber qué iba a hacer Mokrar, Mike se alzó sobre la borda y se zambulló, justo en el lugar donde creía haber visto hundirse al niño.

Transcurrieron cinco segundos. Diez. Inclinado sobre la borda, Mokrar, con la nariz casi a ras del agua, manteniendo la barra con un pie, acechaba. Bajo su piel recocida y sucia, su corazón golpeaba. Con redobles sordos como los de un tambor.

Treinta segundos. Sesenta. Al fin el agua se abrió y la cabeza del americano emergió, después su busto. El esfuerzo le había azuleado la piel. Sus fosas nasales aparecían crispadas. Se agarró a la borda y, por descuido, su mano tocó la de Mokrar. Se miraron a los ojos. ¿Pero qué decirse? ¿Cómo comprenderse?

Con los dientes apretados, Mokrar arrancó el cordel que mantenía sujeto su pantalón. Con la mano libre, Mike le señaló la barca, queriendo decirle que no debía abandonarla. Y aspirando una larga bocanada de aire, basculó sobre sí mismo y se sumergió en el agua turbia de arena. Sus ojos, quemados por la sal, veían mal. Como afuera, todo era gris, todo se confundía. El mocetón se desplazó en el sentido de una corriente y, de pronto, creyó distinguir una masa más oscura. Se arrojó literalmente encima de ella, temiendo perderla. ¡Un milagro! Su mano se cerró sobre la carne sedosa de una pierna. Mike, sujetando el cuerpecillo del niño, con un patadón violento, se lanzó hacia la superficie.

Un ronco gruñido escapó de la garganta de Mokrar cuando recuperó a su hijo. Lo tendió en el fondo de la barca, sobre una lona áspera, y ayudó a Mike a encaramarse a bordo de la embarcación. Después, queriendo inclinarse sobre el cuerpo inerte, Mike le dio un cachete en el costado y le señaló al otro que, más lejos, seguía luchando contra las olas. Mokrar agarró el timón y embaló el motor. Mike ya no se ocupó. Arrodillándose junto al chiquillo cuyo rostro era ahora de un gris tan feo como el del mar, se aseguró de su respiración. Puso su mano poderosa sobre el frágil pecho, tras la inmersión teñido de un gris cerúleo, y se mordió los labios. Nada. Ni el menor hálito agitaba al pequeño. Estaba muerto. O no iba a tardar en estarlo.

Mike entró en acción. Era una cuestión de segundos y había una posibilidad... Abriendo la boca crispada del niño, limpió las mucosidades que la llenaban con su índice curvado. Luego, partiendo un trozo del corcho donde estaban clavados los anzuelos, se lo puso entre los labios para mantenerlos separados. Finalmente, puso al pequeño Alí sobre el vientre y le puso bajo el ombligo su pantalón enrollado. Después, tras haberle vuelto la cabeza a un lado y estirado los brazos hacia adelante, se instaló de rodillas por encima de sus piernas y empezó a practicarle, inspirando, el método Schaefer.

Sus anchas manos bien planas sobre los riñones, hacia la región lumbar, con sus puños tocándose, sus pulgares extendidos a cada lado de la columna vertebral, Mike comenzó a hacerle la respiración artificial. Con los brazos tiesos, las piernas perpendiculares al fondo de la barca, gravitando con todo su cuerpo sobre el niño sin vida, sentándose a cada movimiento sobre los talones, prosiguió una y otra vez las maniobras de compresión. Seguidamente, se irguió para un movimiento de expiración, empujando con todo su peso, subiendo a lo largo de la columna vertebral. Durante cuatro segundos. Y a continuación los movimientos de inspiración. Una y otra vez. Doce o catorce veces por minuto, a un ritmo que no debía cesar y que no cesó. Incansablemente, Mike comenzaba una nueva serie de movimientos.

No veía nada, ni siquiera a Mokrar. Apenas si advirtió maquinalmente que el pescador acababa de izar a su otro hijo a bordo. Mike no tenía derecho a ver otra cosa que a aquel chiquillo que yacía debajo de él, inerte, helado, ya del otro lado. Y sin parar, con el cuerpo nuevamente inundado de sudor, proseguía su lucha. Sus grandes pulgares iban y venían sobre la carne muerta y fría. Incansablemente, con el movimiento obstinado de un robot.

Pasó casi una hora.

Mike se puso de rodillas, volvió a sentarse sobre los talones, siguiendo siempre con el masaje sobre los riñones del pequeño Alí que continuaba sin respirar.

¡Con todo el cuerpo bañado de sudor, Mike proseguía su lucha insensata. Sus cabellos estaban mojados y sus ojos ya no veían. La fatiga le serraba la espalda, le rompía los brazos, le hacía mal en los pulgares, pero no cejaba. No podía y no quería dejarlo. Lo que se

necesitaba en aquella clase de drama era obstinación, tenacidad. Y Mike las tenía para dar y vender. Connie siempre le decía que él era obstinado como un mulo. ¿Connie? Prosiguiendo su lucha extenuante, Mike se puso a pensar en ella. Y automáticamente en su hija. Y fue como si tuviera el pequeño cuerpo de su hija entre sus manos, en lugar del cuerpo del chiquillo con la carne muerta.

Y siguió y siguió. Transcurría el tiempo. No vio siquiera que la barca hacía rato que había alcanzado la orilla. O al menos le pareció no haberlo observado. Tampoco pareció darse cuenta de que la tormenta se había volatilizado tan bruscamente como apareciera.

De nuevo el cielo y el mar recuperaban su azul eterno de tarjeta postal y el sol su color cálido.

Al pie de la barca, Mokrar miraba. Sin decir una palabra. El pescador no se ofrecía para sustituir al extranjero. Sabía que no debía a ningún precio que el ritmo se parase. Si no...

Ahmed, tras una enérgica fricción, cubierto por un grueso jersey agujereado que le llegaba hasta las rodillas, estaba junto a su madre. Esta seguía todos los movimientos de Mike con su mirada extraña. E inconscientemente los imitaba. Los pulgares de la mujer también iban y venían, con un movimiento sin fin. Pero no tenía conciencia de masajear el vacío. Creyendo ayudar a su hijo a emerger de la muerte, le sostenía con todo su cuerpo en tensión, expirando e inspirando a cada movimiento del extranjero. Muy fuete. Como si intentase animar los pulmones llenos de agua.

Mokrar, por su parte, con sus puños apretados a lo largo de sus pantalones arremangados, permanecía de mármol. Sólo sus ojos se movían, acompañando los gestos del americano.

Pasó otro cuarto de hora. El aire acababa de perder su pesadez húmeda. Mike seguía con el masaje, los cabellos enmarañados sobre sus ojos, los músculos de los brazos, de la espalda, de las piernas y los dedos, insensibilizados por el dolor. Había rebasado el estadio del sufrimiento y la noción del tiempo y de las cosas. Un rictus fijaba sus labios por encima de los dientes que parecían querer morder. Unas venas enormes habían surgido de su frente, de sus manos, de sus bíceps. Pero no cesaba. Seguía, seguía hasta el agotamiento definitivo. Y, bruscamente, una pálida sonrisa apareció sobre sus rasgos vaciados por el monstruoso esfuerzo. Bajo sus

dedos anquilosados acababa de sentir cómo la vida volvía y remontaba de las entrañas de la nada. Entre sus piernas, el cuerpecillo del niño comenzaba a animarse imperceptiblemente. La sonrisa se amplió sobre el rostro de Mike. Y prosiguió su salvación. Y ganó. Debajo de él todo vibró más fuerte y, de repente, el pequeño Alí tuvo un brusco sobresalto. Al límite de sus nervios, vaciado de toda su savia, Mike rodó sobre un costado, la nariz en el fondo aceitoso de la barca, entre los vómitos del niño, al que sus padres se llevaban ya apresuradamente.

Con la cabeza contra la rugosa madera, oliendo a alquitrán, Mike respiró suavemente y dejó que volviera a él su vitalidad de joven atleta.

Esto duró una eternidad.

Cuando se incorporó, Fayraz estaba ante él, llenos de admiración sus ojos salvajes.

—Ven —le dijo—. Mokrar te espera allá. En la casa.

Le tendía un jersey. Mike se lo puso sobre su fatiga.

Luego se puso los pantalones y saltó a la arena.

—Ven —repitió Fayraz, precediéndole sobre la arena en la cual el viento había hecho pequeños agujeros.

En la barraca donde ahora el pequeño Alí y Ahmed dormían bajo la seda de los paracaídas, Mokrar estaba sentado a la mesa. Sobre ésta, aparecían las alpargatas de Mike, su 38 especial y su sombrero de lona. Frente a Mokrar había un píate de pescado frío y un tazón de café hirviente, galletas de pan árabe, sal, pimienta y pimientos rojos.

Pedacitos de cordero se asaban al fuego de una chimenea de piedra y el buen olor que desprendía se pegaba a las vigas ennegrecidas.

A la aparición de Mike, Mokrar se puso en pie y saludó llevándose la mano al corazón, a los labios y finalmente a la frente. Y pronunció gravemente:

—Salam Aaleikum.

Mike inclinó la cabeza.

—Siéntate —le dijo Fayraz, señalándole un asiento de madera recubierto con una piel de cabra.

Mike se sentó frente al pescador, el cual se incorporó de nuevo para añadir:

—Ahlan Wa Sahlan.

—Sé bienvenido —tradujo Fayraz.

Mike dio las gracias con un movimiento de cabeza y Mokrar volvió a sentarse. Mokrar también movió la cabeza y habló. Y Fayraz tradujo.

—Mokrar dice que tú tienes derechos sobre él. Que tú eres su hermano. Que tú has salvado a sus hijos.

Mientras ella hablaba, Mokrar aprobaba con convencidos movimientos del mentón. Luego, alargando la mano, partió una galleta y la tendió a Mike, acercándole al mismo tiempo el platillo con la sal. Con pan en la mano, Mike, que no comprendía, miró a Fayraz.

—El pan y la sal —dijo ella simplemente—. Mokrar comparte contigo el pan y la sal.

El resplandor de un recuerdo surgió súbitamente en Mike. Recordó lo que había leído sobre aquel tema. Para un musulmán, compartir el pan y la sal es un gesto sagrado, el ofrecimiento de una amistad, de una fraternidad indestructible.

Sin saber muy bien qué debía hacer, tomó la sal y echó un poco sobre el pan y llevó éste a sus labios. Mokrar le imitó. Y ambos comieron. En silencio. Religiosamente.

Al fin, Mokrar habló de nuevo. Y Fayraz que permanecía de pie, traducía en su mal inglés, al que ya Mike se acostumbraba.

—Mokrar dice que ahora te escucha. Dice también que tienes derecho a pedírselo todo.

Mike no separaba sus ojos de los del pescador, dulces y oscuros, mientras a sus orejas llegaba la voz monótona de la mujer.

—Dice también que vosotros sois hermanos por el pan y la sal y que aquél que traicione al otro, aquél que mienta al otro, perecerá en el dolor y que los hijos y los hijos de sus hijos perecerán en el dolor, y así hasta el final de los siglos.

Mike se aclaró la garganta, carraspeando. Esta simplicidad de los tiempos pasados le conmovía. Y dijo:

—Dale las gracias a Mokrar. Explícale que cualquier otro hubiese hecho lo mismo que yo.

Fayraz tradujo la respuesta de Mokrar.

—No. Nadie hubiese hecho como tú. Mokrar dice que tú tienes el coraje de los grandes peces del mar abierto y la tenacidad del viento. Dice también que su vida te pertenece y que tú puedes tomarla.

Mike inclinó la frente.

—Gracias. Dile que estoy conmovido.

Y viendo que Mokrar alargaba sus brazos musculosos por encima de la mesa y le presentaba su mano, ampliamente abierta, Mike le dio la suya y se las estrecharon. De repente, Mike se acordó y tuvo un estremecimiento al contacto de aquella piel rugosa .¿No había aquella mano...? ¿Y en cuanto a Albert...?

La soltó bruscamente y separó sus ojos azules de los ojos negros del pescador. Mokrar habló. Fayraz tradujo de nuevo. Y lo que ella decía hizo sobresaltar a Mike.

—Mokrar pregunta si tú tienes ganas de mí.

Mike miró a la mujer, que estaba ligeramente de perfil, orgullosa y en absoluto cohibida, bella y salvaje.

—Dice que si tienes ganas de mí, que me sigas al fondo y yo seré tuya.

Había hablado sencillamente. Tan simplemente como Mokrar. Y esta simplicidad trastornaba a Mike.

Movió la cabeza.

—No. Me odiaría a mí mismo si tuviese un mal pensamiento para con la madre de unos niños tan hermosos y para con la mujer de un pescador tan grande. Dile que la encuentro muy bella, pero que yo la respeto demasiado.

Volvió la cara hacia el hombre mientras ella hablaba y vio cómo Mokrar aprobaba a cada frase, moviendo enérgicamente el mentón. Y en los ojos dulces y oscuros, Mike pudo leer amistad y respeto hacia él.

—Es así que él esperaba que tú responderías —traducía de nuevo Fayraz, mientras le servía el café—. Pero dice que si tú exiges un día que yo te pertenezca, yo te perteneceré. Y dice también que si tienes que pedirle algo...

Mike vació ávidamente la taza. El café era bueno, fuerte y poco azucarado. Luego contempló alternativamente a la pareja. Una pregunta le carcomía, pero vacilaba en plantearla. Con su simplicidad bíblica, aquel par de seres le desconcertaban. Debía

serenarse, no olvidar que él era policía, que estaba desempeñando una misión y que Chester había muerto y que miles y miles de americanos eran víctimas de la droga. Mordiéndose los labios, se decidió bruscamente. Habló a la mujer mientras observaba los ojos del hombre.

—Pregúntale si es realmente el sombrero de Albert el que vi ayer.

A la pregunta de Fayraz, Mokrar inclinó afirmativamente la cabeza. Mike prosiguió:

—¿Qué ha sido, pues, de Albert?

La respuesta le llegó por el mismo canal, tan simplemente como el resto.

—Mokrar lo mató. Con su puñal.

Mike no se lo esperaba, pese a todo. Se sobresaltó.

—¿Por qué?

Y el diálogo a tres prosiguió:

—Porque Albert se había puesto amenazador y no creía en la palabra de Mokrar. Trató a Mokrar de ladrón. Y Mokrar lo mató.

—¿Me puedes decir qué ha hecho del cuerpo?

Mokrar escuchó atentamente a su mujer. Después, su brazo, extendiéndose, señaló hacia más allá de las rocas, a las grutas.

—En las cuevas… Me hace decir que si lo quieres para ti…

Mike rehusó vivamente.

—No, no, que lo deje donde está. Y dale las gracias a Mokrar por su franqueza.

Mike estaba asombrado y no sabía ya cómo reaccionar. Puesto que había salvado la vida de un chiquillo, su padre, después de haber compartido el pan y la sal con él, le revelaba la verdad sin una vacilación. ¡Y menuda verdad! Impensable. Y sin embargo… Decididamente, los orientales eran desconcertantes. Mike se perdía en sus pensamientos. Se preguntaba qué debía hacer respecto a Albert. Debía hacer alguna cosa, ¿pero cuál?

Maquinalmente, husmeó el maravilloso olor de los riñones que la mujer le ponía delante. Alzó la cabeza. En frente, Mokrar comía. Y Mike le imitó. De buena gana. Tranquilamente. Saboreando, a su pesar, la buena carne asada, como nunca la había probado.

Bebieron agua helada y comieron mucho, sin hablar, servidos por la mujer salvaje que acechaba sus deseos.

Sobre su rudimentario lecho, los niños dormían y el pequeño Alí, con un brazo por fuera del paracaídas, sonreía en sus sueños.

Después la mujer trajo café, turco esta vez. Y los hombres variaron sus tazas minúsculas. Al fin Mokrar ofreció cigarrillos de contrabando que Fayraz encendió con una brasa sujeta entre unas pinzas de azúcar de plata, procedente sin duda de algún pillaje de Mokrar.

Fumaron en silencio. Era un silencio reposante, agradable, lleno de amistosa confianza. Fue Mike quien lo rompió, volviéndose hacia la mujer.

—Tendré que marcharme. Un taxi me espera en la carretera. Debe impacientarse. Me asombro incluso que no haya venido hasta aquí, con el rato que hace…

—Ese taxi se ha marchado ya. Mientras tú te recuperabas en la barca, nosotros le hemos pagado y se ha marchado.

Mike abrió la boca. Ella se adelantó:

—Mokrar te llevará. Cuando tú quieras. Y donde tú quieras.

Mike dio las gracias con un gesto.

—Agradécele su acogida. Ahora dile que debo irme y que no se preocupe más por Albert. Yo lo he olvidado.

Se incorporó. Consultó su reloj de pulsera. Lo sacudió frunciendo las cejas. Recordó su baño forzoso. Las agujas se habían parado justo en el instante en que se zambulló. Pero su gesto no había escapado a Mokrar. El pescador lanzó una orden y la mujer se acercó a una de las paredes y Mike la vio descolgar un reloj suspendido de un clavo. Era un reloj redondo, muy bello, en oro puro. Fayraz se lo puso a Mike en la mano.

—Mokrar te lo da. Lamenta no tener otro mejor. Uno con diamantes alrededor.

—Gracias —balbució Mike, emocionado—. Muchas gracias…

Se interrumpió de repente, fulminado por el estupor.

Lo reconocía, aquel reloj. ¡Y cómo no! En el 201 de Varick Street todos lo conocían. Y con razón. El reloj pertenecía a Chester. Eran los muchachos de todas las brigadas quienes se lo habían regalado a Chester con ocasión de su matrimonio.

Con el dedo, Mike hizo saltar la caja y llevó lo que había

grabado en el interior de la tapa: «New York, 8-2-61. A Chester Sus compañeros,»

Mike cerró la caja y miró a Mokrar cae una especie de horror. Una oleada de rabia le ahogó y tuvo que recuperarse artes de gruñir:

—Yo sé de quién era este reloj. Pertenecía a un hombre llamado Chester. Un americano como yo.

La voz de Fayraz repitió fielmente sus palabras. Y a continuación las de Mokrar.

—Mokrar dice que ese americano era un negro. Un policía. Y que se había enterado de demasiadas cosas.

Mientras calentaba el reloj apretándolo contra su palma, Mike se dejó caer de nuevo sobre el asiento. Sus ojos iban de Mokrar a su 38, siempre sobre la mesa.

—Pregúntale si quiere decirme quién le dio este reloj. Y si sabe quién mató a mi compatriota.

Miró fijamente al pescador como para impedirle que mintiera. Mokrar habló sin desviar su mirada. Y Fayraz tradujo, vuelta hacia el alto extranjero.

—Dice que tú has salvado a sus hijos y que no te mentirá jamás. Es él quien cogió ese reloj. Del cadáver del hombre.

El ojo de Mike se desvió hasta la 38.

—¿Y quién lo mató? ¿El?

Fayraz lanzó algunas breves palabras a su macho. Este se aprestaba a responder cuando Mike, pese a él, alzó vivamente la mano y advirtió:

—¡Alto! Dile que se calle. Dile que reflexione. Avísale que si…

Fue Mike el que bajó los ojos.

—Dile que si confiesa haber matado a mi compatriota, yo seré su enemigo. Porque…

Con el puño que calentaba el reloj, Mike golpeó sobre la mesa, rudamente.

—Porque yo también soy policía americano.

Mientras Fayraz transmitía sus confesiones, Mike permaneció con los ojos bajos, su puño izquierdo apretando el reloj como si quisiera aplastarlo. Todo su cuerpo estaba contraído y rabiaba por estar en una situación como jamás hubiese imaginado.

De repente, un ruido raspó la mesa y Mike alzó la frente. Ante

él, ahora, a su alcance estaba la mano de Mokrar. Luego la mano se apartó, dejando delante de Mike su 38 especial. La garganta de Mike se anudó y sus tripas también.

A su lado, la mujer de mirada salvaje, traducía a medida que su hombre hablaba.

—Mokrar dice que tú decidirás. Tú has salvado a sus hijos. Es él quien ha matado a tu amigo. Y si lo ha hecho, es porque tu amigo molestaba a una gente. Esa gente han dicho a Mokrar que lo matara. Mokrar ha obedecido. Le han pagado. El mata.

Lentamente, la mano de Mike se volvió hacia la 38.

A su lado, la voz continuaba:

—Mokrar está fastidiado por haber matado a tu amigo. Pero él no podía saberlo. El pide que tú hagas lo que creas que es justo para ti mismo.

La mano de Mike se cerró sobre la culata de la pistola.

—Pero te pide también que no olvides que tú eres su hermano. Y que él es tu hermano. Y que habéis compartido el pan y la sal.

Un largo suspiro escapó del pecho de Mike. Vaciló. Miró lo que quedaba del pan árabe, la sal en el pequeño plato, los niños en la cama, y luego a Mokrar, antes de enfundar la 38 bajo la cintura de su pantalón.

No podía olvidar nada. Estaba en otro mundo, en otro planeta. Y las leyes de Occidente se interrumpían en las fronteras de Oriente. Y las leyes de Oriente se interrumpían en las fronteras del dominio de Mokrar.

Mokrar era la salvajería pura, la simplicidad, la naturaleza, la libertad. Mokrar y los suyos constituían por sí mismos un mundo. Un mundo aparte.

—Yo no quiero olvidar nada —repitió Mike fusilando con sus ojos de acero al hombre que había matado a su colega—. ¿Puede decirme Mokrar quién le ordenó matar?

Esperó la respuesta, convencido de que el pescador no le mentiría. Y la respuesta que Fayraz le tradujo le decepcionó.

—Mokrar dice que la Esfinge es quien da las órdenes. El las ejecuta en compañía de Boutros y de Abdallah.

Mike había esperado otra cosa, otro nombre. No ignoraba el

amurallamiento que reinaba entre los traficantes. Mokrar no era más que un engranaje, un contrabandista y un asesino.

Pero Mike insistió:

—¿No conoce al caíd? ¿El hombre que lo dirige todo?

El rostro del pescador se iluminó al oír la pregunta con una sonrisa de desolación.

—No. Nadie le conoce, salvo el banquero —explicó Fayraz.

—¿Elias?

Esta vez Fayraz no tuvo que intervenir. Su hombre había comprendido el nombre y había asentido con una seña.

—¿Y el Gnomo? ¿Cuál es su papel en la banda?

Monótona, la voz de Fayraz se elevó como un eco siguiendo la de su hombre.

—El Gnomo se ocupa más especialmente de la droga. Los cigarrillos también, pero sobre todo la droga. Es él quien la va a buscar.

Mike se excitaba. Se inclinó hacia adelante, con los puños apretados sobre la mesa.

—¿Puede Mokrar ayudarme a descubrir ese tráfico? ¿Y a vengar a mi amigo?

Acechaba la respuesta en los labios del pescador mientras éste hablaba.

—Para vengar a tu amigo, Mokrar dice que es difícil. Porque él es el culpable. En cuanto al tráfico de droga, preferiría que tú le pidieras su vida. El no quisiera traicionarlos.

Los dos hombres cruzaron sus miradas y Mike como la del pescador se endurecía. Se inclinó más aún hacia adelante, para convencerle a toda costa, y habló olvidando que el pescador no podía comprenderle. Pero Fayraz estaba allí y ella era la que transmitía la rabia del extranjero.

—El contrabando de cigarrillos no es un delito grave. Eso no me interesa. Eso sólo fastidia a las aduanas. Pero la droga, ella sí pudre a miles de personas, a miles de niños de mi país, a unos niños apenas mayores que los tuyos. La droga contamina y devasta un montón de existencias. Es preciso que Mokrar me ayude.

Los puños de Mike golpearon de nuevo sobre la mesa.

—Es preciso. El me ha dicho que yo tenía derecho a pedirle todo. Pues bien, le pido que me ayude a descubrir el tráfico de

droga y a desenmascarar al personaje que lo dirige.

Los puños de Mike volvieron rabiosamente al asalto de la mesa. En su mano izquierda, el cristal del reloj de Chester, se rompió.

—Y si él no lo hace, que sea maldito y que los hijos de sus hijos sean malditos hasta el fin de los siglos.

Luego, suavemente, sin abrir su puño izquierdo, empujó hacia Mokrar el resto del pan y el platito de la sal. Y esperó. Mucho tiempo. Sobre la cara redonda v reluciente del asesino, se leía el combate que su alma simple libraba. Al fin, habló:

La respuesta llegó a Mike.

—Tú has salvado a sus hijos. Y tú eres su hermano. Mokrar te ayudará.

No sin horror, peor que la primera vez, Mike vio a Mokrar adelantar su mano a través de la mesa. Vaciló en coger aquella mano que había arrebatado la vida de Chester. Pero se dio cuenta de que estaba francamente abierta, la palma arriba, llena de confianza y de amistad. Mokrar era de otra raza, de otro mundo. Mike dejó caer la suya en la del asesino.

13

Iban a ser las dos de la tarde y Beirut dormitaba. En este cálido período del año, los negocios y el comercio se paralizaban hasta la mañana siguiente. Los ciudadanos se habían guarecido en sus chamizos para comer y hacer la siesta. Los más ricos se iban a sus residencias en la montaña en busca de aire fresco.

Tendido sobre la cama, Mike, desnudo aparte de un short azul, reflexionaba.

Con Mokrar tenía la buena baza, la carta segura que podría permitirle hacer saltar a uno de los gangs de la droga, de esa cerdada de la droga. Y si su suerte se mantenía, si llegaba a descubrir al caíd de la banda, vengaría a Chester con el mismo tiro. Para Mike, el pescador Mokrar no era más que un ejecutante. Aquel que necesitaba atrapar era el gran Manitú, el hombre que movía los hilos en la sombra, el que cobraba, aquel granuja de traficante al por mayor, uno de los responsables de la decadencia de los intoxicados americanos.

El timbre destemplado del teléfono le sacó de sus cálculos. El jefe de la recepción de advirtió con su voz suave:

—El coche de la señorita el Ajamié ha llegado, señor. El chófer está aquí.

Contemplando la foto de Connie y de Luise que le sonreía desde su marco, Mike contestó al tiempo que les devolvía su sonrisa:

—Dígale al chófer que me disculpe cerca de la señorita el Ajamié, pero estoy enfermo. Un principio de insolación… que me excuse ante su ama.

—Pero es que la propia señorita el Ajamié le espera en su coche, señor —se escandalizó el jefe de la recepción.

Parecía ofuscado. Mike se lo imaginó detrás de su amplio

mostrador de madera, con su negra tez y su negra chaqueta el aire majestuoso, amable con los clientes y severo con la tribu de los botones, porteros y demás sirvientes puestos bajo sus órdenes.

Mike se quedó con el teléfono en suspenso, la mirada vuelta hacia otro lado para no ver a su mujer y a su hija. Y le que veía no era la pared de un azul pálido, los muebles color de miel, sino a Nouhad el Ajamié y a su altiva cabeza, el aire de su cuerpo, la elegancia de su porte. Se humedeció los labios, repentinamente secos, y tuvo como un sobresalto para rehusar. No obstante, respondió:

—Dígale que ya bajo.

Y colgando el teléfono, saltó de la cama, evitando la foto de los suyos. Tres minutos más tarde subía a un suntuoso Cadillac cuya portezuela le mantenía abierta el chófer.

—¡Hola!

Su mirada buscaba la de la mujer, velada por las gafas de sol.

—Hola —le contestó ella ofreciéndole una mano enguantada de verde.

Detrás de las gafas, los ojos magníficos brillaron y la mueca arrogante siguió luciendo entre los labios de la joven.

—Pensé que era preferible que viniese yo misma a buscarle, pues tenía la intuición de que usted se escabulliría. ¿Me equivocaba?

—Bueno... No estaba muy bien. El sol...

—¿O yo, quizás?

Había cruzado y descruzado sus largas piernas morenas y una oleada de su perfume, algo muy íntimo, envolvió a Mike.

—Bien, a decir verdad, sí... Yo estoy casado y he pensado que sería tonto verme con usted.

—Gracias. No hay duda de que usted tiene una forma delicada de presentar sus puntos de vista...

Mike enrojeció ligeramente.

—Discúlpeme, yo soy más bien torpe con las mujeres.

Ella se burló.

—Es inútil que lo precise. ¿Y si ahora buscáramos otro tema de conversación que su torpeza con las mujeres? ¿Qué le parece a usted nuestro Líbano?

—Bien —dijo Mike banalmente—. Muy bien. Mi trabajo avanza.

Creo que gustará.

Ella había dicho «nuestro Líbano» con la misma orgullosa entonación que empleaban todos aquellos a los que Mike cabía conocido.

Se encogió de hombros de manera imperceptible. ¿Por qué todos tenían que hablar de su país con la boca llena de pepitas de oro? Mike no veía a su alrededor más que porquería, vicios y crímenes. Un montón de vicios expuestos a la luz del día y crímenes sumidos en las noches cálidas. Y aparte de las espléndidas montañas y del mar eterno, no veía más que roña, crapulerías, negocios turbios, garitos, decadencia, robos y violaciones. ¿Entonces? La verdad es que no había razones para exclamar a cada momento «nuestro Líbano». Hasta Fenner tenía el veneno de aquella tierra en la sangre. Hasta Fenner que dudaba entre su regreso a Nueva York y su despacho apolillado de la Embajada.

¿Qué podía encontrar el hombre del Narcotic-Bureau en aquel país? Por su parte, Mike, no aspiraba más que a llevar a término su investigación, no la periodística sino la verdadera, y volver a casa con los suyos.

Como seguía a través de la ventanilla el desfile rápido del paisaje costero, adivinó más que vio cómo Nouhad seguía cruzando y descruzando las piernas. El mismo perfume íntimo y refinado le asaltó de nuevo. Entonces, enardecido, miró a la joven con disimulo. Hundida en el confortable asiento, conservaba el busto erguido aunque sin rigidez. No era más que un perfil. ¡Pero qué perfil! El porte de su cabeza de reina de Egipto y sus senos orgullosos punteando la tela de seda rosa de su vestido, le enervaban. Todo en ella recordaba al pasado. Hasta su vestido, una especie de túnica, era de un estilo ya desaparecido. Orlado de unos alamares con oros marchitos sobre un fondo verde, señalaban lascivamente el cuerpo alrededor del cual se enroscaban. Y en reposo, como en aquel momento, un vuelo del vestido caía sobre el asiento, mostrando hasta muy arriba una pierna satinada, cobriza. Las piernas estaban desnudas. Y bajo la curiosa túnica que recordaba el pasado, Nouhad el Ajamié se adivinaba desnuda. Dos sandalias doradas la calzaban, mantenidas a los pies por dos cordones de cuero: el más grande abrazaba el tobillo y el otro más pequeño le rodeaba el pulgar. Había tres grandes rubíes engarzados

en los cordones largos y uno en los pequeños. Y en el índice derecho, ahora fuera del guante verde, la joven lucía un anillo decorado con otro rubí. Y otro más, éste en forma de pera, le colgaba del cuello, suspendido de una cadena de oro.

«Dios mío —pensó Mike—, estoy dispuesto a apostar algo a que todo es de verdad, incluso los rubíes de las sandalias.»

Y tuvo el mismo gesto que en su habitación, cuando se la había imaginado, espléndida, orgullosa, refinada. Se mojó los labios, aunque ahora no tenía necesidad de representársela. Ella estaba allí, a su lado. Y había venido a buscarle. Ella misma. ¿Acaso...?

Mike, que no era otra cosa sino un hombre, se arriesgó:

—Me pregunto qué puede interesarle de mí.

Ella se volvió lentamente hacia él.

—Nada, aparte de unas palabras ridículas que debo hacerme perdonar.

—¡Ah! —dijo Mike decepcionado, herido ya en su orgullo—. Yo había creído...

Buscaba un estuche de oro en su bolso y sacaba de él un cigarrillo.

—¿Qué había usted creído?

Le contemplaba, siempre ligeramente desdeñosa, la mano tendida para que él le diera fuego.

—Nada —contestó Mike bastante secamente.

Y le ofreció una cerilla encendida mientras sus ojos se desafiaban.

La lujosa villa de un solo piso alzaba su blancura sobre una ligera eminencia del terreno, a sólo unos pasos del mar. Pinos y cedros azules la rodeaban en tres de sus lados. Macizos de buganvilla cercaban el campo de tenis.

Bastante alejada de la ciudad, la villa permanecía muy aislada, guardada sólo por los servidores alojados al fondo del gran parque.

Seis invitados, entre ellos Myriam, la amiga de Nouhad, charlaban perezosamente tendidos, tanto sobre sillas «relax» como sobre colchones neumáticos. Tenían el común el ser jóvenes, ricos y guapos. Y nada que hacer con sus manos.

En la terraza, los sirvientes habían quitado hacía rato los platos

del *mezzé*. Pero dos de ellos, alerta, trajeron café turco y bebidas heladas que los invitados tomaban entre baño y baño.

A lo lejos, las velas rojas, azules, ocres o amarillas que regresaban, manchaban alegremente el azul del mar, donde el sol ya perdía fuerza.

Tumbada de cara sobre un colchón neumático, Nouhad se volvió. Un traje de baño negro, muy escotado en la espalda, la moldeaba. Sus ojos recorrieron las parejas entregadas *al farniente* y se detuvieron sobre Myriam. Su amiga estaba bloqueada en el brazo de un sirio tan rubio como Mike y sin duda el tono de sus cabellos se remontaba a la época de los cruzados. Le dijo:

—¿Vienes a navegar un poco conmigo?

Myriam se apretó más contra el torso del sirio y suspiró, húmeda de placer.

—Por el momento, no tengo ganas de hacer otra cosa que lo que hago. ¿Por qué no te llevas a tu ciclón?

' Con la barbilla le indicaba al alto americano, cuya talla aplastaba una buena porción de arena y cuya cabeza, felizmente, permanecía abrigada a la sombra de un parasol.

—¿Tú crees? —dijo Nouhad con una mueca dubitativa—. Está durmiendo. No hace más que dormir. No es un ciclón... Es una marmota.

Algunos invitados rompieron a reír. Khalil , que salía de la villa en compañía de una rubia oxigenada, una maniquí parisién, y acompañado también de una sueca, lanzó a su vez una carcajada.

—No seas cruel con él. Todavía no está acostumbrado al clima. Hay que perdonarle.

Nouhad se puso en pie y miró a su hermano.

—Ya me canso de excusarlo. Antes, al zambullirse, ha estado a punto de aplastar a Myriam que nadaba bajo el agua.

—Y de matar a Elyane que volvía a la superficie —remachó el sirio.

Mike, que tenía los ojos abiertos desde hacía un rato, alzó la cabeza hacia Nouhad e intentó la ironía.

—Me excuso una vez más... de estar despierto y de haberlo oído todo.

Comenzó a levantarse.

—Si fuera usted tan gentil de hacerme llevar a mi hotel... Se

diría que no hago más que crisparle los nervios.

Tan seductor como su hermana, Khalil se acercó a Mike.

—Vamos, vamos, señor Gibson —dijo conciliador—. Debe usted disculpar a mi hermana.

Y lanzando una carcajada, prosiguió:

—Ya ve usted que yo tampoco encuentro otra fórmula. Quería decir: perdone a mi hermana y vaya a dar una vuelta con ella en el barco. Al menos así tendrá la oportunidad de refrescarse. Hace menos calor, en el mar abierto.

Mike no dijo nada. Se contentó con interrogar a la joven con la mirada y ella, después de un momento, suspiró.

—Si quiere usted venir conmigo, señor Gibson…

Mike acabó de incorporarse con un movimiento indolente e irguió su cuerpo musculoso y bronceado por el sol. Myriam lo detalló con una mirada golosa antes de hablar a su amiga, que se dirigía hacia el embarcadero donde un «fuera borda» de color rojo esperaba.

—¡Vigila bien a tu ciclón, Nouhad! ¡O si no yo me dejo llevar por él!

El sirio, que la abrazaba, le tapó la boca.

—¿Quieres callarte…?

Nouhad no se volvió para replicar al chiste de su amiga. Precedía a Mike con su andar peculiar, una mezcla de llamada al amor y de gran dama desdeñosa que caldeaba la sangre del mocetón. Al ritmo de sus largos pasos, el maillot negro pegado a sus caderas seguía el lascivo movimiento de éstas. Una vez más, Mike se humedeció los labios.

Llegados a la lancha, Nouhad se encaramó a bordo con presteza y, sin hablar empujó el botón del arranque. El motor rugió. Escuchó su queja poderosa y, viendo cómo Mike acababa de largar la amarra, aceleró bruscamente en avante el bólido rojo, sin advertirle.

Mike no tuvo tiempo sino de cogerlo al vuelo. Ya la máquina, levantando un torbellino de espuma, hendía el azul del mar.

Se alejaron de la costa. Ante ellos, sólo había la inmensidad y la calma. Y nada indicaba que aquella misma mañana, ese mar al que

no turbaba la menor arruga, hubiese desencadenado una tempestad tan rabiosa como breve.

Sentado al lado de Nouhad, Mike dejaba que el viento y la velocidad le azotaran el rostro. El agua, salpicando por encima del parabrisas, medio bajado a propósito, le azotaba el torso y las piernas. Sus cortos cabellos se rizaban sobre la frente color de pan tostado y, a su pesar, la rapidez de la carrera le embriagaba y llevaba una sonrisa de niño a sus labios abiertos sobre sus dientes sanos.

A su lado, Nouhad, de pie, pilotaba aprisa, ofreciéndose por entero al viento que violentaba su cuerpo y dejaba a sus magníficos cabellos negros y sueltos flotar tras ella como una bandera victoriosa. No decía nada, no sonreía, insensible a la excitación de la velocidad que mostraba su compañero. Parecía ignorar su presencia y sus labios hinchados y rojos eran todo desdén.

Tras ellos, la costa se borraba. Y delante, en la línea del horizonte, el sol no iba a tardar en iniciar su descenso.

—Es bonito —dijo Mike riendo, justo cuando acababa de ser regado por una salpicadura más fuerte—. ¡Y aquí al menos se respira!

La buscó con la mirada, asombrado por su silencio. Mas ella no se dignó siquiera volverse y continuó su ruta hacia mar abierto de donde las velas multicolores ya habían desaparecido.

Luego, sin prevenirle, viró en redondo. Una virada brusca, violenta y torpe que estuvo a punto de hacerles naufragar. La embarcación vibró y sus piernas se tocaron, sus carnes entraron en contacto. Al mocetón se le cortó el aliento y las pulsaciones de su corazón se aceleraron.

—Deberíamos volver —indicó por decir algo, temiendo que ella descubriera su turbación, el deseo que tenía, brutal, de cogerla en sus brazos y... sobre el mismo suelo estrecho del bólido.

—¿Por qué? ¿Tiene usted miedo?

Había burla en su voz, desprecio en sus ojos.

Mike se erizó.

—Si usted me odia hasta ese punto, más vale que me lleve a la playa y no nos veamos más. Pero no me tome por un paño de lágrimas. No es mi estilo.

Nouhad aminoró repentinamente la marcha.

—¿Ah, no? ¿Ya no está dispuesto a engrosar las filas de los hombres esclavos?

Mike gruñó:

—Creí que me había venido a buscar para hacerse perdonar la escena del otro día. Ya veo que la historia comienza otra vez.

Nouhad dejó que el barco se deslizara por su inercia hasta quedar balanceándose blandamente sobre el agua, antes de decidirse a volverse hacia él.

—No se enfade, pero haga usted lo que haga, conservará siempre la educación que ha recibido en su país. Usted es americano y, como tal, será siempre dominado por las mujeres.

Su magnífica mirada centelleaba y sus labios se hinchaban con su desdén habitual. Mike, aterrado por la piel sedosa que su pierna rozaba, esbozó un gesto. Sin embargo, Nouhad se apartó con viveza, todo lo que le permitía el asiento, y dijo con las cejas fruncidas, altanera: —Cálmese. Y no interprete mal mis palabras. No eran una invitación. Y si le cuesta dominarse, arrójese al agua. Un baño le hará bien.

Apuntando con su dedo despojado de rubíes por encima de la borda, señalaba al agua límpida.

—¡Hay que ver con usted! —gruñó Mike acercando su cara a la de la muchacha—. Yo no sé qué me retiene...

Y tan bruscamente como ella había arrancado antes, Mike se alzó sobre la borda y se zambulló. Una zambullida magistral, exacta, que revelaba el entrenamiento del atleta. Después el agua se hendió y su cara de pan tostado donde brillaban los ojos azules, apareció no lejos del casco rojo. Y con la misma brusquedad, empezó a nadar a crowl. Se alejó un trecho y volvió a la misma velocidad hacia la lancha, haciendo borbotear el mar a su alrededor.

—¡Un verdadero ciclón! —murmuró ella con su nariz palpitante —. Myriam tiene razón. Un verdadero huracán.

Inclinándose sobre el agua, ella le gritó, cruel y zalamera:

—¿Y si ahora yo le dejara allí, eh? ¿Qué diría usted? No está muy lejos de la costa, cuatro o cinco kilómetros a lo más. Y no hay un solo barco a la vista. ¿Qué, señor Gibson? ¿Cuál es su respuesta?

Deteniéndose a unos metros, Mike buscó su mirada. Luego, tras escupir el agua que llenaba su boca, lanzó orgulloso:

—Eso no sería inteligente, señorita. Y sí sería peligroso. Los hombres esclavos de mi país tienen bastantes tripas para volver a nado.

—¿De veras?

—¡De veras! —replicó Mike recuperando el aliento.

Se acercaba para agarrarse a la borda, pero su mano asió el vacío. Tomándole su palabra, Nouhad acababa de acelerar nuevamente el bólido rojo.

—¡Eh! —gritó Mike riendo, al verla alejarse—. ¡Vuelva! Es una broma, ¿no?

Sonriente, se puso sobre la espalda para hacer la plancha y esperó a que ella volviera.

Mas ella no volvió. Nouhad el Ajamié, siempre despreciativa y sin volver la cabeza, navegaba a todo gas hacia su propiedad.

Cuando alcanzó la playa, los otros ya no estaban. Su hermano, que se disponía a volver a Beirut con sus dos acompañantes, le informó.

—Se han marchado todos. Myriam me ha dicho que te verá mañana.

Con su brazo modelado de estatua, Nouhad señaló el horizonte.

—El está por allá. Vuelve a nado.

—¿Lejos?

—Cuatro o cinco kilómetros.

—¡Es una locura! ¡La noche no tardará en caer!

—Oh, no es él quien lo ha querido así sino yo. Le he dejado allí y he vuelto.

Khalil el Ajamié se alarmó.

—¿Y si se ahogara? ¿Quién te dice que podrá nadar esa distancia? ¡Puede ahogarse!

Su hermana se encogió ligeramente de hombros.

—¿Y qué? ¡Es un occidental!

Khalil la sondeó con sus ojos asombrados.

—No te sabía tan cruel, Nouhad.

VIII Ella repitió el mismo movimiento de

—Ese hombre me irrita.

La mirada de Khalil chispeó.

—¡Eh, eh, cuidado, querida! Uno diría que al fin te vas a enamorar.

—Si eso tiene que sucederme, no será de ese americano alto. ¿Un hombre de esa clase? Es muy poco para mí.

Dejando a sus compañeras y a su hermana, Khalil, inquieto, avanzó unos pasos hacia el mar y escrutó el horizonte, donde ya basculaba el disco rojo del sol.

—¡Me dan ganas de irlo a buscar! —gritó volviéndose—. Después de todo, no es prudente lo que has hecho. Porque si no está acostumbrado a la natación de fondo, puede ahogarse.

Nouhad se acercó a su lado.

—Déjalo donde está. Que se ahogue o no, qué nos importa a nosotros. No es de nuestra raza.

Su hermano la miró. Los labios de Nouhad estaban ligeramente recogidos en una mueca cruel, la misma que Khalil mostraba a su vez. Sonrió y se volvió hacia las dos rubias que esperaban su buen placer, lo mismo que por la tarde habían esperado que él las tomara a las dos a la vez.

—Bueno, bueno, querida. Aquí te dejo con tu crimen. Pero no olvides que cenamos esta noche en la Embajada de Kuwait.

—Estaré allí. Hasta luego. No cojas el Cadillac.

Khalil la tranquilizó con un gesto. Y pasando sus brazos entre los de las dos chicas, las arrastró hacia los coches aparcados bajo los pinos.

Perdido en el desierto de agua azulada, Mike había creído primero que la joven volvería. Más tarde, comprendió que la cosa iba en serio, que ella aceptaba el desafío y le dejaba a la buena de Dios luchar por su vida. Soltando juramentos, volviendo la espalda al sol que declinaba aprisa, se orientó hacia la costa y nadó. Lentamente, mesurando sus fuerzas, no confiando más que en él, no creyendo en el milagro de ver aparecer un barco de pesca o de placer que lo recogiera.

Para evitar el agotamiento, había cambiado el crowl por una braza mesurada, regular, que debía sostenerle a menos que no desfalleciera. Porque la fatiga de la mañana estaba todavía en sus músculos y se añadía a la que iba experimentando ahora. Así pues, iba despacio, tomándoselo con calma, haciendo de vez en cuando la plancha y guiándose por el sol para conservar bien el rumbo.

Pasó el tiempo. El día declinó. La oscuridad comenzó a invadirlo todo. Mike no perdía de vista las luces que iban apareciendo una a una sobre la costa. Observaba, principalmente, a una de ellas como punto de mira, la que correspondía a la propiedad de la joven. No perdía de vista aquella luz que, si la alcanzaba, sería su salvación.

Con la lentitud de un siglo, transcurrieron otros minutos. En el agua tibia, el avance del mocetón se hizo menos regular. A su braza le faltaba ya la potencia del comienzo, pero seguía aguantando bien. A la larga, sin embargo, el frío de la prolongada inmersión se apoderó de él y le mordió los huesos. Se dejó flotar y se frotó vigorosamente el cuerpo. Felizmente, Mike conocía todos los trucos de los buenos nadadores. Para recuperarse, cuando el aliento le faltaba, se ponía de espaldas, con las manos bajo la nuca, manteniéndose sobre el agua como en una cama, gracias a las bocanadas de aire que aspiraba a grandes intervalos y que conservaba en los pulmones.

La oscuridad se hizo más densa y las luces más numerosas en la línea de la costa. Mike las veía más nítidamente, pues ahora debería estar a sólo unos centenares de metros de la villa. De improviso, un calambre paralizó su pierna izquierda. Un calambre tan doloroso que estuvo a punto de hacerle gritar. Apretando los dientes, con su voluntad en tensión, el espíritu lleno del recuerdo de su mujer y de su hija, se puso sobre la espalda y lentamente, con una lucidez y tenacidad admirables, se puso a dar masaje a su miembro inutilizado. Esperaba calentarlo, devolverle la circulación y poder mover nuevamente la pierna. En vano. Tuvo que permanecer mucho tiempo con los ojos abiertos fijos en las estrellas, las mandíbulas crispadas para dominar el dolor, luchando por su vida que podía terminarse allí. Tontamente. A causa de una… de una especie de…

No había nada sobre el mar más que él y su destino. Y acordándose de Louis Coppolano, su padre adoptivo, Mike abrió los labios que el frío azulaba para musitar una plegaria que el viejo le enseñara, después de haberlo sacado de un cuchitril de Bronsville: «Padre nuestro que estás en los cielos…»

No pudo decir otra cosa. Sus labios no pudieron sino murmurar las mismas palabras, una y otra vez, durante decenas, centenares de veces quizás. «Padre nuestro que estás en los cielos…» Durante esta

interminable súplica, los ojos de Mike contemplaban las estrellas. Como para buscar en ellas socorro, la salvación. Pero nada. El dolor, aunque atenuado, indicaba que la pierna no quería obedecer al cerebro. Entonces, comprendió que no podía seguir allí sin riesgo de hundirse, con sus ojos interrogando a las estrellas, suplicándoles, suplicándoles le revelaran qué podía ocultarse tras ellas, se puso otra vez en acción, nadando de espaldas, con los dos brazos y la pierna inútil, arrastrando la otra a remolque. A la pierna dolorosa parecían haberle atado una bola que le arrastraría irremediablemente al fondo.

De nuevo los minutos pasaron. E insensiblemente las luces de la costa se acercaron. Mike puso toda su voluntad para luchar contra sus brazos, sus piernas, su cuerpo que se hacía pesado, pesado… Puso todo lo que le quedaba de fuerza y de voluntad para no hundirse y ganar la partida. Y la ganó, como la había ganado aquella misma mañana con el pequeño Alí. Repentinamente vencedor, sus hombros y sus manos tocaron la arena, tibia todavía por el sol del día. Se quedó allí unos segundos, con la boca y los ojos abiertos de par en par. Después, apoyándose sobre los codos, terminó de salir del agua. No intentó levantarse. No. Esperó a que las fuerzas le volvieran un poco y, al fin, con la espalda pecada contra el calor de la arena, se masajeó la pierna que, libre del contacto del agua, volvió progresivamente a la vida.

Mike se recuperó durante un cuarto de hora largo antes de poder incorporarse. Su cuerpo, sus músculos, estaban poseídos de una torpeza rígida y su cerebro vaciado por la tensión nerviosa no sabía más que comunicar a sus labios las mismas palabras: «Padre nuestro que estás en los cielos…»

Después volvió la cabeza con un esfuerzo doloroso y vio brillar en la noche las luces que iluminaban la terraza de la elegante villa. Se dirigió hacia ella. Y en su mirada azul, un brillo asesino, un deseo de destruir, lanzó destellos rojos.

Sentada en un largo sillón de mimbre, Nouhad el Ajamié le observaba avanzar. A su lado, en una mesa baja, había una botella de whisky, un vaso y unos cubos de hielo. Viendo al mocetón emerger a plena luz, se humedeció los labios antes de felicitarle:

—¡Bravo! Es usted un as. Jamás lo hubiera pensado…

Mike no le dirigió ni una mirada, ni una palabra. Cogiendo la botella de whisky, le hizo saltar la cápsula y se la llevó a los labios. Bebió. Largamente. Con una suerte de avidez desesperada.

El alcohol explotó en su interior, calentando todo su ser. Bebió más. La mujer rio.

—¡Cuidado! Va a sentarle mal.

Sin siquiera verla, Mike separó sus labios del gollete y regó el cuerpo con alcohol, vaciando toda la botella. La lanzó a lo lejos y se frotó los miembros. Vigorosamente, mientras que Nouhad le reprochaba:

—¡Está usted loco! Vaya a hacer eso a otra parte. ¡Va a apestarlo todo!

Mike estaba ocupado en masajear el lugar donde el calambre le había torturado. Al fin se irguió. Luego su brazo se distendió. Con una ferocidad increíble. La bofetada resonó como el chasquido de un látigo. El sillón de mimbre basculó y rodó para atrás. Nouhad hubiera hecho lo mismo si Mike no la hubiera agarrado. Su mano se aferró al maillot negro que seguía ella vistiendo. Como quiera que Nouhad abría la boca, la abofeteó de nuevo. Con tanta ferocidad como un momento antes. La cabeza de la joven osciló de derecha a izquierda y, cuando Mike la soltó, rodó varias veces sobre ella misma antes de ir a golpearse la frente contra el pie de un joven cedro. Quiso incorporarse, gritar, pero ya él se le echaba encima. Nouhad lanzó un chillido de terror.

El desgarrarse seco y definitivo del tejido acompañó su grito de horror. Nouhad sintió cómo su maillot había cedido y mostraba su carne orgullosa…

El mocetón se abatió sobre el cuerpo moreno con reflejos de cobre, sobre la piel tierna, bloqueando entre sus manos duras la cabeza con porte de reina.

Entre las ramas, los pájaros lanzaron algunas notas extraviadas, los insectos unos ligeros suspiros y de un arbusto una hoja de rosa cayó volteando en la tibieza embalsamada de la noche.

Después, mucho tiempo después, mientras que la noche estaba allí, presente, llena de sueños y de angustias, una voz sumisa, feliz, reprochó:

—¡No estoy ni siquiera segura de saber un tu nombre!

—Mike —respondió otra voz—. Me llamo Mike. Tú eres Nouhad, ¿no es cierto?

Desde las agujas de pino que alfombraban la tierra, de allí donde unas brizna de hierba crujieron, se alzó la respuesta, dada por la misma voz feliz, vencida:

—Sí, Nouhad. ¿Conoces tú el significado de mi nombre en la lengua de mi país?

—No —dijo Mike, quien tendido de costado acariciaba con pasión el cuerpo soberbio que había capitulado.

—Pues quiere decir Suspiro del alma. ¿Te gusta?

—Me gusta. Qué bonito es y qué bien te cae. ¡Suspiro del alma!

Nouhad se movió, se acurrucó contra él, impúdica y desnuda, su orgullo y su desprecio desaparecidos para siempre. Su voz se alzó aún, enamorada y domada.

—¡Oh, Mike! Si tú supieras... Yo tenía la impresión de estar en el seno de una ola y que ella me arrastraba hacia el fondo. Una ola inmensa, pero suave como la seda. Me ha acunado primero sin casi moverme, como si temiera hacerme daño, y luego me he sentido bajar, sostenida por ella, a una velocidad cada vez más grande, y me ha arrastrado muy lejos, como al fondo de la eternidad.

Su mano perfumada de largos dedos aristocráticos rozó la nuca del hombre.

—¡Oh, Mike! ¡Tres veces he descendido a la sima de mi ola y tres veces he alcanzado la cresta!

El cuerpo lánguido de Nouhad se acurrucó más aún al nido que formaba el de Mike, como si ella quisiera fundirse con él.

—Y cada vez que la ola me volvía a la superficie, se detenía y se abría, pero no para hacerme daño. Y cada vez que me devolvía a la naturaleza, me dejaba descubrir las estrellas que brillaban y me sonreían a millares, como si fueran millares de diamantes, y todos ellos tenían tus ojos, tu sonrisa, tus labios. Oh, Mike. Nunca, nunca... Tres veces he descendido y tres veces he remontado la ola.

La mano de Nouhad arañó tiernamente la nuca de Mike y su voz se hizo quejosa.

—¿Y tú, Mike? ¿Y tú?

Apretándola contra sí, él confesó con un grito ronco:

—Yo también, Nouhad. Yo también. Tres veces la ola me ha llevado y tres veces me ha devuelto. Y cada vez que ella descendía,

he creído que me llevaba hacia la eternidad.

La abrazó más fuerte.

—Una eternidad llena de azul y de luz. Llena de sol y de amor. Y cada vez, en cada luz, estaban tus ojos, tu boca, tu cuerpo. Oh, Nouhad, nunca... Tres veces he descendido. Tres veces a lo hondo de la ola. Y tres veces llevado por ella, he remontado hasta la cresta. Y tenía la impresión de que mi cuerpo era nuevo y puro, que nunca se había acercado a la suciedad de los hombres, y que no pesaba más que tu aliento.

En sus brazos fuertes, Nouhad gemía.

—¡Oh, Mike! ¡Oh, Mike! ¿Qué nos sucede? ¿Qué es este milagro? ¿Es el milagro del amor, Mike? ¿Lo es?

—Así lo creo —le dijo besando sus cabellos perfumados—. Yo lo creo.

Ella le devolvió el abrazo, exhaló una queja, feliz.

—Tres veces, Mike. Tres veces he descendido...

—Y tres veces has remontado a la cresta. Tres veces. Como yo.

Y la reconquistó de nuevo. El uno y el otro querían descender de nuevo al fondo de la eternidad, transportados por la inmensa ola suave como la seda.

14

El viejo Ford de Mokrar estaba estacionado en la Cornisa, al pie de una tienda india, una esas boticas donde venden recuerdos de Oriente: trajes locales, masbahas, alfombras, velos, joyas cinceladas, látigos de beduino, puñales, etcétera. Sentado al volante, Mokrar fumaba en silencio, contemplando a los chóferes de taxi que se jugaban el dinero mientras esperaban las llamadas de los hoteles cuyas letras fluorescentes rayaban el cielo azul, de rojo o de verde.

Tras él, Boutros y Abdallah bromeaban mientras masticaban almendras.

Mike, que llegaba del Excelsior, se sentó delante y saludó con un gesto. Mokrar puso el coche en marcha. No sonrió a Mike porque, detrás, los otros hubieran podido asombrarse. Pero a la luz cómplice del cuadro de instrumentos, su rodilla toqueteó amistosamente la pierna de su hermano.

Veinte minutos más tarde, después de haberse abierto paso a bocinazos, el pescador detuvo el coche en el mismo lugar de la primera vez, donde Mike había conocido a la Esfinge y al Gnomo. Estos le esperaban, sentados sobre los mismos taburetes de paja. Y el decorado que les rodeaba también era el mismo: suciedad de gallinero, olor fuerte y asqueante, el ruido de la vida de los barrios musulmanes, con los gritos, gestos rudos de las manos, voces guturales, risas crueles y el deslizamiento suave de los coches sobre las calles estrechas.

A la llegada de Mike, el Gnomo se inclinó, pero sin levantarse. Se contentó con indicarle el asiento bajo que, a su orden, Boutros le acercaba.

—Siéntese usted, señor Gibson. Y sepa que estamos contentos de saber que puede usted suministrarnos otro cargamento. Es por ello

que, después de haberle telefoneado, hemos enviado a Mokrar a buscarle esta noche.

Señaló al pescador, el cual acababa de apoderarse de otro asiento mientras que Boutros y Abdallah, adosados a la pared, continuaban quitando las cáscaras a sus almendras. Y con una sonrisa que no era más que una mueca, el Gnomo prosiguió:

—Para discutir estamos mejor aquí. Nadie se atreverá a acercarse a nosotros. Y, además, nadie sabe que está usted aquí, así...

Su mueca se acentuó.

—¿Así que está dispuesto a tratar otro negocio son nosotros?

Llevaba su traje de profesorcillo, su corbata oscura, y tras el cristal de sus gafas, su ojo de cristal helaba más que nunca.

A su lado, la Esfinge fumaba su narguile.

Mike agitó un telegrama en clave.

—Lo he recibido esta mañana. 1.000 cajas de Lucky y de Pall Malí están a su disposición. Ustedes decidirán el día de la entrega.

Mike tosió discretamente.

—Siempre, claro está, que me paguen con droga, tal como convinimos con el señor Elias.

Mike, que estaba citado a media noche con Nouhad, vestía de esmoquin. Su elegante traje contrastaba con la roña y la agitación de la calle. En cuanto a su tez, era un insulto a la enfermedad, pues después de aquella famosa tarde no había abandonado a Nouhad y los baños y el sol habían acunado su pasión salvaje y su mesura.

El Gnomo miraba hacia la Esfinge, quien según su costumbre, envolviéndose en humo, lo barría todo con sus ojos móviles. Le dijo la cifra de 1.000 cajas, en árabe, antes de volverse hacia Mike.

—Le felicito por su tenacidad, señor Gibson. Puedo ya afirmarle que podremos pagarle esas mil cajas la semana próxima. El jueves, digamos. En droga, naturalmente. Me acaban de confirmar este acuerdo hace un momento. Y si le he hecho venir, es precisamente para discutir sobre ese trueque.

La sonrisa sin alegría permaneció colgada de un rincón de sus labios pálidos.

—Podemos llamar a eso un trueque, ¿no es cierto, señor Gibson? Bueno. Pues lo único que necesitamos es encontrar un terreno seguro para proceder al intercambio, de forma que no salga

lesionada ninguna de las partes. Me han encargado, pues, que solucione este problema. En primer lugar…

Sacó una libretita y puso sobre Mike su mirada de cristal, deformada, aumentada por las gafas.

—¿Qué prefiere usted? ¿Morfina, cocaína, heroína?

—Heroína, si es posible. Es lo que prima en el mercado americano.

El Gnomo alzó una mano comprensiva.

—Me lo esperaba. Desgraciadamente me han rogado que le dijese que si su cargamento era importante, y lo es, no le podremos pagar en heroína. Al menos, la totalidad. No tendrá usted más remedio que aceptar una parte de morfina base y también de nieve.

—¿Nieve?

—Es argot francés. Significa cocaína.

—Entiendo. Pero la cocaína me interesa menos.

El Gnomo dejó escapar un ligero gorjeo que, a su pesar, le heló las espaldas a Mike.

—No tendrá usted más remedio que aceptar un poco, señor Gibson. De lo contrario no podremos tratar el negocio. Sabemos que es menos nociva que la heroína y que un cocainómano puede curarse, cosa que no le es posible al heroinómano. Mas nosotros no buscamos el bien o el mal en las cosas. Nosotros vendemos, señor Gibson. Ese es nuestro único objetivo. Vender. Así que estamos desolados al tener que forzarle la mano sobre esta mercancía, pero son nuestras próximas remesas las que nos obligan a ello. Usted debe decidir si acepta o no.

—Bueno, bueno —replicó Mike fingiendo vacilar un poco—. Acepto, aunque… ¿En qué proporciones prevé usted las cantidades? Porque, como usted ha dicho, debemos evitar lesionar a alguna de las partes.

El hombre aniñado abrió su libreta y sacó un pequeño bolígrafo.

—Ya llegamos a eso, señor Gibson. Nosotros estamos acostumbrados a esta clase de cálculos, déjeme hacer. Veamos… Usted nos trae, dice, 1.000 cajas, o sea 500.000 paquetes a…

El Gnomo escribió con rapidez.

—A 70 piastras el paquete, debe resultar 35 millones de piastras o 350.000 libras libanesas o 112.000 dólares…

Alzó su frente abombada de inteligencia.

—…según el cambio oficial en la Bolsa de esta mañana. Así pues, su contrapartida en droga, de acuerdo con nuestras posibilidades.,.

Se inclinó sobre la libreta que tenía algo de lado para beneficiarse de la luz pálida de la tienda vecina. Añadió:

—Cuarenta y seis kilos de morfina base a 4.000 libras libanesas el kilo, lo que nos dará 184.000 libras.

—Ustedes la pagan a 2.000 libras el kilo en Alep —le cortó Mike, recordando las explicaciones detalladas que le había ofrecido el capitán Anizé al respecto.

El Gnomo asintió.

—Ya veo que usted está perfectamente informado. Pero usted ha dicho Alep. Y es preciso ir a buscar la droga allá y traerla aquí. Lo que implica unos riesgos, es decir, unos beneficios. ¿No está usted de acuerdo?

—De acuerdo. Aunque ustedes se pasan un poco con el margen.

El Gnomo abrió sus pequeños brazos.

—Son los negocios, ya lo sabe usted. Usted es seguro que doblará los precios de aquí a Nueva York. Y eso, por supuesto, es cosa suya. A nosotros no nos concierne. Una sola cosa nos tiene ganado el corazón: nuestros precios. Así pues, ¿qué me dice usted?

Mike, que sólo había discutido por mejor mostrar su buena fe y sus conocimientos, capituló.

—O.K. Pero será preciso que transformemos esa morfina base en heroína. Y esto va a costar caro, aparte de la merma.

El Gnomo le amenazó con el dedo.

—No se subestime usted, señor Gibson. Estamos persuadidos de que usted tiene en Francia o en Italia químicos capaces de realizarle esa transformación en los más modernos laboratorios. Lo cual, ay, no nos es posible a nosotros. En cuanto a la merma…

Su dedo se agitó aún más.

—Usted sabe tan bien como yo que un kilo de MB[15] da con buenos especialistas un kilo de heroína pura. Así pues, nada de merma. Si no, al tiempo. Y Alá proveerá.

—No hablemos más —suspiró Mike como a su pesar—. ¿Y en cuanto al resto?

El Gnomo volvió a sumirse en su libretita.

—A eso voy… 184 restados de 350, equivalentes a las 166.000 libras de droga que podemos suministrarle…

Alzó la frente y miró a Mike,

—Seis kilos de cocaína pura, de primera clase. Nos llega directamente de la Merck, de Alemania. La facturamos a siete libras el gramo. O sea que son 42.000 libras.

Sonrió.

—Es regalado.

—¡Es carísimo!

—Le he precisado que viene de la Merck, señor Gibson. Usted sabe lo mismo que yo que no hay nada mejor. Está fabricada en Darmstadt, especialmente para los laboratorios farmacéuticos, y se cotiza en todos los mercados del mundo.

Mike asintió.

—Está bien y acepto. Ahora nos quedan aún 114.000 libras para hacer la cuenta. ¿Qué me va a dar usted a cambio?

El Gnomo levantó la mano que tenía el bolígrafo.

—Un minuto, señor Gibson. Vamos a tener un poco de heroína fabricada aquí. Oh, muy poca. Y desgraciadamente no de calidad superior. Nuestros laboratorios son todavía muy primitivos.

Guiñó el ojo detrás del cristal de las gafas y Mike se sintió incómodo una vez más. El Gnomo siguió:

—¿Ve usted que soy sincero con usted? Pues bien, podemos zanjar esa cantidad, con, digamos...

Anotó algunas cifras en su libreta y volvió a mirar a Mike.

—Nueve kilos de nuestro producto. Lo facturamos a 13 libras el gramo. ¡Un regalo!

—¿Le parece a usted? Vale a 24 libras al detall. Hablo de la elaborada en el Líbano.

El hombre aniñado se inclinó, rio y lanzó una frase en árabe a la Esfinge, el cual escrutó a Mike. Después, confesó:

—Decididamente, usted está muy al corriente, señor Gibson. Pero el margen que usted señala no es nuestro beneficio. Hay los mayoristas, los semimayoristas, los revendedores y los detallistas. Todos ellos tienen necesidad de vivir. Usted debe comprenderlo.

El americano, que seguía su juego, a fondo, aparentó reflexionar antes de aceptar.

—De acuerdo, podemos tratar. Diga a aquellos a quien ustedes representa que estoy de acuerdo. Pero...

Esbozó una sonrisa mientras los ojos inquisitivos y desconfiados

de la Esfinge le apuñalaban.

—Pero adviértales que esta vez exijo ser pagado en el mismo momento en que las cajas de cigarrillos salgan de a bordo. Porque usted debe comprender que no estoy dispuesto a guardar la droga conmigo. Así que prefiero verla alejarse con el barco. ¿De acuerdo?

El Gnomo se inclinó y le tranquilizó con su voz mesurada.

—Ni que decir tiene, señor Gibson. Será como usted diga. Y ahora que estamos todos de acuerdo, pienso que tiene usted prisa por dejamos, pues imagino que no ha sido por nosotros que se ha vestido esta noche con tanta elegancia.

Apuntó con su dedito hacia el esmoquin y se rio con un feo gorjeo, algo fúnebre que le daba a Mike el deseo de levantarse, echar a correr… o romperle el cráneo.

15

Amurallado en su habitación del Cattan's Hotel desde hacía cuarenta y ocho horas, Fenner se cocía en su propio jugo. Aunque menos húmedo, el calor de Damasco era peor en grados que el de Beirut.

Desde su ventana con las persianas medio echadas del segundo piso, el agente del Narcotic-Bureau vigilaba la inmensa plaza donde aparcaban los autocares procedentes de todas las regiones.

El pelirrojo no paraba de maldecir, diciéndose que jamás en su puta vida había tenido tanto calor. Lo que era verdad. Entre acecho y acecho, se metía bajo la ducha para ofrecer al chorro helado su cuerpo peludo, feo y blancuzco.

Sobre una mesa se amontonaban papelotes, mapas del Próximo Oriente, una botella de scotch, grandes vasos y cubos de hielo en un recipiente de plata.

Por el visor del teleobjetivo, metido entre las persianas bajas, Fenner atisbaba de lleno la plaza donde los buses se cocían bajo el rudo sol. Los autocares llegaban recubiertos de polvo, los tejadillos atestados de bultos, maletas atadas, bicicletas, tiendas enrolladas y todo eso que llevan consigo los pueblos nómadas. Los colores de las carrocerías eran vomitivos: rosa bombón, verde caramelo y pulpa de fresa eran los más corrientes.

A la izquierda del hotel, lejos de la plaza, Fenner podía ver unos soldados armados que, dispuestos a tirar, paseaban a lo largo de los muros. ¿A tirar sobre quién? En esos países siempre están a medio palmo de la revolución, del golpe de estado o de la guerra. Verdaderos paquetes de dinamita, esos países árabes, pues cada uno de ellos da la impresión de querer apoderarse de su vecino.

Un bus más cargado que los otros, más polvoriento, entró en la

inmensa plaza y atrajo la tención del pelirrojo. Unos beduinos bajaban del vehículo, al igual que unas mujeres veladas de blanco y de negro, rodeadas de la chiquillería ruidosa.

Luego Mokrar y Fayraz aparecieron a su vez, seguidos de otras gentes del desierto.

Todos se agolparon ante las bebidas heladas que les proponían los vendedores ambulantes y muchos se alejaban para hacer sus necesidades, en plena naturaleza, como es justo. Apenas buscaban la complicidad de un viejo muro derruido, más allá del cual los ojos de Fenner seguían inspeccionando. Un viejo se acercó a la tapia y, como los otros, se bajó sin inhibiciones su cherual[16] y se agachó. No lejos de él, las viejas veladas apartaban las piernas y, debajo de sus largas faldas roñosas, meaban de pie, imitando en esto a las bisabuelas de Fenner, robustas esposas de pioneros.

A través del teleobjetivo, el pelirrojo seguía la progresión de la tribu de Mokrar. Pero nadie se acercó a ellos. Suspiró y lanzó una mirada hacia la ducha.

Y ya comenzaba a bajarse su short, su única ropa, cuando llamaron a la puerta.

—¡Entre! —gritó sin volverse.

Slim penetró en la habitación sumida en la penumbra.

—¡Salud, amigo! ¿Qué tal marcha eso?

Fenner se decidió a hacerle frente.

—Marcha, como ves —suspiró.

Se pasaba la mano por el pecho mojada de sudor. Slim le sonrió y al ver la botella de scotch se abalanzó sobre ella. Slim era igualmente un agente del Narcotic-Bureau. Y lo mismo que los siete otros que Fenner había reclamado, Slim estaba versado sobre las cuestiones orientales y asiáticas. Nada lo diferenciaba de los viajeros del bus llegado poco antes: polvo sobre su túnica de beduino, gafas ahumadas, los pies sucios dentro de las sandalias y una barba rasposa sobre su tez recocida, sin olvidar por supuesto un masbaha de falso ámbar en la mano. Además, hablaba el árabe perfectamente.

Fenner se acercó a la mesa y cogió una pluma.

—¿Qué hay de nuevo?

—Nada desde Alep. Nadie se ha acercado a ese Mokrar. Jo y yo hemos conseguido localizar a los vendedores de morfina base. Son

turcos, desde luego. Sus nombres y direcciones están aquí.

Le tendió una hoja de papel.

—Jo se ha quedado pegado a ellos y ha tomado el mismo avión que los llevaba a Ankara. Cree que, tal vez, puedan acercarle a otros comerciantes de droga.

Fenner hizo un gesto de aprobación.

—Ha hecho bien en guardar el contacto.

Y tú, ¿algún informe más?

Slim, que era delgado, todo nervio, encogió sus flacos hombros.

—Nada más, salvo que la droga sigue estando en el autocar.

—No la desembarcarán antes de llegar a Beirut. De eso estoy seguro.

Y Fenner podía estarlo, pues era el propio Mike quien le había dado la información. Avisado por Mokrar de que él mismo sería el encargado de transportarla, Mike había alertado a Fenner de modo que éste delegara a los agentes que le habían cedido para llevar a cabo la investigación. Mike quería que las cosas fueran aprisa. Quería aprovechar al máximo y con eficacia las informaciones que le suministraba Mokrar, pues el pescador no podía durar demasiado ya que en cuanto los otros se enteraran... Por esta razón Mike le había pedido a Fenner que le prestara unos agentes que pudieran ayudarle a diezmar el gang de la droga.

Primero le había hablado a Anizé. El capitán no había podido garantizarle la confianza en sus hombres, pues eran demasiado conocidos de los traficantes. De cualquier modo, Anizé tenía gran interés en que su joven colega desempeñase con éxito su misión. Le había aconsejado que montase toda la operación con Fenner. Después de un contacto con su jefe del 201 de Varick Street, Mike había visitado al pelirrojo. Hubiera preferido tener a Tom y a sus demás compañeros de Aduanas con él, pero éstos no hablaban árabe. Por otra parte, tampoco podían abandonar su misión, consistente en traer los cigarrillos a bordo de la antigua lancha torpedera.

Después de todo, ¿qué importancia tenía la sección a que pertenecieran los investigadores? Lo principal era llevarla a cabo con éxito. Solamente contaba el escobazo que se preparaba. Y ni Fenner ni Mike aspiraban a la supremacía. Una sola cosa dominaba: conseguir aplastar a aquellos cerdos de traficantes de droga.

Fenner, que terminaba de copiar los nombres y direcciones de los turcos en su cuaderno, gruñó:

—Me han hablado de 64 kilos de M. B. ¿Crees que todos están en el autocar?

Slim, que añadía otros cubos de hielo a su vaso con la intención de otorgarse una nueva dosis de scotch, replicó:

—Sí. Hay 40 en el doble fondo practicado en el alojamiento de las ruedas de recambio. Los otros seis están en el ataúd que ves allá.

Se acercó a la ventana y Fenner se puso a su lado. En el techo, en medio de innumerables bultos, bien atada, aparecía una caja que hubiera podido tomarse por un ataúd.

—El resto debe estar allí. Al menos es lo que creo, visto el fervor con que Mokrar y su mujer vigilan la caja.

Fenner meneó la cabeza. Sobre su cara, el sudor le trazaba surcos.

—¡Condenados traficantes! ¡Ya no saben qué inventar! Llegar hasta embalsamar el cadáver de un crío después de haberle metido seis kilos de droga en lugar de las tripas. Los cerdos...

Si el pelirrojo conocía aquellos detalles, era gracias a las precisiones de Mike, quien a su vez había sido prevenido por su hermano Mokrar. Y si este último estaba allí, con su mujer, es que pasaban por ser los padres del niño. De ahí las lágrimas y los suspiros que habían lanzado en el bus, bajo los ojos indiferentes de Slim pero ante la mirada comprensiva de los demás viajeros.

En el vaso, un pedazo de hielo tintineó alegremente y Slim se inquietó:

—¿Y de veras va a dejar que esa gente pase la frontera libanesa sin atraparlos?

—Sí. Esas son las órdenes. No trates de comprenderlas. Conténtate con vigilar que otros tipos no ronden demasiado alrededor del autocar, entre aquí y Beirut. Es un consejo...

Fenner agitó su pluma.

—No toques a ese Mokrar por nada del mundo. Ni a él ni a su mujer. Al contrario, si estuvieran en peligro, debes intervenir y protegerles.

—¡Qué países los de Oriente! —suspiró Slim cómicamente—. Se nada siempre en pleno jarabe.

Fenner apartó los brazos y en el movimiento un feo olor escapó

de sus axilas.

—No puedo decirte nada más. No sé mucho más que tú. Pero hay que seguir las órdenes. El envite es importante.

—Está bien, no te hagas bilis —le tranquilizó Slim lamiendo él vaso que acababa de vaciar de un trago—. No nos comeremos a esos crápulas. E incluso estoy dispuesto a bordártelos si los prefieres mejor presentados.

—No te pido tanto. Y ahora, Slim, es mejor que te vayas. El bus, si es que respetan algo los horarios, debe salir dentro de diez minutos.

El agente soltó su vaso.

—O.K. Hasta pronto.

Pero antes de abrir la puerta del corredor, donde resonaban las risas de las azafatas de una compañía aérea americana que tenía su cuartel general en el hotel, Slim añadió:

—¿Tienes noticias de los camellos?

La pluma de Fenner apuntó hacia el teleobjetivo.

—Estaban aparcados ayer y esta mañana han reemprendido la marcha hacia Egipto. Había catorce y sus camelleros les han hecho tragar diez cápsulas de cinco gramos de cocaína a cada una de sus bestias. Así que son 700 gramos en total. Bob va a remolque de ellos y no los soltará. Ha conseguido convencerles para que le lleven con ellos. ¿Tú sabías que el padre de Bob es árabe?

Cambiando de dirección, la pluma de Fenner rozó las hojas desparramadas sobre la mesa.

—Subió a verme ayer y me confirmó las indicaciones que te he dado. Indicaciones que a su vez yo obtuve de Mike, el chico de las Aduanas con el que trabajamos y al que seguramente verás en Beirut.

Slim, que trituraba el pomo de la puerta, gruñó:

—¡Están chalados, esos tipos! Hacer diecinueve días de marcha por el desierto para entregar 700 gramos de droga en Egipto. En mi opinión, eso no vale la pena.

El pelirrojo, que chupaba soñadoramente su pluma, alzó la cabeza.

—Esa es tu opinión. Pero en el Líbano, lo mismo que aquí, el gramo de cocaína vale cinco libras egipcias. Y treinta en Egipto. O sea que multiplicas por seis el beneficio. Y no está tan mal. En

cuanto a los camelleros, ¿qué les importa a ellos el tiempo que tardan? Para ellos, diecinueve días de viaje es casi un paseo.

Slim terminó de abrir la puerta.

—Yo no te veo a ti dándote ese paseo por el desierto. A tu regreso, se vería la luz a través de tu piel, tanto te habrías fundido... ¡Con lo que te gusta a ti el calor!

—Lárgate —suspiró el pelirrojo— o perderás tu bus. Mañana nos veremos en la Embajada de Beirut.

Y mientras Slim cerraba suavemente la puerta, Fenner se inclinó sobre su in forme. La investigación comenzaba a dibujarse. Sin duda, Mike conocía a fondo su trabajo. Con los informes que había conseguido, el tráfico se precisaba cada vez más. En primer lugar el tráfico de cocaína con los camellos. Luego aquel avión privado que debía soltar 500 kilos de opio bruto sobre El Tessef, en el desierto de Siria, en la frontera con Jordania, y donde Jim, un colega, acechaba desde hacía ya tres días. Y ello sin contar con Mac y Bill, a los que Fenner conocía de Nueva York, los cuales esperaban por su parte en la frontera turco-siria, no lejos de Antakieh, a que un coche del Líbano pasara a Europa. Este coche, un Mercedes con los asientos trucados, sillones que se abrían en dos con sólo apretar un botón del tablero, debía, según Mike, dejar en el mercado europeo 20 kilos de morfina pura, contenida en unos saquitos de nylón. También estaba el asunto de la cocaína Merck que debía llegar de Alemania, transporte que debían recepcionar Boutros y Abdallah. De estos dos granujas se ocupaba uno de los hombres de Anizé, un teniente recién ascendido, desconocido de los gangs, y del cual el capitán respondía plenamente.

Sobre el cuaderno de Fenner estaban ahora escritos los nombres de los detallistas de la droga que vivían en Beirut: nombres facilitados, lo mismo que todo lo demás, por Mike, quien había exprimido los conocimientos de Mokrar. Algunos eran astutos, por ejemplo aquel gasolinera suministrador de cocaína. Cuando le llegaba un cliente, escuchaba su pedido y levantaba uno, dos o tres dedos, según el número de gramos que quería. Inmediatamente, un tipo apostado en una ventana del primer piso de la casa vecina al surtidor, bajaba con la droga. Y sólo vendía primera calidad.

Cocaína Merck, la mejor, la más buscada, contenida siempre en los tubos de aluminio sobre los cuales aparecía gravada la calavera: anagrama de los productos farmacéuticos alemanes.

Facturada a 140 libras libanesas, encontraba compradores. Y en cantidad porque los drogadictos no faltaban, según había atestiguado Mike después de vigilar él mismo la gasolinera.

En su informe, Fenner mencionaba igualmente el tráfico con los veleros árabes. Amarrados costado a costado, con sus proas casi metidas en las verjas que separaban el puerto franco de la ciudad, los finos veleros que transportaban cabras negras de Turquía, nitrato de Arabia o trigo procedente del Canadá, danzaban sobre el agua sucia donde flotaba toda clase de inmundicias, legumbres, pieles de naranjas o de pomelos, papeles grasientos, colillas, etcétera. Los suministradores de droga operaban de una manera sencilla, basta pero eficaz. Boutros y Abdallah la mandaban a la calle utilizando tirachinas. Bien lastrados, los paquetitos de droga, los lanzaban sobre las verjas y con certera puntería alcanzaban los puentes o las calles, donde se volatilizaban al instante. Advertido por Mokrar, Mike, acompañado de Anizé, se emboscó en un cuchitril y pudo observar todo el manejo. Su intervención empero se limitó a anotar el nombre de los barcos. Por otra parte, ninguno de los agentes americanos debía intervenir. Sus órdenes eran seguir a los traficantes, situar sus contactos, tomar notas, pero dejarles correr. El gang caería más tarde con la ayuda de las autoridades libanesas. Por el instante, era preciso conocer el máximo número de vendedores, de detallistas y, sobre todo, intentar remontar a las fuentes para conocer, para descubrir al cerebro, la cabeza de ese tráfico que ponía en peligro la vida de los intoxicados del mundo.

Y corriendo de un rincón a otro del Próximo Oriente, acechando, siguiendo, arriesgándose, los agentes del Narcotic Bureau preparaban una razzia mientras que la cocaína, la morfina y la heroína se cruzaban, llegaban, y desaparecían en Beirut, plataforma de la droga, puerta abierta sobre el Oriente misterioso, inquietante, gozador, cruel y grandioso.

E inclinado sobre su informe, que manchaba con el sudor, el pelirrojo del Narcotic Bureau escribía. No obstante, sus orejas continuaban tendidas hacia el teléfono, de donde podía surgir en cualquier instante la llamada de un compañero que, lejos de su

patria, se esforzaba en liberar a los Estados Unidos de la influencia de la droga, pues allí se consumía una gran parte de la producción mundial.

16

El Emir Khalil El Ajamié rubricó el contrato con su ampulosa firma y, alzando la cabeza, comentó en inglés:

—Creo que este supermercado va a trastornar las viejas costumbres de nuestros libaneses. Pero, confíen en mí, que dentro de seis meses se alzará en el mejor sitio de la plaza de los Mártires.

Tras la ducha y el masaje, elegante con su traje gris perla, el hermano de Nouhad respiraba la fuerza, la alegría de vivir. Al volver una hora antes de su cuadra de carreras, se sentía como siempre: en plena forma después de montar a caballo.

De todas las habitaciones del palacio, solamente su despacho estaba occidentalizado: muebles de acero rígidos y fríos, iluminación funcional, numerosos teléfonos y, única concesión a Oriente, gruesas y costosas alfombras sobre las cuales señoreaban voluptuosos sillones de cuero crudo.

El interlocutor de Khalil, un japonés no menos elegante, enarboló una fina sonrisa.

—Querido señor, estoy muy contento de que hayamos llegado a este acuerdo. Usted no lo lamentará. Nuestros productos manufacturados son los mejores y los más baratos del mundo.

Se levantó, se inclinó dignamente, tal como los asiáticos saben hacerlo, y añadió:

—En nombre de mi sociedad, le doy las gracias por la prioridad que usted nos ha ofrecido.

Khalil, que se había levantado igualmente, le acompañó hasta la puerta.

—Creo que esto no es más que el comienzo y que podremos establecer otros comercios en el Próximo y el Medio Oriente.

El japonés se detuvo ante la puerta forrada de cobre.

—Así es como mi sociedad encara el porvenir. Y como esos supermercados son de una gestión fácil y sana, otros seguirán en breve plazo.

Khalil abrió, sonriente, enigmático.

—Aquí en el Líbano todo es siempre fácil y sano. Usted seguramente ha oído citar las palabras de Van Zeeland, el ministro belga de finanzas. Llamado un día por mi gobierno para estudiar el presupuesto del Líbano, llegó con su equipo de expertos. Después, al cabo de algún tiempo, dio su dictamen: no he conseguido desenredar sus cuentas y no he comprendido nada, pero permítanme que les dé un consejo. Todo va muy bien en su país, por lo tanto, continúen así.

El japonés se rio educadamente.

—Ya había, efectivamente, escuchado esa boutade. Pero creo que nuestras empresas tendrán una contabilidad más clara que el presupuesto de su magnífico país.

—Desde luego —replicó Khalil haciéndose a un lado—. En cuanto a esa cuestión, esté tranquilo.

Le hizo atravesar la habitación donde se afanaba una secretaria, le estrechó la mano y, cuando hubo desaparecido, se volvió hacia la muchacha.

—Edwige, llámeme al abogado Abbabi y en seguida a mi arquitecto. Después llame a la señorita Nouhad por la línea interior.

—Bien, señor.

Edwige era sueca, muy hermosa, y políglota. Khalil se la había asegurado a precio de oro. No le gustaba sino rodearse de gentes capaces y hermosas.

Cinco segundos más tarde hablaba desde uno de los teléfonos que ornaban su mesa.

—¿Abogado? Inicie la operación de la plaza de los Mártires. Que todos los inquilinos de mis inmuebles sean expropiados en el plazo de ocho días. Pague lo que haga falta, pero que todo haya terminado en el plazo acordado. Los trabajos del supermercado se iniciarán inmediatamente. Esto es todo. Hasta la vista, abogado.

Colgó justamente cuando un segundo teléfono sonaba.

—¿Sí? Hola, querida. No olvides que hoy comemos en casa de

los Timsons. ¿Cómo? ¿Que no podrás venir? Pero Nouhad, nosotros habíamos prometido...

Frunció las cejas contrariado, escuchó y dijo:

—Bueno, bueno. Te espero.

Colgó el aparato y como el interfono llamara, bajó la manecilla.

—¿Sí, Edwige? Ah, bueno, el arquitecto.

Y cogiendo otro aparato, dijo brevemente:

—Buenos días, Aassad. Acabo de firmar lo del supermercado. Active los preparativos. Los japoneses han aceptado sus planes.

Se disponía a colgar cuando se acordó de algo más.

—En cuanto al edificio comercial a la salida de Beirut, actívelo igualmente. Quiero que esté terminado a primeros del año próximo. Eso es todo. Hasta la vista, Aassad.

Colgó el aparato, bajó con su índice manicurado la manecilla del interfono, escuchó cómo Edwige le anunciaba a su hermana, y ordenó:

—Hágala entrar.

Nouhad se apresuró a seguir la invitación. Iba vestida con un traje de playa amarillo y parecía en tan excelente forma como su hermano.

Este se levantó, le besó la punta de los dedos, luego en la frente sobre los ojos.

—Hueles al amor, querida. Nunca te había conocido este olor. ¿Enamorada?

La joven movió las pestañas.

—Enamorada, Khalil.

El rio, mas su risa casi era sardónica.

—Me asombra en ti, que eras tan orgullosa, tan dueña de ti misma. Despreciabas tanto a los hombres, decías que sólo servían para usarlos y tirarlos después.

Ella encogió sus bellos hombros que el vestido no velaban.

—Todo llega, Khalil, incluso el amor.

Nouhad le sondeó, añadiendo:

—Pero parece que esto te contraría...

El le devolvió su mirada.

—Quizá... Quizá yo también te he deseado a ti.

Exhibió sus dientes en una sonrisa cínica, voluptuosa.

—Hay ya precedentes en el transcurso de la historia de los

pueblos. Es que...

La sonrisa se desvaneció de sus labios.

—Es que no me gustaría que tu pasión te arrastrara lejos de mí. Por mucho tiempo, quiero decir. No olvides que tú eres uno de los florones de este palacio y que posees el mismo valor de mis colecciones y de cuadra de pura sangres.

—¡Gracias por la comparación! —se irritó Nouhad.

El le acarició el hombro con un gesto de posesión y sacudió la cabeza.

—Nunca te dejaré marchar, Nouhad. Nunca.

Y adelantándosele, viendo que ella iba a replicar, añadió:

—¿Y puede saberse por qué no vienes al almuerzo de los Timsons?

Ella señaló el vestido sencillo aunque refinado que la moldeaba.

—He decidido ir a la playa. Ya encontrarás una excusa para los Timsons.

El dejó de frotarle el hombro.

—Encontraré una. ¿Tan guapo es ese hombre que te hace descuidar así tus deberes mundanos?

Frunciendo la nariz, Nouhad hizo una mueca.

—Lo principal es que yo lo encuentre a mi gusto. En cuanto a la opinión de los otros...

El se volvió a su mesa y dijo:

—Al menos hubieras podido presentármelo. Quizá me gustaría a mí también. ¿Es un extranjero? ¿Un libanés?

La acompañó con una mirada sinceramente admirativa mientras ella se dirigía a la puerta. Una vez allí, se volvió.

—Qué importa dónde haya nacido. Es lo que es. Yo le amo. Hasta la noche, Khalil. Mis respetos a los Timsons.

Iba a salir, pero él la retuvo.

—¡Querida!

Ella esperó, bella y majestuosa en un rayo de sol que envolvía su vestido.

—Creo que cometes un error al enamorarte de tu americano. Un día u otro volverá a su país y tú sufrirás. Inútilmente.

Un resplandor furioso animó los ojos negros de Nouhad. Inició un paso como para volver a entrar y exclamó:

—¿Así que lo sabías? ¡Y me dejabas hablar!

Khalil alzó sus cuidadas manos, haciendo centellear con el movimiento los minúsculos diamantes que ornaban su reloj de pulsera.

—Sabes muy bien, querida, que a mí no se me puede engañar. Siempre estoy informado de todo. Hale, márchate. Y presenta mis mejores saludos al señor Gibson.

Ella le contempló durante unos instantes. Luego su cólera se esfumó y le ofreció una encantadora sonrisa.

—Eres el más grande crápula que haya habido sobre la tierra.

Y la puerta acolchada se cerró tras el vestido amarillo.

Khalil habia vuelto a enfrascarse en el estudio de un dossier cuando Edwige llamó por el interfono.

—El señor Elias acaba de llegar.

—Hágale entrar, Edwige. Y que nadie nos moleste. He dicho nadie.

Khalil soltó secamente la manecilla.

Poco después, el banquero franqueaba la puerta acolchada. Vestido de blanco inmaculado según su costumbre, avanzó golpeando en el suelo con su bastón de puño de oro. Se tocaba con una chechia roja de la que pendía una borla negra.

Se la quitó mientras Khalil, puesto en pie, le saludaba.

—Salam Aaleikum.

—Wu aleikom el Salam —replicó el banquero.

Khalil le indicó un sillón y ambos se sentaron.

—¿Y bien, Elias? —atacó el hermano de Nouhad, la mirada sobre el banquero—. ¿Cómo estamos con el asunto de los cigarrillos?

El coloso, estirando su pierna izquierda, suspiró:

—El americano nos entrega mañana mil cajas y le pagamos en droga, como convinimos.

—¿Ya ha llegado?

—No toda. Pero mañana esperamos tener la totalidad. No nos falta más que la cocaína Merck. Debe llegarnos en unas máquinas alemanas de imprenta en tránsito por el Líbano.

Con un gesto elegante, Khalil rectificó el nudo de su corbata.

—Muy bien, Elias. Ese americano parece perfecto.

—No hemos tenido quejas suyas en el primer negocio. Y creo que no las tendremos tampoco en el futuro. Ese tipo es goloso. O

sea que tanto mejor para nosotros.

—¿Los informes sobre él?

El banquero sacó un papel.

—Hay efectivamente un Mike Gibson en el *New York Telegram*. Me lo han confirmado después de que enviase allí el número de su carnet de prensa.

—Perfecto, Elias. De todas maneras, ese Gibson no nos basta como suministrador.

Hay que relacionarse con otros traficantes de Las Palmas o de Tánger. Nuestra cifra de ventas en ese terreno es insuficiente. El Oriente está dispuesto a absorber toneladas y toneladas de cigarrillos americanos.

Elias lanzó una carcajada y los espasmos hicieron mover su vientre bajo el pantalón blanco.

—Lo mismo que los Estados Unidos están dispuestos a absorber toneladas y toneladas de heroína.

Khalil no sonrió.

—Exacto. Y por ese lado, me gustaría también que acelerásemos el tráfico. Debemos trabajar mejor. Yo sigo madurando mi vieja idea... instalar aquí laboratorios perfeccionados, con ingenieros capaces, y transformar nosotros mismos la M. B. en droga de primera calidad.

Se frotó lentamente las manos, una contra otra.

—Así dejaremos de tener que recurrir a italianos y franceses y el beneficio será colosal.

El gordo dejó de reír.

—Me estoy ocupando actualmente de eso. En los próximos días, vuelo a Roma, donde tengo que entrevistarme con un especialista. Creo que llegaremos a algún resultado y que nuestros planes podrán ponerse en marcha.

—Eso espero —dijo Khalil incorporándose para significar el fin de la entrevista—. Debemos trabajar mucho mejor. De hecho, ¿cómo ha enviado la tonelada de hachís a Egipto?

A su pesar, el banquero arrancó su grueso cuerpo del voluptuoso sillón.

—Una caravana está en ruta para allá desde hace diez días y lo llevan todo... Ah, me olvidaba...

Sus facciones de trapisondista se iluminaron.

—Su hermana ve cada vez más a nuestro americano. Prácticamente no se separan nunca. Espero que ello no molestará a sus proyectos.

—No, no —le tranquilizó Khalil—. A decir verdad, creo que eso no irá muy lejos. Pero si esa unión se hiciera molesta, entonces...

—¿Entonces?

Las miradas de ambos se cruzaron.

—Entonces tendrá que enviarle su equipo de asesinos.

El banquero se inclinó.

—Bi khaterkom[17].

El hermano de Nouhad devolvió la gentileza:

—Charaftouna[18].

—Ma'a al Salameh[19] —replicó el gordo antes de ir hacia la puerta—. Y que Alá os guarde y os conduzca a la cúspide de vuestros sueños.

—Wu aleikon el Salam, Elias —dijo Khalil de pie junto a su mesa y mientras se llevaba la mano al corazón, a la boca y finalmente a la frente.

17

—¡Oh, Mike! De nuevo he descendido y remontado tres veces de lo hondo de mi ola. Es extraordinario y muy hermoso. Tanto que a veces tengo miedo.

Tendida de espaldas, Nouhad contemplaba el cielo y, en sus ojos oscuros, las lágrimas centelleaban como gotas de rocío. Estaba impúdicamente desnuda. Portaba una esmeralda en su dedo y otra en el cuello. Y la de su cuello, cuando ella se movía, rodaba sobre su pecho moreno y sedoso.

Mike, que llevaba su slip de baño, le acariciaba un seno con un gesto suave y tierno, un gesto que rendía homenaje a su belleza. Ambos, después del abrazo, puestos de costado, habían dejado en la arena una oquedad practicada por sus cuerpos.

—Yo también he bajado y he subido tres veces —dijo Mike, agradecido—. Y mientras remontaba, la ola era de una tal dulzura...

Su mano se crispó ligeramente sobre el seno de la muchacha, hermoso como un fruto en sazón.

—...que tenía ganas de llorar. Oh, Nouhad, mi suspiro del alma... Qué bella eres. Y cómo te amo.

—Sin embargo, mi hermano dice que tú te irás un día.

Se había decidido al fin a soltar la frase que la carcomía.

Mike se estremeció. Vaciló largo rato, mientras sobre los senos su mano poderosa tenía la ligereza de un pájaro.

—Sí —admitió al fin con una voz que se ahogaba—. Un día me veré obligado a partir. Y yo sé que eso te hará daño. Un daño terrible. Y yo me pregunto cómo voy a poder existir sin tu cuerpo, sin tu amor. ¡Oh, Nouhad! Nunca debimos haber... Eso nos hará tanto daño...

Mike se volvió hacia ella. En los ojos se leía su pasión.

—Y yo no tengo derecho a quedarme, Nouhad. Allí, tengo una mujer y una hija que me esperan. Y yo las amo, Nouhad. No como a ti. Es diferente. Pero las amo, Nouhad. Más que a todo. Más que a mi vida quizá. ¿Puedes comprenderme? ¿Puedes perdonarme estas palabras? ¿No me odias al oírme decir que amo a otras además de a ti?

La mano donde brillaba la esmeralda se apoderó de la muñeca de Mike.

—Yo no puedo perdonarte el que me hagas sufrir. En cambio, te comprendo. Y sin embargo, si debo matarte para impedir que te vayas...

Le clavó las uñas en la muñeca.

—Sí, quizá te mataría, Mike. Quizá no te dejaría partir.

Suspiró, levantando así su seno escondido bajo la mano de su amante.

—Porque no soporto la idea de que puedas procurar la felicidad de otra mujer. Incluso si esa mujer es la tuya. No puedo soportar esa idea, Mike. Me hace un daño terrible.

Nouhad bajó la muñeca de Mike, obligándole a poner la mano más abajo, donde latía su corazón.

—¿Tú lo sientes Mike, el daño que hace? ¿Lo sientes, dímelo?

Mike se inclinó sobre sus labios plenos y rojos que el baño había salado.

—Lo siento, Nouhad. Y yo también sufro. Y voy a sufrir. Pero tendré que partir. Será preciso que vuelva con los míos. Y quizá, si Dios quiere... nos olvidaremos y no sufriremos más.

—¡Nunca! —gritó ella enlazándole en un abrazo salvaje y apasionado—. Jamás podremos olvidar estas horas... nuestra ola... nuestro amor... Jamás, Mike. ¡Jamás, jamás, jamás!

Y soldada a él, hechizándole de nuevo, Nouhad se entregó buscando la sublime sensación de caer en el seno de la ola, en el fondo de la eternidad.

Por encima de sus cabezas juntas, de sus cabellos enredados, de sus carnes soldadas, las gaviotas pasaban y pasaban con el vuelo airoso de sus alas blancas.

Mucho tiempo después Nouhad emergió de su languidez y

murmuró, su cuerpo ofrecido al cálido sol.

—Yo nunca podré olvidar el mar, Mike… Ni esta caleta perdida, este rincón de la bahía de Joulnié donde me has traído, donde vive tu amigo el pescador. Nunca podré olvidar este rincón, Mike. Y cuando tú ya no estés aquí…

Un sollozo la sacudió.

—… seguiré viniendo a esta playa para buscar las huellas de nuestro amor.

Mike le tomó la mano y, costado contra costado, los pies ofrecidos a la ternura refrescante de las olas rumorosas, la apretó con un abrazo en el que puso todo lo que un hombre tiene de bueno en él.

El silencio se abatió de nuevo sobre ellos y reinó como dueño y señor sobre aquel rincón árido y perdido. Y duró, no turbado siquiera por el latido de sus dos corazones. Fue ella quien lo rompió con una pregunta que le sorprendió:

—Dime, Mike, ¿por qué la gente nunca vuelve la espalda al mar? ¿Por qué en todas las playas del mundo, la gente siempre se pone de cara al mar? ¿Tienes alguna opinión sobre eso?

—Quizá —contestó Mike tras reflexionar—, Quizás el mar atrae a los hombres por la fuerza que de él se desprende, por a fuerza que promete y que mantiene. Atrae también porque cambia siempre de rostro para aquel que sabe contemplarlo.

Y cuando se le mira, uno tiene la impresión de ver algo imperecedero, más grande y más duradero que todo lo que hacen los hombres.

Mike se sentó para descubrir el horizonte. Nouhad, imitándole, se acurrucó entre sus brazos.

Y Mike pronunció lo que para él era una verdad incontrovertible.

—Me gusta el mar, Nouhad, porque es fuerte, eterno, más poderoso que los hombres. Y porque es limpio. Porque lava todas las suciedades y purifica todas las miserias.

La joven se apretó más contra él, contra su torso que había ido tostándose un poco más cada día, entre baño y baño.

—Has dicho, Mike, lo que yo esperaba oír decir del mar. Eres magnífico y yo te amo.

El la abrazó entre sus brazos musculosos, sin verla, porque

miraba al horizonte, y dijo, soñador:

—Una sola vez he visto a un ser volver la espalda al mar. Una sola vez. Era en la orilla del océano. Y ese ser era un perro. Un gran perro negro. Estaba muerto.

Mike sacudió dolorosamente la cabeza mientras Nouhad deslizaba hacia él su mirada de un negro brillante.

—Creo que había caído de un barco.

De un barco de pesca, pues era un perro vulgar. Era todo negro, incluso de patas, y la arena traída por el viento lo había sepultado en parte. Parecía dormir, como si fuera feliz al no tener que afrontar más la maldad de los hombres. Esa fue al menos la impresión que me produjo. Y con ese perro es la única vez que he visto a un ser volver la espalda al mar.

—Se la volvía porque estaba muerto. Un ser vivo no aparta sus ojos del mar.

Y mejilla contra mejilla, los dos admiraron el mar que extendía ante ellos potencia y su majestad, dispuesto a recibirlos, a acariciarlos, a lavarlos, a amarlos y a hacerlos sufrir.

Luego, abrazándose bruscamente a él, a sus brazos desnudos y lisos, Nouhad lanzó un grito, un grito de pasión que venía de lo más profundo de la creación del mundo.

—¡Oh, Mike, Mike! ¡Tómame! ¡Que encuentre mi ola! Nuestra ola. ¡Que descendamos de nuevo al fondo del mar!

El no pudo decir nada. Ella le tapaba la boca con su boca.

Sus cuerpos, una vez más, ahuecaron la arena.

18

La «*Vivir Libre*» había señalado el camino a la flotilla de barcas que ahora rodeaban a la *Gola*, la lancha torpedera que transportaba las mil cajas de cigarrillos. Esta vez las armas no aparecieron.

La noche era bastante oscura y, de lejos, hacía invisible al barco, lo cual tranquilizaba a los contrabandistas.

A la llamada de Tiburón, el nombre en clave de Mike, la *Gola* había abandonado la zona de seguridad para entrar en las aguas territoriales del Líbano. Lo mismo que la primera vez, fue en el último momento cuando Mike se enteró del lugar donde fondearía el navío. «Por prudencia y no por desconfianza», le había precisado el Gnomo. Y el alto americano no se había asombrado el encontrarse en el otro extremo de la bahía de Joulnié. No se había asombrado tampoco al ver aparecer a la flotilla de barcas, como surgidas de la nada. Ahora conocía las grutas de la banda. Y sabía también que los tripulantes de la flotilla ignoraban todo lo relativo al tráfico de droga. Ellos no eran más que pescadores nacidos con el contrabando en el biberón. O sea que para ellos nada más natural que ese tráfico. Mokrar, que los conocía a todos, era quien los reclutaba. Tenía confianza en ellos, en todo, menos en lo relativo a la droga. Solamente la gente embarcada en la *Vivir Libre* estaba al corriente: la Esfinge, el Gnomo, Mokrar, Mike, Boutros y Abdallah.

Apenas la *Vivir Libre* tocó contra el casco de la *Gola*, cayó una amarra. Rápido y preciso como un antiguo marino, la Esfinge la fijó a la barca y se encaramó por la corta escala que acababan de bajar. Trepó el primero, después de haber soltado el botón del estuche impermeable que llevaba al costado. El Gnomo le siguió. Mike se reunió con ellos en cubierta mientras Mokrar suspendía un grueso y pesado saco de la pluma que acababan de largarle.

Al ver a Mike, una amplia sonrisa iluminó el rudo rostro de Tom O'Bannion.

—Salud, viejo. Estoy contento de verte.

—¿Y Connie? ¿Y Louise?

La cuestión había surgido espontáneamente de la garganta de Mike, a su pesar.

—Las he visto y besado por ti —le tranquilizó Tom—. Tienen ganas de que vuelvas.

Mike se volvió hacia el Gnomo, que escuchaba la conversación mantenida en inglés.

—Se trata de mi mujer y de mi hija.

El hombrecillo siempre vestido de negro, hizo una seña para indicar que comprendía.

—Pero no perdamos el tiempo, señor Gibson. ¡Las mil cajas van a entretenernos mucho!

Mike dirigió su brazo hacia la penumbra donde se adivinaba la *Vivir Libre*.

—Iza el saco, Tom. La droga está dentro.

En las sombras, los ojos de Tom lanzaron un destello.

—¡Bravo, muchacho! —dijo entre dientes—. Buen trabajo.

Y en dirección a las siluetas que se recortaban en la noche, inclinadas sobre la regala de hierro, ordenó:

—Subid ese saco, muchachos. ¡Y aprisa!

Mike tocó el brazo del Gnomo.

—¿Permite usted que yo verifique antes de empezar a descargar? No me ha dado tiempo en tierra ya que la han traído en el último momento.

—Desde luego —dijo el Gnomo después de haberle consultado su opinión, en árabe, a la Esfinge, quien, inmóvil, permanecía adosado a la borda.

—¿Y que la pese? —añadió Mike.

Esbozó una sonrisa que el Gnomo adivinó.

—No es desconfianza sino prudencia. Usted debe comprenderlo.

El hombre aniñado le devolvió la sonrisa.

—Lo comprendo muy bien. Verifique.

Pero cuando los hombres terminaron de izar el pesado saco y lo depositaron junto a ellos, el Gnomo dijo:

—¿Señor Gibson?

Mike, cuya mirada se cruzaba con la de Tom, intercambiando un montón de cosas, se volvió hacia el Gnomo.

—¿Sí?

El Gnomo lanzó una tosecilla.

—Ya es hora de que le confiese la verdad, señor Gibson. Vacilaba en hacerlo, pero ahora, ya no hay otra opción.

Tosió de nuevo contra su puño cerrado, como hubiera hecho un hombre bien educado, y prosiguió:

—Tiene usted los 46 kilos de M. B. prometidos, lo mismo que los nueve kilos de heroína de fabricación libanesa, pero en cuanto se refiere a los seis kilos de cocaína Merck…

—¿Qué? —se encrespó Mike—. ¿Quiere decir que los seis kilos de cocaína faltan?

El Gnomo abrió sus pequeños brazos con un gesto de impotencia.

—¡Ay, no han llegado todavía! El cargo que los trae de Alemania ha tenido que capear un temporal y eso lo ha retrasado. Esperamos tener la mercancía antes de un par de días. Tendrá usted que disculparnos, señor Gibson.

—¡Pero usted debería haberme advertido en tierra! —se enfadó Mike.

—¿Para que usted rehusara el trato? —sonrió el Gnomo—. Hemos preferido ponerle ante el hecho consumado.

—¿Y si ahora no desembarcara las cajas?

El Gnomo se encogió de hombros.

—Eso sería ridículo. Toda la gente está preparada para descargar. ¿A qué tanto querer trastornarlo todo por seis desgraciados kilos de nieve?

—Seis desgraciados kilos que representan una fortuna —observó Mike.

—El señor Elias se la pagará en tierra, si no quiere usted esperar a que le entreguemos la droga. Usted tiene la palabra. ¿Qué decide usted, señor Gibson?

—Da la orden de descargar, Tom —dijo Mike a su colega—. Y verifica la droga. El saco debe contener 46 kilos de M. B. y nueve de heroína de mala calidad.

—No de mala calidad —se quejó el Gnomo con su voz suave—. Inferior a la obtenida en otros sitios, sí. Pero buena para consumir,

sin embargo.

Y una risilla lúgubre escapó de sus labios pálidos.

—¿Y cuándo me entregará los seis kilos de Merck? —cortó Mike.

—Dentro de dos días, en su hotel. Tiene usted nuestra palabra. Quizá no se la traiga yo mismo porque debo ausentarme, y no tema usted que la tendrá allí.

Se inclinó en la noche.

—Estamos demasiado satisfechos con sus servicios para ponernos a mal con usted, señor Gibson.

Y contrastando por su forma de vestir en medio de todos aquellos aventureros, fue a reunirse con la Esfinge, quien con una voz grasa y breve, lanzaba sus órdenes a la flotilla.

«¡¡Vaya —advirtió Mike—, es la segunda vez que le oigo la voz a ese crápula!»

Y descendió a su vez a la cabina de la tripulación donde Tom, ayudado por Georges, el colega de Chester, empezaba a verificar el contenido del saco.

Mike quiso hablarles, expresarles su alegría por verles de nuevo, mas se calló. Por lo alto de la escalera de hierro acababa de ver aparecer los bajos del pantalón de la Esfinge, seguido por los del Gnomo. Los dos terminaron de bajar y, sin decir una palabra, vigilaron a los tres agentes americanos. La mano de la Esfinge permanecía indolentemente apoyada en la funda impermeable, desabrochada, por donde emergía la culata de un pesado revólver. Y sus ojos extraños barrían la estancia y a los hombres de una forma inquietante. Tom se dio cuenta, pero fingió ignorarlo. Se volvió hacia Mike y le preguntó:

—¿Debo esperar fuera de las aguas territoriales a que me avises para volver en busca de los seis kilos de droga o me marcho?

—Vuelve a Tánger —le aconsejó Mike—. Tu cargamento es demasiado peligroso para rodar por aquí. Ya te enviaré un telegrama en clave para que vuelvan con otro cargamento de cigarrillos. ¿Porque supongo que trataremos otros negocios juntos, verdad, señor?

El Gnomo inclinó la cabeza.

—Contamos firmemente con ello, señor Gibson. Todo esto no es más que el principio. Suminístrenos cigarrillos y nosotros le proveeremos de droga. Tanta como usted desee.

Señalaba el enorme saco del cual George acababa de extraer los nueve kilos de heroína, empaquetada en unos saquitos de materia plástica, largos y muy planos.

—Vamos a inundarle con ese tipo de mercancía, señor Gibson. Y espero por usted que no se atasque en su colocación.

—No se inquiete usted —replicó Mike desviando los ojos para no ver el relumbre de rabia súbitamente encendido en la mirada de Tom—. Nosotros hemos colocado cantidades colosales de droga, ¿no es cierto, Tom?

—¡Y tanto! —aprobó su compañero con un gruñido.

Acababa de inclinarse sobre el saco que Georges mantenía abierto para que él fuera sacando los paquetes de M. B. Así, sin que los otros le oyeran, le dijo en voz baja, con violencia contenida.

—Los hijos de la gran puta…

—¡Cállate! —le susurró Georges pasándole un kilo de M. B. envuelto en papel oscuro—. Déjalo correr. Ya los atraparemos.

Tom alargó el brazo para dejar el paquete y al volverse sus ojos tropezaron con los de la Esfinge. Forzó una sonrisa y blandió el kilo de M. B.

—¡Buena calidad!

Pero la Esfinge permaneció de hielo. Su mirada iba del uno al otro, barriéndolo todo, inquietante, dura, implacable.

19

—El señor Elias —anunció Edwige por el interfono.

—Hágale pasar —ordenó la voz de Khalil el Ajamié.

Apoyado en su bastón, el hombre gordo, gigantesco en su traje blanco, penetró apresurado en el amplio escritorio de muebles de metal de un verde frío.

—Su llamada telefónica me ha sorprendido —manifestó Khalil tras los saludos de rigor—. ¿De qué se trata?

Sin ni siquiera sentarse sobre el sillón que le indicaban, el gordo agitó la carta que llevaba en la mano.

—La he recibido por avión. De Tánger. De un viejo amigo mío. Un hombre con el cual a hemos hecho muchos negocios de cigarrillos y divisas. Me ha advertido que un barco, el *Gola*, introducido de nuevo en el mercado mundial del contrabando, tiene a su bordo a un tal Tom O'Bannion, agente del Tesoro de las Aduanas del Estado de Nueva York.

Khalil, que vestía un traje de tussor de color crema, no pestañeó. Sobre el escritorio, sus dos aristocráticas manos no tuvieron ni un estremecimiento. El banquero precisó:

—Ese Tom O'Bannion ha sido reconocido por mi hombre, pues hace años se dejó arrestar en Nueva York por tráfico de drogas. Le siguió y así pudo enterarse de la posición que ocupa a bordo de la *Gola*, donde ejerce las funciones de piloto.

—¿Qué más? —preguntó Khalil.

—Que ese Bannion y Mike Gibson están muy unidos. El Gnomo, uno de mis hombres, del que le he hablado a veces, acaba de confirmármelo.

—Lo que equivale a decir...

—Que el tal Mike no lleve una camisa tan limpia como

suponíamos.

—¿Cómo va a comprobarlo?

—Tomo el avión dentro de una hora. Con la foto de Gibson, foto que hice reproducir de la de su carnet de prensa. Estaré de vuelta mañana.

—¿Qué piensa hacer?

—Enseñársela a mi amigo, pues él estuvo detenido durante veinticuatro horas en el 201 de Varick Street, dirección, como usted sabe, del servicio de las Aduanas del Estado de Nueva York. Quizás él viese entonces a Gibson.

—Quizá —respondió Khalil soñadoramente—. O quizá no. En todo caso, hace usted bien en actuar rápidamente. De cualquier modo, va a ser preciso eliminar a ese míster Gibson de nuestras relaciones. Cuento con usted, Elias. Avíseme en cuanto regrese. Pero que sus pesquisas sean negativas o no, será preciso, sin embargo, eliminar a Gibson. No podemos correr riesgos. Sobre todo puesto que él le conoce a usted, tengo entendido.

—Fue preciso que le viese para pagarle —le confirmó el banquero.

—Razón de más para que desaparezca. Que sea inocente o culpable no tiene ninguna importancia, puesto que de todas formas está en contacto con ese O'Bannion…

El gordo asintió.

—Esa es también mi opinión. Y si voy a Tánger es únicamente con el fin de obtener información suplementaria y ver las medidas a tomar para proteger nuestras operaciones. No podemos correr riesgos. Tan pronto esté de vuelta, le comunicaré los resultados.

Khalil se incorporó de su sillón y encendió un cigarrillo francés.

—Le doy las gracias, Elias. Pero, ya que está aquí, dígame otra cosa. ¿La Merck ha llegado al fin de Alemania?

—El cargo que transporta las máquinas de imprenta donde está oculta la droga llega esta noche. Dos de mis hombres, Boutros y Abdallah, se ocuparán mañana de recogerla, en cuanto abran el puerto franco.

Dos largos chorros de humo paralelos surgieron de las narices del hermano de Nouhad.

—Perfecto, Elias. Inútil es precisarle que no se la entregaremos a ese americano. No le retengo más. Hasta mañana.

El hombre gordo volvió a cubrirse con su chechia y dio media vuelta. El repiqueteo de su bastón resonó, ahogado, sobre la lujosa alfombra hasta llegar a la puerta acolchada.

—¡Elias!

El grueso banquero se volvió dócilmente. La entonación amistosa, dulzona, de Khalil el Ajamié le había sorprendido.

—¿Sí?

—Elias, me parece que usted se ha mostrado muy imprudente en lo que concierne a ese Gibson. ¿Qué piensa usted?

El hombre de confianza alzó sus voluminosos hombros.

—Todo el mundo puede acabar dejándose sorprender. En lo que concierne a ese tipo, nada hay todavía oficial.

Khalil se acercó a Elias, sonriente, seductor, elegante.

—Yo no puedo tolerar esa clase de error... Y usted debería comprenderme. De usted se puede remontar hasta mí... y eso sería fastidioso.

La mano del banquero se crispó sobre la empuñadura de oro de su bastón. Sus ojos centellearon.

—Yo no le denunciaré nunca. Y usted lo sabe.

Una sonrisa desdeñosa alzó el labio de Khalil.

—Oh, incluso aunque usted lo hiciera, eso apenas me molestaría. Nadie podría creerle. Yo ocupo una situación demasiado importante en el Líbano para que nada pueda conmoverme. Pero...

Su índice se dirigió amenazante sobre el pecho del hombre gordo.

—Yo no quiero conservar a mi lado a gente torpe. Y si se demuestra que Gibson no es lo que usted creyó, habrá dado usted prueba de una gran torpeza. Así que no le quedará más que una solución para hacérsela perdonar...

Sus ojos, repentinamente crueles, se clavaron en los dé! banquero y Elias se inquietó.

—¿Es decir?

Khalil hizo un amplio movimiento con su brazo izquierdo.

—Que en tal hipótesis, usted tendría la tarea de hacer desaparecer a todos los hombres que han estado en contacto con ese americano. A todos. Para que no quede ni un solo rastro de aquella torpeza. Para que ninguno pueda decir en Beirut que usted se ha equivocado. ¿Está claro?

El banquero asintió. Khalil añadió al tiempo que le abría la puerta:

—Pienso que posee usted la gente necesaria para hacer esa clase de limpieza.

—La poseo —confirmó el hombre gordo—. Todo será arreglado a mi regreso. Sin dificultad.

Khalil le saludó en árabe y dijo:

—Inch Allah. Y buen viaje.

La pesada puerta se cerró lentamente y el ruido amortiguado del bastón de Elias llegó hasta Khalil, quien, pensativamente, mordisqueaba su cigarrillo.

20

Reclinado sobre la mesa, Mike, que escribía a Connie, dejó de mover la pluma. Acercándose el portafotos, acarició con la mirada a los suyos. Comenzaba a echarlos a faltar. Y, a pesar de ello, se aprestaba a abandonar el Líbano. ¿Podría soportar el no tener más a Nouhad? No estaba seguro. Ella le había aportado tantas cosas, tantas cosas en las cuales él nunca había soñado, cosas en las cuales él nunca había creído. Y sin embargo... Todo lo que ellos habían conocido, ella y él, estaba tan lleno de sentimientos exaltantes y poderosos que a veces tenían miedo de vivir, como si temieran que el destino se vengara de ellos.

Desde' su aventura, Mike comprendía mejor a Fenner. Sabía ahora por qué el hombre no podía vivir en otra parte. El Oriente le había envenenado, con sus olores, su color, su cielo y su mar azul, sus calles, sus gritos, sus siestas húmedas y sus noches diamantinas. Y eso que Fenner no conocía a Nouhad. Al menos Mike no lo pensaba. Pero después de todo, quizás Fenner había encontrado una Nouhad a su medida. ¿No tiene cada hombre una Nouhad en su corazón?

El teléfono sonó largamente antes de que se decidiera a contestar.

—¿Diga? ¿Diga? —repitió sin abandonar con la mirada a los suyos.

Reconoció la voz del Gnomo.

—Ah, es usted. ¿Cómo? ¿Que no me hará la entrega en mi hotel, como convinimos? ¿La mercancía ha desembarcado en Trípoli en lugar de en Beirut? ¿Y que llega por carretera? ¿Qué prefiere que la recoja por el camino?

Movió la cabeza mientras su mano derecha rozaba

amorosamente el portafotos.

—Después de todo, tiene usted razón. ¿Dónde quiere usted que me haga cargo de ella? ¿Dónde? ¿Cómo?

Apretó la oreja porque la línea estaba llena de parásitos.

—¿Mokrar viene a recogerme? Bueno. De acuerdo, le espero. ¿Que usted se va de viaje, me dice? Pues muy bien, hasta pronto.

Colgó el aparato.

Al otro extremo del hilo el Gnomo hizo otro tanto.

Estaba en casa de Elias, en el fumadero a la orilla del mar.

—Listo. Espera que Mokrar le pase a buscar.

El banquero, que dos horas antes había desembarcado del avión de Tánger, suspiró.

—Voy a ir a casa de Mokrar con mi coche. La Esfinge me acompañará porque debo dejar aquí a mi guarda de corps. Usted no se entretenga. El Mercedes está cargado. No tiene más que salir hacia Europa. Los 20 kilos de heroína están en el coche.

El Gnomo saludó con una inclinación.

—Una pregunta más. Al avisar a Mokrar para decirle que vaya a buscar el americano, ¿hay que decirle la verdad o no?

El banquero agitó su bastón.

—Es inútil. Nosotros se lo diremos allí. De hecho, ¿tienes usted noticia de Boutros y de Abdallah?

El Gnomo, que acababa de ponerse sus guantes negros, separó sus cortos brazos.

—Todavía no. Pero sé que están en el puerto franco, en el tinglado donde están las máquinas impresoras. A estas horas deben estar desmontándolas para sacar la Merck.

El gordo le despidió con un gesto.

—Perfecto. Hasta pronto y buen viaje.

El Gnomo iba a alejarse y se volvió.

—Lo siento por el asunto del americano. Tal vez fue un poco culpa mía...

El banquero le tranquilizó con una palmada en el hombro.

—No se preocupe usted. Todo el mundo comete errores.

Y le dejó emprender la pendiente que llevaba a donde se aparcaban los coches. Al llegar allí el Gnomo, Elias se volvió hacia

su guarda de corps.

—Lo matarás cuando vuelva de su viaje.

El guarda, apoyado en la gruta sucia y negra donde se fumaba el hachís, se contentó con asentir mediante un movimiento de cabeza. Sobre sus pies desnudos y polvorientos las hormigas se ajetreaban en una misteriosa tarea, pero él nos las sentía. Su mirada sin pasión erraba sobre la espalda escuchimizada del Gnomo, como si buscase el punto donde…

Dejándole allí, su gordo jefe se dirigió hacia la Esfinge, que, sentado en una silla baja, fumaba un narguile mientras contemplaba el mar.

—Ven. Es la hora.

Y volviéndose al guarda de corps, que raramente dejaba de tener los ojos clavados en su amo, le dijo:

—Tú te quedas aquí. Verifica el hachís que traerán luego. Espérame. No tardaré mucho tiempo.

En señal de asentimiento, las pestañas del guarda batieron por encima de sus ojos muertos. Calmamente, la Esfinge lanzó una gruesa bocanada de humo extraído del narguile y se puso en pie. Luego, a pasos lentos, bajó también la rampa que conducía al aparcamiento. Antes de reunirse con él y mientras el motor del Mercedes del Gnomo que se iba petardeaba suavemente, Elias se volvió hacia su matón.

—Matarás también a la Esfinge. Esta noche le haré venir aquí. Solo.

Por segunda vez, las pestañas del hombre se agitaron por encima de sus ojos sin expresión. Tranquilo, Elias comenzó a su vez a descender la rampa. El sol se reflejaba sobre su hermoso traje blanco, haciéndolo parecer más limpio en medio de la tierra reseca, en medio de los detritus amontonados a derecha e izquierda del camino y de las inmundicias estancadas en la balsa.

Pero, más allá del banquero, a la izquierda, estaba el mar sobre el que se deslizaban las velas y donde todo era puro y bello.

En los alrededores de la bahía de Joulnié, todo estaba en calma, todo parecía dormitar bajo el calor, El aire era espeso, pesado, húmedo, y ninguna brisa lo agitaba. Las hojas retorcidas parecían

muertas de sed y los lagartos, por su parte, ni siquiera abandonaban el refugio ardiente de sus piedras. Sólo un paquebote que iba por la línea del horizonte, como una oca torpona, ponía un poco de animación en el decorado.

El motor silencioso del Chrysler del banquero perturbó la calma. Pero Fayraz, con sus sentidos afinados por su vida silenciosa y primitiva, adivinó la proximidad del auto y salió al violento sol. Iba como siempre, con los pies y los brazos desnudos, cubierta con un vestido coloreado cuyo ribete se deshilachaba. Sobre la tela nunca lavada, altos, sus senos apuntaban como dos índices amenazadores. Un cordelito estrangulaba su talle de pantera. En su tobillo izquierdo tintineaban unas campanillas de plata y otras iguales, más pequeñas, pendían dé sus orejas y tras éstas, la mata reluciente de sus cabellos negros le caía hasta los riñones.

La Esfinge inmovilizó el Chrysler cerca del cobertizo donde Mokrar guardaba su viejo Ford. El y el banquero bajaron del coche. Con las manos en las caderas, Fayraz dejó que se acercaran.

—Mokrar está ausente.

—Lo sabemos —dijo Elias quitándose la chechia para secarse la frente—. Pero no va a tardar en volver.

Paseó la mirada a su alrededor.

—¿Nos podemos sentar?

El brazo de Fayraz, color de oro empañado, señaló una especie de terraza, adosada a la casa, y cuyo techo estaba hecho de ramas y de juncos secos.

—Pueden ponerse allí, a no ser que prefieran esperar en casa.

—No, allí está bien —dijo el gordo dirigiéndose hacia la terraza acompañado del golpeteo de su bastón.

El y la Esfinge se sentaron sobre unas cajas puestas del revés, delante de una mesa rústica que el propio Mokrar había construido. Fayraz se quedó bajo el sol, blanco de los ojos relucientes de la Esfinge que la desnudaban.

Con un pañuelo tan blanco como su traje, el banquero se secó su cráneo de un rosa pálido.

—¿Puedes darnos algo de beber? Me gustaría también que te fueras y te llevaras a tus hijos. Lo que va a pasar aquí no es para ellos ni para ti.

Fayraz se movió y los rayos del sol, a sus espaldas, le dibujaron

las piernas nerviosas a través de la tela de su vestido. La Esfinge se pasó la lengua sobre sus gruesos labios y su mirada barredora tomó posesión del cuerpo ligero y duro.

Despreciando lo que ella leía de vicioso en los ojos turbios del hombre, Fayraz concentró su atención sobre el banquero.

—Los niños se han ido esta mañana con su balsa. Están al otro lado de la bahía, en casa de su abuelo.

—Bien —aprobó Elias guardando su pañuelo—. ¿Y tú? Me gustaría que tú te fueras también.

Los ojos de Fayraz lanzaron un destello.

Se erizó:

—¿Por qué? Si lo que ha de suceder concierne a Mokrar, me quedo. Yo soy la mujer de Mokrar.

—¡Eh, eh! —se rio la Esfinge saliendo de su eterno mutismo—. A mí me gustaría también que fueses la mujer de la Esfinge. Sólo por una hora.

Y alargando repentinamente una mano, se apoderó de uno de sus senos, vivo como un joven pájaro, cálido como una codorniz bajo la tela. El brazo dorado de Fayraz hendió el aire recalentado y con su mano derecha, contraída como la zarpa de un águila, arañó la mejilla de la Esfinge.

—¡Dios! —juró el hombre mientras levantaba su masa de carne dispuesta a la violencia—. ¡Condenada puta! Voy a joderte aquí, ahora mismo, sobre la arena.

Ella le desafió, palpitante, con los dientes dispuestos para el mordisco.

—Atrévete y te mato. Y si yo no te mato, lo hará Mokrar en cuanto lo sepa.

Elias hizo un gesto autoritario.

—Está bien, Esfinge. Guarda tu rabia para más tarde.

El hombre vaciló. Permaneció de pie un instante, barriendo a la mujer que no le temía, con sus ojos de demonio. Bajo la camiseta manchada de grasa, cubriendo su cuerpo tatuado, su mano a la altura de la cintura palpaba la funda charolada de la pistola. Después, se sentó sin ni siquiera pasarse los dedos por la mejilla, de donde la sangre caía suavemente para perderse en el mentón erizado de barba.

Un relumbre de orgullo fulguró en los ojos de Fayraz. Ella se

volvió lentamente hacia el banquero.

—Puedo darte cerveza. Hay siempre al fresco envueltas en sacos húmedos.

—Tráela —aceptó el hombre mientras lanzaba a la Esfinge una mirada descontenta—. Y desaparece en seguida.

—Sólo Mokrar me da órdenes —se encrespó Fayraz haciendo una pirueta sobre sus pies desnudos y oscuros, oscuros de piel y de roña.

Entró en la casa bajo la cual, bastante lejos, dormía la *Vivir Libre* varada en la arena. Pero el ruido familiar del viejo motor del Ford la hizo volver. Dio media vuelta y salió al encuentro de Mokrar, el cual aparcaba el coche en su rústico cobertizo.

—La Esfinge y el banquero están aquí —le advirtió—. Te esperan. Y quieren que yo me vaya. Parece que hay cosas que yo no debo ver.

Mokrar, que saltaba de su asiento, encogió sus sólidos hombros.

—No veo por qué tendrías que irte. Quédate. Nadie más que Mokrar manda a su mujer.

Y como Mike llegaba a su lado, le hizo una seña para que le siguiera.

El americano llevaba su blue-jeans y sus alpargatas, su sombrero de lona azul en la cabeza y el torso moldeado en una camiseta de mangas cortas que serraban sus bíceps. Tranquilo al saber que Mokrar había ido a buscarle para llevarle a recoger los seis kilos de la Merck, había dejado su 38 especial en el hotel.

—¿Qué tal, señor Gibson? —le lanzó en inglés el banquero en cuanto apercibió a Mike—. Me alegra verle.

Se había puesto en pie y la Esfinge le imitaba al tiempo que con un gesto discreto soltaba el botón de su pistolera.

Mike captó el gesto, y no pestañeó. Intentó adivinar. Elias se volvió hacia Mokrar y le ordenó en árabe:

—Aleja a tu mujer. Lo que va a pasar aquí no es para ella.

—Mi mujer es mi mujer —dijo el pescador que, por su parte, también intentaba comprender—. Ella se queda a mi lado. Está acostumbrada a verlo todo.

Y volviendo el cuello, añadió dirigiéndose a aquella que algunos

metros más allá le miraba con los brazos cruzados bajo su orgulloso pecho.

—Quédate, mujer.

Y volviéndose hacia el banquero:

—¿Qué es eso que mi mujer no debe ver?

Elias alzó su mano ensortijada para hacerle callar y se dirigió a Mike.

—Y bien, señor Gibson...

Su tono era burlón y sonreía ampliamente.

—¿El nombre de Tom O'Bannion no le dice nada?

Se incorporaba, macizo, amenazador, con la mano izquierda apoyada en el bastón y la derecha metida en el bolsillo de su chaqueta inmaculada.

Mike no pestañeó. Pero los músculos de su vientre se anudaron. Con un gesto instintivo, su mano bajó hacia su cintura, hacia el lugar donde debía haberse encontrado su 38. Ante él, Elias lanzó una carcajada burlona.

—No intente tal gesto, señor Gibson. No tendría tiempo de consumarlo.

Con el mentón señalaba el puño de la Esfinge, donde le apuntaba ya el cañón negro y brillante de una pesada pistola de guerra.

—Usted no ha contestado a mi pregunta, señor Gibson. ¿De veras que ese nombre de O'Bannion no le recuerda nada?

—No comprendo nada de su pregunta —le contesto Mike con la boca seca.

Un alegre reflejo brilló en los ojos del banquero.

—¿De veras? ¿Tal vez el nombre de Coppolano le es más familiar?

Esta vez, el dolor sordo que atenazaba el vientre de Mike se hizo agudo, hasta el punto de provocarle una mueca. Una gruesa risa sacudió al banquero.

—Vaya, vaya. Ya veo que ese nombre no debe serle del todo desconocido... ¿No es verdad, señor... Coppolano? Mike Coppolano. Del 201 de Varick Street de Nueva York.

Elias se rió más fuerte mientras que un sudor fino y abundante perleaba la frente de Mike bajo el sombrero de lona azul. Y entre dos hipidos de una alegría un poco forzada, Elias prosiguió:

—El mundo es muy pequeño, señor Coppolano. Ha bastado una nadería, un azar, para que todo se derrumbe.

Y con las facciones repentinamente tiesas, duras y frías:

—Su camarada O'Bannion ha sido reconocido en Tánger por un hombre al que él metió en la cárcel. Lo demás se ha encadenado de la forma más simple del mundo.

La sonrisa reapareció en su cara.

—Nos advirtieron de ese caso insólito… Un agente de las Aduanas americanas, especialista en drogas, se convierte en traficante de cigarrillos. Viajé hasta Tánger para convencerme. Y me llevé un recuerdo…

La mano ensortijada surgió del bolsillo del traje blanco y ante Mike apareció su foto: una reproducción no muy buena, dicho sea de paso.

—Le enseñé esta foto al hombre que había reconocido a su colega O'Bannion. Pensé que quizás él también le viese a usted por las dependencias del 201 de Varick Street.

Volvió a guardar la foto.

—Nunca le vio allí. Pero…

Una risa grasienta, densa de crueldad, se lanzó al asalto del cielo puro.

—Pero ese hombre le ha reconocido, señor Gibson. Porque, parece ser, usted es una especie de celebridad en su profesión y los periódicos han reproducido a menudo su fotografía.

La risa se apagó como la llama de una candela con un soplido.

—El retrato de Mike Coppolano, el as de los ases, el terror de los traficantes de droga. Bravo y felicitaciones, señor Gibson. Oh, excúseme. Quería decir señor Coppolano. Y crea que me siento muy honrado de haberle conocido.

De golpe, el banquero volvió su enorme mole hacia el pescador de la bahía, al lado del cual estaba su mujer. Lo llamó segando el aire con su mano.

—¡Mokrar!

Todas las miradas convergieron sobre el asesino. El gesto, la voz del banquero, no necesitaban ilustrarse con un dibujo. Mokrar, a quien Fayraz se lo había traducido casi todo, se pasó el brazo tras la espalda, con el movimiento que le era tan familiar… La terrible hoja corta de su puñal brilló al sol. Elias aprobó con una delgada sonrisa

la belleza y la rapidez del reflejo.

Mike movió los ojos, como buscando una salida por donde escapar.

—Es inútil —le advirtió el banquero—. La Esfinge le tiraría como a un conejo.

Señalaba al hombre que mantenía la pistola a la altura de sus caderas, dispuesto a disparar.

—Y si no lo hace ya, no es a causa precisamente del ruido, sino porque no queremos privar a Mokrar del placer de matarle, ni tampoco del mío, que es verle sufrir un poco. Porque, reconozca usted que tenemos derecho a divertirnos un poco, después de habernos engañado hasta tal punto...

Rio cruelmente, con sadismo, aunque sus ojos permanecieron helados.

—Una bala llega pronto. Y es poco dolorosa. Mientras que una hoja que le lama la garganta... que brille ante sus ojos... y que, sin remisión, va a degollarle... Confiese usted que merece algo escogido, señor Gibson-Coppolano. Que incluso merece algo peor. Pero, ay, desgraciadamente, no tenemos más tiempo que dedicarle a usted... ¡Mokrar!

De nuevo su mano ensortijada acababa de segar el vacío con un gesto seco, despiadado.

El asesino se puso en acción, avanzando lentamente hacia Mike. Concentrado en sí mismo, sus ojos relucían de excitación y sus fosas nasales se abrían y se cerraban como si ya husmeasen la sangre.

Mike cruzó su mirada con la de Mokrar. Y no pudo leer en ella otra cosa que la alegría de matar. No podía permanecer inactivo, dejarse degollar como un cerdo, sin reaccionar. Pero ver acercarse a Mokrar le paralizaba, le daba miedo. La hoja curvada, afilada para destruir, le bloqueaba los reflejos. El frío del acero actúa así sobre la mayoría de la gente. Frente a un arma de fuego se puede saltar, jugarse el todo por el todo. Frente a un arma blanca, frente a un arma hipnotizadora como una serpiente, fría como la muerte, desprovista de alma... A su pesar, Mike retrocedió. Y Mokrar continuó avanzando. Y todos los orientales dejaron escapar su placer al ver al hombre de Occidente mostrar su miedo frente al arma que, para ellos, era la más noble de las armas.

La Esfinge babeaba de gozo y Elias era sacudido por una risa

interminable. Hasta la propia Fayraz no quitaba sus ojos de la hoja que centelleaba al sol.

«¡Dios mío! Es preciso que me serene y que me lance. Tengo que... Pero Mokrar... yo hubiera creído que. . El pan y la sal, la sal y el pan... sus hijos a los que ayudé a salvar... Y no es más que un cerdo, un cerdo de estercolero, un mentiroso oriental...»

Se sacudió el miedo de golpe y apretó los puños y los dientes, tenso sobre las piernas. Allá penas si la Esfinge disparaba.

Iba a intentar desarmarlo. Luego trataría de alcanzar la carretera para evitarle a su garganta el entrar en contacto con la hoja helada del puñal. Apenas había una posibilidad de conseguirlo, pero si no lo intentaba estaba definitivamente perdido. Iniciaba ya su salto cuando un largo suspiro le vació los pulmones y su corazón se puso a vivir de nuevo.

En un relámpago, Mokrar le había alertado con sus ojos y, casi al mismo tiempo, saltaba por detrás de la Esfinge. Su mano izquierda surgió como el rayo, agarrando la pelambrera gris del hombre. Mokrar tiró hacia atrás. Ferozmente, con una rodilla clavada en los riñones de la Esfinge. Este intentó levantar su pistola, pero el brazo derecho de Mokrar describió un semicírculo. Y el acero brilló, venenoso como toda la maldad del mundo, y cortó la garganta de la Esfinge. De un solo tajo.

Por encima de la manzana de Adán. Allí donde la carne es más tierna, como si se clavara en un bol de mantequilla rancia. Y un inmenso chorro púrpura, cálido y de olor fuerte, se alzó hacia el cielo como para pintarlo de rojo, antes de caer en forma de millares de gotas inmediatamente absorbidas por la arena ardiente.

—¡Mokrar! —gritó el banquero, que acababa de sacar de su chaqueta blanca una pequeña Browning—. ¡Mokrar!

Apretó el gatillo. Tres veces. En dirección a Mokrar, que estaba de perfil a su tiro. El pescador soltó a la Esfinge, que se desplomó soltando su pistola en la arena. Y Mokrar se volvió resueltamente hacia la Browning del banquero.

—¡Hijo de puta de Mokrar! —gritó el gordo avanzando para mejor alcanzar al pescador.

Pero no pudo apretar por cuarta vez el gatillo. Una bestia nerviosa acababa de saltarle sobre el brazo y unas aceradas mandíbulas, despiadadas, le mordían su mano armada. Quiso

desembarazarse del cuerpo ligero como una liana, y que olía a mujer y a fiera, pero ya otro cuerpo caía sobre él, lo hacía vacilar, le golpeaba y lo lanzaba al suelo.

Golpeado en el mentón por un derechazo, doblado por el golpe recibido antes en el hígado con una rabia insensata, el gordo banquero quedó inanimado, con una pierna del pantalón arremangada sobre un calcetín de un blanco impecable. Y junto a él, Fayraz, que no le había soltado, se incorporó lentamente. Su mano de uñas duras estaba crispada sobre la Browning. Mike se la quitó y, ayudándole a ponerse de pie, le dijo en inglés:

—Está bien. Ya tiene lo suyo. Gracias por haber intervenido.

Ella no le respondió. Acababa de descubrir a Mokrar, quien se derrumbaba lentamente, como a cámara lenta. Y Fayraz dio un salto, gritó, los ojos cargados de odio y de miedo.

—¡Mokrar!

El pescador se sujetaba el pecho, por donde habían entrado de refilón dos de las balas del banquero, y por cuyos impactos se le iba la vida.

—No grites, mujer. Ni los gritos ni las lágrimas devuelven la vida a los hombres.

—Voy a decirle al americano que te lleve aprisa al doctor —le dijo arrodillándose a su lado.

Fayraz le sujetaba por la camisa desabotonada para evitar que él cayera del todo. Pero Mokrar era pesado y poderoso. Estaba a punto de derrumbarse. Entonces, acopiando su energía, ayudado por su mujer, que entendía lo que él deseaba, retrocedió lentamente arrastrando las nalgas hasta que su espalda encontró el sostén de uno de los montantes de la terraza. Tuvo que recuperar el aliento antes de poder hablar.

—Es inútil hablar del doctor, mujer. Voy a dejaros, a ti y a los chicos...

Su sangre resbalaba entre sus dedos, dejando surcos sobre la camisa y terminando su resbalar en el cinturón de cuero, por donde se iba escampando. Después, reemprendiendo su camino, se deslizaba hasta las piernas enormes y sólidas que subrayaban la tela del pantalón, subido hasta las pantorrillas.

—¡Oh, Mokrar! ¿Es verdad que vas a abandonarnos?

El pescador sonrió con sus ojos dulces y oscuros.

—Es Alá quien lo decide, mujer. Mi hora ha llegado. La siento. Lo sé. Pero antes...

Se había debilitado con la última frase. Fayraz se inclinó para oírle mejor.

—¿Pero antes?

—Quisiera que le pidieras un favor al americano.

Sus ojos se dirigieron suplicantes a los de Mike, que acababa de arrodillarse también a su lado.

Fayraz tradujo.

—Quiere pedirte un favor.

—Haré todo lo que pueda por él —respondió Gibson, asombrado al sentirse conmovido por aquel asesino primitivo.

Mokrar habló. Y Fayraz le escuchó con respeto. Y a medida de que su macho hablaba, un asombro infinito se extendía sobre su cruel y bello rostro. Luego ella tradujo y en su mirada extraña bailaba una luz pura, infantil.

—Mokrar pide que tú le lleves al mar abierto con la *Vivir Libre*. Pide que le arrojes a los peces que son sus amigos y a los que él siempre ha amado. Y él quiere que yo te ayude a hacerlo.

Mike sondeó con sus ojos los del pescador, a los cuales la muerte ya comenzaba a empañar. Los sondeó largo tiempo y, al fin, dijo con voz turbada:

—Pero eso no es posible. No se puede arrojar un cuerpo al mar. Habrá que advertir a la Policía de lo sucedido. Y ellos querrán enterrarlo. Y en un cementerio musulmán, puesto que él es musulmán.

Esta vez Fayraz no tuvo que traducir sus palabras. Viendo la cara de Mike, Mokrar comprendió que su hermano se zafaba. Crispando su mano pegajosa de sangre sobre su pecho, habló y Fayraz repitió en seguida sus palabras sin quitarle su mirada de encima.

—Mokrar dice que tú eres su hermano. Que habéis compartido el pan y la sal. Y se asombra de que tú ya lo hayas olvidado.

Y volviéndose rabiosamente hacia Mike, sus ojos lanzaron un relámpago.

—El no lo ha olvidado. Si antes hubiese escuchado a los otros, te habría matado.

Y ahora él viviría.

—Pero… —balbució Mike viendo cómo el moribundo le tendía su mano ensangrentada.

Se la cogió suavemente. Y la estrechó apenas, temiendo hacerle daño. Pero el pescador también se la estrechaba. Duramente. Con un apretón de hombre. Y, repentinamente, todo lo que la vida, todo lo que la civilización había inculcado a Mike, se desvaneció. Reencontró en sí los instintos, la violencia, el inconformismo de sus lejanos antepasados. Y una luminosa sonrisa inundó su cara.

—Dile que iré a arrojarle al mar cuando esté muerto. Dile que le comprendo. Y dile que me siento orgulloso de ser su hermano. Orgulloso y honrado.

Había hablado sin separar su mirada de la mirada del asesino y vio cómo éste sonreía a su vez, feliz, serenado.

Y cuando la mujer hubo traducido, Mike añadió:

—Dile igualmente que pronto voy a abandonar vuestro bello país. Pero que os protegeré según mis medios, a ti y a tus hijos. Tradúceselo.

Cuando Fayraz hubo terminado, una infinita felicidad se extendió sobre los rasgos de Mokrar y su mano pegajosa de sangre apretó con virilidad la del mocetón. Después cerró los párpados y Mike creyó que su vida se había apagado. Pero no. Después de un largo silencio, el pescador los alzó de nuevo y dijo con voz débil estas palabras, en seguida repetidas por Fayraz:

—Mokrar te da las gracias por todo.

Y te aconseja hagas hablar al banquero puesto que lo tienes en tus manos. Porque él conoce al gran jefe que tú buscas. Mokrar dice que si tú sabes hacerlo, el banquero quizás hable.

—Sí, ¿pero cómo? —respondió Mike, devuelto de pronto a las dificultades de su investigación—. ¿Tiene él alguna idea?

Lacónica, la respuesta le llegó por boca de Fayraz.

—Tortura.

Mike se estremeció. Fayraz habló mientras Mokrar se moría ante ellos y su cuerpo se desplomaba al fin.

—Si tú no tienes valor, déjamelo a mí. Mokrar quiere que tú tengas ese nombre.

Y yo te lo conseguiré.

—Pero… Yo no sé si…

Viendo cómo ella se incorporaba después de lanzar una mirada

extraña al cuerpo de su macho, Mike la retuvo, intentando explicarle.

—No se puede torturar a un hombre. Eso no...

Ella rechazó su argumento con un gesto brusco y, agachándose, recogió el puñal que brillaba en la arena. Asegurándolo en su mano fina y nerviosa, caminó, resuelta, hacia el banquero cuya masa blanca aplastaba la arena de oro.

Al llegar a su lado, tiró del lazo del cordel que ceñía su talle y lo dejó caer a sus pies. Luego, rápida, sabia en nudos marineros, le ató los puños por delante, con rudeza. Dolorido, el gordo pareció volver en sí y suspiró. Pero no abrió los ojos. Salvajemente, con los resplandecientes dientes al descubierto por el rictus de sus labios, Fayraz le apuñaló en el músculo de la pierna. E inmediatamente un hilo de sangre se extendió sobre el blanco pantalón.

—Despiértate —gruñó en su inglés primario—. Despiértate y escucha.

Y su mano armada revolvió de nuevo en la carne grasienta. Elias lanzó un grito y, como impulsado por un resorte, se sentó. Quiso mover los brazos e hizo una mueca al descubrirse atado. Distinguió primero a Mike, que le dominaba, antes de apercibir las facciones convulsas de odio de Fayraz.

—Suéltame, mujer. Si no tú sabes que yo me vengaré. Si me sueltas, tendrás una fortuna. Pregúntale a Mokrar si yo he mentido alguna vez.

—¡Mokrar! —lanzó ella con un eructo de furor—. El no podrá contestar más. Tú le has matado. Y si no quieres que yo te mate a mi vez, tendrás que hablar.

Y acercó su rostro inflamado por la rabia hasta tocar casi la faz lívida del banquero.

—Y vas a decirme quién es tu jefe. El que dirige a distancia los grandes tráficos de drogas y de cigarrillos. ¡Habla! Y yo olvidaré quizás que has matado a Mokrar.

Elias probó de soltarse. El cordel resistía y él no consiguió sino hacerlo penetrar más en su carne. Luego, pese al dolor que le quemaba la pierna, esbozó una sonrisa.

—Guarda tus amenazas. No me impresionan. Y suéltame o si

no…

—Tú vas a hablar —se empeñó Fayraz con una voz sorda que le salía del vientre—. Vas a hablar porque Mokrar lo quería.

—Basta, mujer. Suéltame —repitió el gordo—. ¿Qué espera para decirle que me suelte? —añadió volviendo su cuello grueso y sanguíneo hacia Mike—. Puesto que es usted policía, cumpla con su deber. Llévеme de aquí. Y que ella me suelte.

—Responda primero a su pregunta. Diga el nombre de quien le dirige.

El coloso se encogió de hombros.

—Olvídese de sus infantilismos. Yo no hablaré más que en presencia de un abogado. Y ahora ordene a esta mujer que me suelte las manos.

—El nombre primero —repitió Mike, excitado por el pensamiento de que podía averiguar el nombre del gran jefe—. El nombre y yo mismo le suelto y le llevo de urgencia a hacerle curar.

Le señaló al pantalón, donde se extendía ya una enorme mancha roja.

—Apresúrese. Ya es hora de parar la hemorragia.

—Anda, habla —suspiró Fayraz con un tono súbitamente fatigado, sin pasión.

Hubiera podido creerse que todo aquello la cansaba, que no le concernía. Renovó sin embargo su orden.

—Habla. Tienes diez segundos. Si no hablas te arranco un ojo.

El gordo la escrutó. Y lo que vio sobre su cara triangular de fiera salvaje, le hizo estremecer. Intentó retroceder y no lo consiguió porque su peso le hundía profundamente en la arena. Suplicó a Mike, alcanzo sus manos atadas, las cuales empezaban a ponerse violáceas.

—¡No le deje hacer eso! ¡Ella es capaz! ¡No olvide lo que es usted! ¡Impídaselo!

Mike vaciló. El sudor le perleaba todo su cuerpo y, bruscamente, tenía frío. Al fin, dijo, arrastrado por la pasión de su oficio.

—El nombre. Y le dejaré en paz en todo lo que me concierne. No intervendré. Será el capitán Anizé quien decida, incluso en lo que se refiere a la muerte de Mokrar. ¿Qué me dice?

—¡Nunca! —gruñó el coloso con un último sobresalto de orgullo—. Yo nunca le…

Sus palabras se transformaron en un alarido. Como el que lanza un animal cuando lo degüellan. De un golpe, de un solo golpe, el arma terrible, en el puño de Fayraz que no había temblado, acababa de clavarse en la esquina y hacía saltar el ojo fuera de su órbita.

Un instante después, unos filamentos sanguinolentos retenían el ojo, colgando blandamente sobre la mejilla del banquero.

El estómago de Mike le subió a la boca. Vomitó, a grandes golpes. Luego se volvió hacia la mujer, gritando:

—¡Basta, especie de loca! ¡Basta!

—El nombre —repitió Fayraz, como si para ella ya nada existiera—. El nombre. Es Mokrar quien lo ha pedido.

Mike, que comenzaba a sujetarla por las muñecas, la soltó al oír el nombre de Mokrar. Y al mismo tiempo acudieron a su imaginación los millares y millares de drogados destruidos para siempre, los hogares deshechos, la juventud podrida, pervertida, toda la esperanza perdida. Y lanzó un sordo juramento al acordarse que hasta su propia madre había muerto por haber abusado de los estupefacientes.

Y gruñó a su vez, rabioso, obstinado, no queriendo conocer otra cosa.

—¡El nombre! ¡El nombre del que le dirige!

Aterrado, pero todavía lúcido, el banquero vio, con el ojo que le quedaba, brillar a la afilada hoja, solapada y malvada, más peligrosa que nada en el mundo porque ella iba a quitarle la luz. Y se rindió con un grito, aterrorizado por el pensamiento de ser un ciego:

—¡El Ajamié! ¡Khalil el Ajamié! ¡El emir del palacio Ajamié!

Toneladas de hielo se abatieron sobre los hombros de Mike. Luego cerró los ojos. No podía más. Tenía prisa por huir, por abandonar ese país. Quería ver de nuevo a los suyos, gozar de la frescura de su hogar, oír las risas de su hija, ver los dientes blancos de Connie, sentir su cuerpo fresco, respirar su bondad.

Gritó:

—¡Basta!

Pero su grito fue dominado. Ahogado por un grito más poderoso, más inhumano. Mike, que sentía su cerebro estallar, abrió los ojos. Mudo de horror, advirtió cómo Fayraz había clavado el cuchillo en el vientre del banquero. Hasta la guarda. Y vio cómo, agarrada a la

empuñadura, lo revolvía, suavemente, con las pupilas brillando, las mandíbulas contraídas.

—Pero...

La voz de Mike se hizo suplicante, sin siquiera él darse cuenta:

—Ha dicho el nombre. Se le había prometido que...

—¿Qué importa una promesa? —replicó ferozmente Fayraz, removiendo todavía el arma asesina en las carnes que se abrían—. El ha matado a Mokrar. El debe morir.

Y, pacientemente, empujando el puñal, rebañando y rebañando con él, despreocupada de la sangre cálida que le chorreaba por el brazo.

Y siguió hasta el fin, hasta que el hombre atado expiró con un terrible hipido.

Entonces, vengada, se arrastró palpitante hasta el cadáver de Mokrar.

Y allí, Fayraz comenzó a espantar a manotazos a las moscas que se habían aglutinado en el borde de las heridas de su hombre.

21

El Capitán Anizé, Mike y Fenner se habían citado en el despacho de este último, a las nueve y media de la mañana. Cuando Mike llegó a la Embajada, los otros dos discutían ya alrededor de una jarra de humeante café, puesta sobre el rayado escritorio. El agente de Aduanas se sirvió una taza. La bebió de un " trago, después de haber soplado sobre ella, y dijo, escrutando a los dos hombres:

—Entonces, ¿qué han decidido en cuanto le concierne a el Ajamié?

Mike permanecía de pie en la semipenumbra que daban las persianas bajadas en sus tres cuartas partes. El cansancio marcaba sus rasgos, pero el traje azul petróleo, recién planchado, le sentaba bien.

El capitán, que tres días antes había sido nombrado Inspector General de las Aduanas libanesas, el puesto más importante de su carrera, vestía de civil, como siempre. Hizo una mueca.

—Creo que no podremos actuar contra el emir. No hay pruebas en su contra. E incluso si las hubiera...

El mentón voluntarioso de Mike se endureció, amenazante. Sus ojos azules, del mismo tono que su traje, viraron a un gris colérico. En la taza, los nudillos de sus dedos palidecieron.

—Pero yo sé... Nosotros sabemos que ese tipo es el caíd de la droga. Y sin ninguna duda el más grande caíd del Próximo y del Medio Oriente.

Fenner, que tenía los pies sobre su escritorio y contemplaba sus zapatos mal lustrados, suspiró:

—De acuerdo, Mike. Nosotros lo sabemos. En fin, sabemos que usted tuvo la confirmación. Pero, ¿qué más? Usted no ignora que para inculpar a un tipo de tráfico de drogas necesitamos un delito

caracterizado. ¿Y qué tiene usted? Su testimonio nada más. Y eso no puede funcionar, Mike.

—¡En nombre de Dios! Ese tipo es responsable de un montón de gente. Dirige, de lejos, y yo lo sé, el más grande tráfico de droga de la zona y…

—Y usted nunca lo capturará con un gramo de droga encima —le cortó el capitán—. Así que nunca podrá inculparlo. Y en cuanto a los testigos de cargo, pienso que quien le denunció al emir como el jefe de la banda, el banquero Elias, está muerto.

—Y los otros ni siquiera conocen al emir —remachó el pelirrojo exhibiendo un pañuelo para secarse el sudor—. Nunca han tenido contacto con él. Solamente ese Elias…

Los dientes de Mike rechinaron.

—¿Así que no van a hacer nada contra ese cerdo? Y él podrá reemprender sus actividades en cuanto haya encontrado a otro Elias. ¡Y el Narcotic Bureau y las Aduanas libaneses se encogen de hombros!

Fenner levantó la mano.

—Vamos, Mike.

El mocetón, que admiraba al capitán por su intransigencia y su probidad, se volvió hacia él.

—Lo siento, capitán. No quería decir eso.

—Comprendo su rabia y créame que la comparto. Pero, ay, no se puede hacer nada contra ese hombre.

—¿Ni siquiera si lo cogiéramos en flagrante delito?

—Ni siquiera así —sancionó el capitán—. Esa clase de hombres son demasiado ricos, demasiado poderosos, y poseen demasiadas relaciones en la cumbre. Acuérdese usted, también, de lo que le conté cuando llegó…

Las cejas de Mike se fruncieron.

—¿Los cuatro días de prisión que le infligieron por haber atacado a una personalidad?

El capitán hizo un gesto de aprobación.

—Y la personalidad en cuestión era verdaderamente culpable. Desgraciadamente…

Barrió la habitación con un brazo desdeñoso.

—…las leyes de los hombres nunca son iguales para todos. En ningún país. En ninguna circunstancia.

—¿Entonces nunca podremos arrestar a ese Ajamié? —gruñó Mike, descorazonado—. Y él podrá continuar pudriendo cuantos hogares quiera, destruyendo la salud de la gente, vertiendo sangre.

El capitán volvió a coger la taza que humeaba frente a él, en un rincón del escritorio.

—Nunca podemos jurar que algo no sucederá. Ouizás a la larga... Inch Allah!

—¡Y Chester nunca será vengado! —gruñó Mike dirigiéndose al pelirrojo—. Porque es ese cerdo de el Ajamié el que lo ha matado. O mejor dicho es él quien es responsable de su muerte, lo cual es peor. Por momentos, me da asco ser policía.

Fenner, que comenzaba a sudar seriamente, cogió una hoja del informe que estaba preparando y se abanicó con ella.

—No se haga mala sangre, Mike. Ha hecho usted un buen trabajo. Un condenado buen trabajo, incluso. Es lo que comentábamos con el capitán antes de que usted llegara.

—Exacto —dijo Anizé—. El gang ha quedado deshecho.

El pelirrojo blandió su hoja de papel.

—Boutros y Abdallah han sido arrestados ayer, en el momento en que en un tinglado del puerto franco se ocupaban de desmontar una máquina de imprenta trucada, desembarcada ayer mismo.

—Y donde habían ocultos 14 kilos de cocaína Merck, escondido en tubos arreglados con esta intención.

Era el capitán quien acababa de dar la precisión. Mike le lanzó una mirada y luego volvió a concentrar su atención sobre el pelirrojo, que agitaba otra vez su hoja.

—El Gnomo, igualmente, fue arrestado ayer, por mis hombres en la frontera turco-siria, cerca de Antakieh, al volante de un Mercedes.

—Que transportaba, en un respaldo basculante, 20 kilos de heroína fabricada aquí —encadenó Anizé.

—Sin contar la caravana en ruta hacia Egipto, que interceptamos después de dar las órdenes oportunas —siguió Fenner—. No olvidemos tampoco al piloto de un avión que otro de nuestros muchachos ha entregado a las autoridades jordanas.

—En una palabra, hemos aprehendido kilos y kilos de droga y capturado a docenas y docenas de detallistas, revendedores, mayoristas y semimayoristas —resumió el capitán—. Y esto gracias

a usted, amigo mío —añadió el capitán sonriendo a Mike—. Fenner tiene razón. Ha hecho usted un excelente trabajo. Yo le escribiré al respecto al señor Marshall, al 201 de Varick Street. Por otra parte, debo señalarle que, según la estimación de la droga aprehendida, hay una gruesa prima en candelero. Y ella le pertenece a usted.

Mike, que encendía un Camel, alzó la frente.

—No a mí, capitán. Yo soy policía y...

Se interrumpió de repente, frunció las cejas y, pensativo, preguntó:

—¿Dice que esa prima me corresponde a mí?

—Y le forzará para que la acepte —sonrió Anizé.

—¿Y tengo realmente derecho a disponer de ella?

Miró alternativamente a los dos hombres, aspiró el humo de su cigarrillo y dijo con viveza:

—Pues pido que le sea pagada a Fayraz, la mujer de Mokrar, el pescador de la bahía de Joulnié.

Fenner pestañeó, escrutó a su joven colega, pero no dijo nada. En cuanto al capitán, él lo sabía. Aceptó con un gesto.

—Se la pagaremos a ella, señor Gibson. Oh, perdón, señor Coppolano.

Y en sus ojos severos plantados sobre Mike, había estima y amistad. Porque él sabía cuanto concernía a Mokrar. La víspera por la noche, Mike se lo había contado todo: la matanza, el cuerpo de Mokrar llevado a mar abierto y sumergido tal como él había deseado. A estas horas el pescador debía flotar en el mar que él tanto había amado. Flotar libremente, como un hombre libre, sin ligaduras ni pesos atados a su cuerpo. Y con un poco de suerte, ningún barco lo descubriría y la carne de Mokrar se descompondría, caería lentamente al fondo hasta llegar a sus amigos los peces y, quizás, quién sabe, hasta su amigo Libertad, el gran salmonete de la bahía de Joulnié.

Mike no quiso contarle aquello a Fenner. Fenner no habría comprendido. El pelirrojo era un hombre de Occidente, con su educación, con su conformismo ante la muerte, etcétera. Mientras que el capitán no se había escandalizado ante el hecho de que Mike cumpliera la voluntad de Mokrar. El comprendía estas cosas: era

como el pescador, de otra raza, de otro temple. Pero si Mike le había contado al capitán, sin embargo, le había ocultado las circunstancias exactas del asesinato del banquero. Lo había anotado a la cuenta de Mokrar, protegiendo así a la mujer de su hermano, de aquél con el cual había compartido el pan y la sal. Y así era mejor. Y su alma de policía, su amor por la legalidad y el derecho no sufrían. Sabía que había actuado como debía en relación a Mokrar, que tanto le había ayudado a él. Y si hubiese podido atrapar al hermano de Nouhad, su contento hubiese sido completo. Desgraciadamente...

Esto era lo que le carcomía: no poder hacer caer al cerdo que había organizado y dirigido, ocultamente, el tráfico de droga que él acababa de demoler. Porque lo había demolido, sea. No obstante, le faltaba lo principal: la cabeza.

Mike, con una mueca de asco en los labios, clavó su mirada en Fenner.

—Entonces, respecto a el Ajamié, ¿el Narcotic no puede hacer verdaderamente nada?

Y volviéndose hacia Anizé:

—¿Ni las Aduanas libanesas tampoco?

El capitán abrió los brazos con un gesto de impotencia.

—Por el momento, tal como se presenta la situación, no. Más adelante, quizá. Mas lo dudo.

Mike les contempló al uno y al otro. Sus ojos brillaban de rabia y sus maxilares se crispaban. Y con un gruñido asqueado, lanzó:

—Y, desde luego, nadie dirá jamás a ese cerdo que es un cerdo. Y así tendrá derecho a reconstruir otra banda. Derecho a hacer pasar toneladas de droga a los Estados Unidos. Derecho a hacer reventar a la gente, a los niños, a llevar la miseria y la desesperación a las familias. Dicho de otra forma, tiene todos los derechos. ¿Incluso el de sellar nuestra boca? Pues bien, ¡no!

Abatió la mano contra el escritorio y aulló:

—¡No!

Luego, descolgando el teléfono, compuso un número y dijo, un momento después:

—¿Señorita el Ajamié, por favor? Páseme con ella, se lo ruego.

Y tenso, con los nervios vibrantes, una expresión amenazadora, determinada, esperó con los ojos clavados en la jarra del café, que

ya no humeaba.

22

Mike se impacientaba en uno de los salones del palacio. Y los esplendores que le rodeaban le hacían pensar en el hecho de que, de vez en cuando, la miseria se rebele, asalte los palacios y mate a los príncipes.

El sol, sin conseguir penetrar, golpeaba contra un maravilloso vitral que mejor hubiese estado en un lugar santo. Los resplandores púrpuras caían hasta las losas de mármol de dibujos raros.

Mike había lanzado su sombrero de lona sobre un rico tapiz afgano que cubría una amplia banqueta de mármol sellada contra uno de los muros.

En la puerta recortada en un artesonado de precio incalculable, se mantenía un sirviente. Joven y hermoso, como todos los empleados del palacio, su cuerpo y su fuerza permanecían misteriosamente disimuladas bajo un largo vestido de lana marrón. Con las manos metidas en las mangas del amplio sayal, no pestañeaba.

En otra habitación, resonó un ruido de pasos sobre las losas frescas y Nouhad apareció un momento después.

El servidor se inclinó. Ella lo despidió con la mano.

—Déjanos, Camel.

El joven se fundió silenciosamente con el decorado y Nouhad permaneció en el umbral. El blanco la vestía. Un hermoso blanco esponjoso de lana muy fina, tejido de pelo de camello. Y su carne plena y rica, matizada de oro cobrizo, casaba bien con el tejido elegante y costoso con las mangas ceñidas a las muñecas. Un cinturón de ante rojo le prendía el talle y el mismo ante la calzaba. En sus dedos brillaba un rubí en forma de losange. Recogidos atrás, sus cabellos se anudaban en un moño, por encima de la larga y

flexible nuca, mostrando su cuello de pura raza. Aparecía más reina de Egipto que nunca, pese al periódico que entre sus manos se arrugaba.

—¡Hola, Mike! Mis felicitaciones. Los periódicos están llenos de tus proezas.

Alzó el periódico.

—Así que tú eres…

Mike se le anticipó vivamente, con voz ruda, como si temiese no tener el coraje de llegar hasta el final.

—Un policía. Y por ello estoy aquí. Me gustaría hablarle a tu hermano.

—No ha vuelto todavía de su cuadra de caballos de carreras. ¿Puede saberse para qué lo quieres? ¿Y por qué ese aire odioso?

Mike dio un paso hacia ella y luego se inmovilizó.

—¿Sabías que tu hermano era el jefe de los traficantes que yo hice arrestar? ¿El jefe de esos otros que se mataron entre ellos?

—¿Quieres decir que le sospechas ser el cerebro del inmenso tráfico de droga del que habla el periódico?

Nouhad blandió de nuevo el diario.

—Exactamente —dijo Mike desviando su mirada, incómodo a su pesar frente a aquella mujer que le turbaba más que todo en el mundo.

—Antes de responderte, déjame que te haga una pregunta.

Mike la invitó a hacerla, con un gesto. —¿Sospechabas ya de Khalil cuando me conociste?

Mike se estremeció. Pero se decidió a afrontar sus ojos magníficos.

—¿Me preguntas si yo intenté penetrar en tu intimidad para mejor desvelar el tráfico de tu hermano? ¿Es eso?

Ella asintió con un batir de sus largas pestañas. Y en las pupilas que le miraban, Mike descubrió un destello receloso y duro.

—Oh, Nouhad. Tú no puedes suponerme tan cerdo, pese a todo.

Mike la cogió en sus brazos. Ella no se rebeló. La atrajo hacia él y repitió con voz ronca, desdichada:

—¡Tú no puedes creer eso!

Ella le miró largamente a los ojos. Al fin un suspiro de alivio le alzó el pecho y la desconfianza desapareció de sus ojos.

—Me tranquilizas, Mike. Y te doy las gracias. Lo contrario

hubiera sido demasiado innoble…

Nouhad le rodeó la cintura con los brazos y, estrechándole contra ella, añadió:

—Pienso en nosotros… en nuestra pasión… Todo se hubiera mancillado. Y ahora déjame decirte que no, que yo ignoraba totalmente el tráfico que atribuyen a Khalil. Y lo que yo me pregunto es si tú no te equivocas. Porque si piensas en la posición que ocupa mi hermano…

Mike, que a su pesar respiraba el perfume de su cabellera, se sobresaltó dulcemente y volvió a sus realidades.

—No. No me equivoco. Tu hermano es un crápula. El más infame de los crápulas.

Separándose bruscamente, Nouhad retrocedió y le fulminó con sus pupilas, en las que acababan de encenderse unas llamas rojas.

—No insultes a mi hermano bajo su techo. Espera al menos que él esté aquí si tienes ganas de hacerlo. Y ahora déjame decirte que no creo una palabra de lo que cuentas. Nosotros somos inmensamente ricos y Khalil tiene demasiadas ocupaciones para que encima tenga que distraerse dirigiendo un tráfico de drogas, por importante que sea.

Mike la interrumpió con un gesto.

—¡Pero tengo pruebas, querida! ¡Tu hermano es realmente el jefe de toda esa banda! El jefe incuestionable.

Nouhad le lanzó una mirada despreciativa.

—¿Entonces por qué no le han arrestado? ¿Por qué los diarios no citan su nombre?

—El que me informó ha muerto. Los otros, los que han sido encarcelados, no conocen a tu hermano.

Nouhad lanzó una carcajada desdeñosa.

—¿Eso es todo lo que puedes proponerme? ¡El testimonio de un muerto! ¡Algo que nadie puede confirmar!

Mike separó los brazos, queriendo convencerla y desesperado por sentirse obligado a intentarlo.

—Te doy mi palabra, querida. Tu hermano es verdaderamente un criminal. El más innoble de todos. Aquel que actúa en las sombras y tira de los hilos.

Ella le apuñaló con su mirada, repentinamente de un dureza implacable.

—Ya te he rogado que no insultes a mi hermano bajo su techo. Así, que te pido que te marches.

—¡Pero Nouhad! —exclamó Mike, desdichado.

La muchacha retrocedió hasta la puerta mientras llegaba hasta ellos, amortiguado por los muros y los tapices, el ruido del motor de un coche de carreras.

—E incluso, si Khalil fuese lo que tú pretendes, ¿qué importancia tendría eso? ¿Qué crees tú que puede importarme el que venda droga o no la venda?

El asombro se pintó en la cara de Mike, mientras ella proseguía, con vehemencia esta vez:

—¿Y con qué derecho vienes tú a hacer de enderezador de entuertos? ¿Qué sabes de nuestras cosas, de nuestras costumbres, de nuestra educación?

—Pero, en fin, Nouhad, se trata de droga. ¡Es extremadamente grave!

Ella ni siquiera le escuchaba, toda encendida en su furor.

—Y si incluso Khalil fuera lo que dices, tanto mejor. No sería el primero ni el último en actuar así. Y si vende droga, es porque la droga está para venderla para sacar beneficios de los vicios del mundo.

En el rostro de Mike, el asombro cedió su lugar al horror.

—¡Nouhad, tú estás loca! ¡No sabes lo que dices! ¿Ignoras que gentes como tu hermano son responsables de la decadencia y la muerte de millares de seres?

—¡Occidentales! —exclamó con una mueca llena de desdén—. ¿Qué quieres que nos importe a nosotros si unos occidentales mueren?

El mocetón fue hacia ella.

—¡Estás completamente loca! ¡Loca de atar! ¡Occidentales o no, son seres humanos! Y hay que protegerlos contra el vicio de los estupefacientes. Incluso contra ellos mismos.

Mike alargó las manos, pero no se atrevió a tocarla.

—Te lo suplico, querida, no hables así. Estás a punto de destruirlo todo. Todo lo que habíamos construido. Te lo suplico. Déjame al menos un buen recuerdo. Me voy mañana.

La sangre abandonó súbitamente el rostro de la joven. Su voz se ahogó:

—¿Te vas mañana? ¿De verdad? ¿Cuándo lo has decidido?

—Ahora mismo —dijo Mike desviando los ojos—. Oyéndote hablar. He comprendido que un mundo nos separaba y que es preciso terminar.

Ella se arrojó contra su pecho.

—¡Oh, Mike! ¡Oh, no, Mike! Nunca recuperaremos esto. No te vayas. Todavía no. Espera aún unos días.

Le golpeó con el puño que estrujaba el periódico.

—Aquí escriben que tu encuesta todavía no está terminada. ¡O sea, que no puedes irte! Sí, Mike, quédate aún un poco más.

Un poquito. Después, de acuerdo, nos separaremos para siempre. Pero ahora no, Mike.

Nouhad le golpeó de nuevo.

—No ahora, Mike. No ahora.

—¡Muy bonito! ¡Muy bonito! —exclamó una voz burlona procedente de la puerta—. Bonito cuadro en verdad. Bravo, señor Gibson. Usted podrá envanecerse de haber sido el primero en conquistar a Nouhad. Mis felicitaciones. Nunca antes que usted...

Nouhad y Mike se volvieron. Desde el dintel, Khalil les contemplaba. Sobre sus labios sensuales, como los de su hermana, erraba una sonrisa divertida. Llevaba traje de montar a caballo y el sudor le había pegado al cráneo los pocos cabellos que le quedaban.

Con su mano derecha, jugaba negligentemente con una fusta de color rojo.

—No me llame Gibson, señor el Ajamié.

Los periódicos han debido informarle sobre mi verdadera identidad.

Suavemente, Mike se separó de Nouhad para hacer frente a su hermano.

El emir enarcó unos ojos falsamente asombrados.

—¿De veras? No los he leído todavía.

—Tal vez el propio Elias se lo dijera personalmente. A su regreso de Tánger.

Una chispa de odio pasó furtivamente por los ojos de Khalil, pero sobre su cara redonda la sonrisa divertida no se movió.

—Parece usted conocer una enormidad de cosas... señor

Coppolano.

—En efecto —replicó Mike rudamente, con ronca entonación—. Conozco un montón de cosas. Entre otras, que es usted un canalla de la peor especie. Un crápula al que se debe aplastar. Y que me gustaría hacerlo a mí.

Khalil se inclinó, ágil, más gran señor que nunca en su traje de montar.

—En Oriente, ya sea bajo la tienda de un nómada o en el palacio de un príncipe, la hospitalidad es una cosa sagrada. Esperaré pues a que haya usted abandonado mi techo para tener el placer de darle un fustazo.

Mike se adelantó hasta casi tocarle. Sus rasgos estaban crispados.

—Intenta usted hablar como un caballero. Pero eso nada puede disimular porque es usted un canalla. Sus fórmulas, son solamente fórmulas que no engañan a nadie más que a usted. Y si no se le puede encarcelar esta vez, yo habré tenido al menos la satisfacción de decirle lo que usted es: un ser innoble, un sapo más rampante que el más rampante mendigo de souks. Un cobarde que…

Se interrumpió acechando la reacción de Khalil el Ajamié. Este seguía sonriendo. En cambio, su tez bronceada se había vuelto gris y en su mirada el deseo de matar ponía resplandores sangrientos. La mano que sujetaba la fusta se alzó levemente.

—No me fuerce a trasgredir las leyes de la hospitalidad. Váyase. Me tiene a su disposición. Al sable o al revólver. A su elección.

El índice de Mike le golpeó en el pecho, sin contemplaciones.

—Acabe con sus tonterías. En mi país, cuando se tiene una’ cuenta por ajustar, se la ajusta en seguida… Y si supiese usted cómo eso me aliviaría…

Los labios de Khalil se levantaron con un rictus despreciativo.

—Si la hospitalidad es para usted una palabra vana, ¿qué espera?

Un relámpago de alegría furiosa iluminó los ojos de Mike. Sus fosas nasales se dilataron. Y echando repentinamente su hombro derecho hacia atrás, golpeó. Con toda su violencia. Con toda su rabia reprimida. El choque explotó en el salón con su silencio de santuario. Khalil, que sin duda no se lo esperaba, intentó pararlo demasiado tarde. El golpe le alcanzó en plena jeta, en plena boca,

en plenos dientes. Borrándole su rictus, se desplomó cayendo hacia atrás, con un ruido sordo que el mármol repitió con un eco.

—¡Mike! —había gritado Nouhad viéndole atreverse a golpear a su hermano.

Pero su grito había llegado demasiado tarde para hacerle abortar su impulso. Gritó de nuevo cuando le vio avanzar, con los puños apretados, hacia su hermano, el cual intentaba incorporarse.

—¡Mike! ¡Mike!

Su amante no le escuchaba. No era más que un bloque de odio y de violencia. Su cuerpo en tensión, su cara crispada, su mirada extraviada que no quería ver sino el cuerpo caído del otro, era la imagen del odio feroz y de la sed de destrucción. Todas las suciedades del tráfico de drogas le subían a la garganta. Y quería acabar. Allá penas con las leyes. Quería terminar. Todo en él lo demostraba. Su rabia fría y decidida era palpable, había invadido todo el salón, helando a Nouhad que gritó de nuevo.

—¡Mike! ¡No!

Ahora ella gritaba de terror. ¿Pero por quién temía? ¿Por su amor? ¿Ó por su raza?

Dominando el cuerpo de Khalil, que había conseguido adosarse a una banqueta de mármol, ante su boca ensangrentada, Mike gruñó, mientras una ligera espuma aparecía en sus labios:

—Tengo ganas de matarte, cerdo. Y voy a hacerlo. Porque estoy convencido de que la ley no podrá nada contra ti. Así que voy a matarte. Matarte para vengar a todos aquellos a los que tú has matado y para vengar a aquellos a los que has arruinado la vida con tu droga.

Un poco de la espuma blanca que salía de su boca le cayó sobre la barbilla. Se la limpió con el puño.

—Prepárate a morir, estiércol.

El emir el Ajamié miraba fascinado el agujero negro de la 38 especial, repentinamente apuntada contra él. No pestañeó. Se contentó con observar, en tono firme:

—Está usted loco, Coppolano. Serénese. ¡Va a cometer un asesinato! En la ilegalidad.

—¡Mike! —suplicó Nouhad lanzándose hacia ellos.

Mike no oía nada, no quería oír nada más. Ante sus ojos pasaba la cara triste y devastada de su madre drogada. Ante él desfilaban

todos aquellos a los que había arrestado, todos aquellos con los cuales se había codeado: los miserables drogados, esclavos de su vicio, perdidos para siempre para los suyos y para la sociedad. En su retina desfilaban las noches de sufrimiento de los drogados aullando, suplicando, reclamando su veneno, dispuestos a todo para tenerlo. ¿Cuántas veces se había acercado a aquellos desdichados? No se acordaba. Pero en aquel momento estaban con él, todos ellos. Sentía su presencia. Y era como si los centenares de dedos de entre los cuales había visto sacar la heroína, la cocaína, la morfina, en las bolsitas malditas, estuviesen allí y que sus índices pugnaban con el suyo, porque todos aquellos dedos, cada uno de ellos, intentaba ser el primero en presionar sobre el gatillo.

Khalil el Ajamié vio la muerte en los ojos del joven agente americano. Entonces, echando el busto hacia atrás, lanzó dignamente entre sus labios rotos por donde escapaba un hilo de sangre:

—Para nosotros, los orientales, la muerte no es nada. Así pues...

¿Pero Mike le veía? ¿Le oía? Avanzó un poco más la mano. El cañón del 38 se inmovilizó a veinte centímetros de la cara redonda donde los ojos verdes no pestañeaban.

—¡Montón de estiércol! —rechinó entre los dientes el mocetón, al que una espuma blancuzca orlaba cada vez más la boca—. Al menos tú pagarás. Por todos aquellos que...

Y al mismo tiempo que él, miles de condenados apretaron el gatillo. Pero desviada por milagro, la bala hizo saltar una esquirla de mármol a algunos centímetros de la cara redonda de Khalil, cuyos ojos grandes, abiertos de par en par, habían acechado la muerte, sin flaquear. Fue Nouhad quien, una décima de segundo antes de que él disparase, había saltado sobre la muñeca de Mike. Este se desembarazó de ella con un codazo y levantó el arma.

—¡Mike! —le imploró intentando de nuevo sujetarle el puño armado—. ¡Mike! ¡Mike! ¡No, Mike!

Ella buscaba lo que pudiese frenarlo. Y gritó, iluminada:

—¡Nuestra ola! ¡Mike! ¡Acuérdate! ¡Nuestra ola, oh, Mike!...

Como golpeado en plena carrera, el mocetón se inmovilizó bruscamente. Sobre el gatillo su índice le pareció de repente más pesado, y no lo movió. Todo su cuerpo le pareció pesado, como si una carga inmensa acabara de abatirse sobre sus hombros. Se

humedeció los labios, los desembarazó de la espuma blancuzca y respiró suavemente.

Pasaron unos instantes. Khalil y Nouhad retuvieron su respiración. Presentían que bastaba el menor gesto para que…

Después de la locura se borró de las pupilas de Mike. Una descarga le sacudió el cuerpo y un suspiro interminable le vació los pulmones. Lentamente, abatió su puño armado y, sin una palabra, alcanzó la puerta. Su frente estaba húmeda de sudor y en sus hombros su chaqueta azul se agitaba a causa de unos espasmos breves pero profundos. Se metió la pistola en el bolsillo de la chaqueta y franqueó el umbral del lujoso salón.

—Mike —dijo Nouhad a su lado—. Tu sombrero.

Le tendía su irrisorio sombrero azul, que había utilizado durante su estancia allí.

—Gracias —expresó tontamente—. Gracias y hasta la vista.

—Soy yo quien te da las gracias, Mike.

Por no haberle matado. Gracias, Mike. Y hasta la vista. Mike, unas palabras aún…

El se volvió lentamente y le hizo frente y sus ojos ardientes de pasión se unieron.

—Te amo, Mike. Más que a todo en el mundo. Más que a mi vida.

Luego, con tono imperioso, a unos servidores que se precipitaron alertados por el disparo o por el ruido insólito que había atravesado los muros, añadió:

—Dime, Mike. ¿Allá, en tu país, te acordarás?

—Sí —dijo con un hálito de voz—. Me acordaré. Siempre. De nuestro amor. De nuestra playa. De nuestra…

Hundió su mirada azul en los magníficos ojos negros, los poseyó y murmuró con la garganta oprimida por el pesar:

—… de nuestra ola.

Le rozó la mano con los dedos y musitó aún:

—Hasta la vista, Nouhad. Yo también te amo. Más que a todo. Más que a mis ojos.

Pero debo reunirme con los míos. Yo también les amo.

—Es preciso —repitió ella como un eco, acariciándole la mano

—. Buena suerte, Mike. Y gracias por no haberme sacrificado a tu venganza y por haber dejado vivir a mi hermano. Que Alá o tu Dios te guarde.

Sus miradas se buscaron de nuevo para un último abrazo. Sus cuerpos tuvieron como una llamada, el uno hacia el otro, para soldarse de nuevo en la pasión que les quemaba y que tanto les Había aportado. Pero dominándose, con un esfuerzo que casi le hacía chillar, Mike, brutalmente, salvajemente, se apartó de ella y marchó con paso rudo hacia la puerta abierta sobre el parque donde cantaban los surtidores.

23

El aeropuerto conocía el mismo movimiento coloreado que el día de la llegada de Mike Y hacía más calor que nunca. El sudor chorreaba sobre los rostros, sobre todo por los de los occidentales.

Uno a uno, los pasajeros de la Pan American Airways presentaban su tarjeta de embarque a la azafata que controlaba la puerta. Todos se apresuraban, como si temieran que les olvidaran allí, dirigiéndose hacia el bus que debía llevarles hasta la pista de vuelo.

En el primer piso, sobre una terraza de cemento, protegida del vacío por unas barandillas de metal, la multitud de parientes y de amigos se aglutinaba para saludar una última vez a los que partían. Todos tenían solamente ojos para él autobús donde los viajeros se amontonaban y nadie prestaba atención a los plateados aviones que rugían en el cielo de un azul irreal, un azul que tiraba a blanco.

Sentado en el autobús, Mike fumaba, perdido en sus pensamientos. Fenner y el capitán, que le habían acompañado, acababan de separarse de él para volver a sus asuntos. El americano, sentado a la izquierda en el sentido de la marcha, no veía nada, no advertía ni siquiera cómo los dos chiquillos sentados frente a él le sacaban la lengua. Y si alzó la cabeza fue maquinalmente, cuando el coche se puso en marcha secamente para llevarlos hacia el inmenso Boeing que, a lo lejos, brillaba bajo el sol. "Y no fue menos maquinalmente que a través de sus gafas ahumadas, su mirada se dirigió hacia la multitud de la terraza. Y de repente su corazón dejó de latir. Sus piernas se pusieron blandas, su lengua se desecó, y se sintió como enfermo, vacío. Una masa de pesares se abatió sobre él. A su pesar, su mano izquierda hizo un gesto. Como una imploración. Pero la volvió inmediatamente sobre

sus rodillas porque había chocado contra el techo del coche. Y Mike, para ver mejor a Nouhad, para mejor ser visto, se quitó las gafas y el sombrero. Y por la ventanilla del bus ya recalentado, le dijo un último adiós. Apenas si los separaban treinta metros y la distinguía netamente, tanto más porque el bus aminoraba la marcha y se detenía para ceder el paso a un camión cisterna.

La joven vestía un traje de seda azul muy simple y llevaba en la mano izquierda un echarpe de un azul más pálido que revoloteaba suavemente a impulso de la ligera brisa. Nouhad estaba aplastada contra una mujer musulmana velada de negro y contra un hombre gordo por cuya corpulencia se parecía a Elias el banquero. Unas lágrimas que no intentaba enjugar rodaban sobre sus mejillas. Sus miradas se abrazaron y, sin separarse, abolieron la distancia, destruyeron las barreras, ofreciéndose el uno al otro una vez más.

«¿Por qué no ha venido a decirme adiós en el vestíbulo? —pensaba Mike—. ¿Por qué ha esperado allí, en medio de ese gentío?»

Con la mano aplastada sobre el cristal ardiente, Mike la devoraba con los ojos. Luego el bus se puso de nuevo en marcha, brutalmente. Nouhad, con los ojos ahogados de lágrimas, agitó su echarpe. Y en la multitud, los brazos se alzaron y los católicos del lugar, siguiendo su costumbre, hicieron la señal de la cruz en el vacío para bendecir a los que partían.

Y Nouhad les imitó.

¡Qué importaba que ella fuese de religión musulmana o cristiana! Levantando su brazo derecho, y mientras sus miradas se cruzaban, desposándose por última vez, ella hizo la señal de la cruz frente al autobús que se alejaba.

En seguida la distancia aumentó, la multitud se desvaneció. Pero Mike, creyó todavía distinguir un brazo alzado, un brazo desnudo y dorado, el brazo de aquella a la que tanto había amado en la orilla de la bahía de Joulnié.

Notas

[1] Ver *Rififí en New York*. <<

[2] Ver *Rififí en New York*. <<

[3] De *doping*: droga. Argot americano. <<

[4]) La palabra «asesino» proviene de hachís. Antaño vivían en Turquía los mawlawi, secta religiosa fanática, compuesta por derviches, criminales a veces, que danzaban locamente durante horas enteras, hasta el agotamiento, sostenidos por el hachís. Se les llamaba igualmente los «hachidianos». Actualmente, los mawlawi han abandonado Turquía por Siria y ya no matan. < <

[5] El hachís se extrae de una planta que alza alrededor de un metro y se recoge a fines del invierno. Las hojas son desecadas durante mucho tiempo. A continuación pasan la primera fase o Bab-Awal. Los campesinos se encierran en una habitación herméticamente cerrada, tapizada por todas partes con paños de lino blanco que retienen el polvo. Durante horas golpean sobre las hojas secas y el polvillo que se escapa de ellas se impregna sobre el lino al que previamente se ha humidificado. Cuando todo está seco, barren con cuidado los obtienen el Bab-Awal, hachís de primera calidad, reservado al Líbano. Remojan luego ligeramente el lino y vuelven a golpear las hojas. Extraen asi un polvo, de calidad inferior, que reservan principalmente para Siria. Luego tienen lugar la tercera y cuarta fase, llamadas Bab-Talet y Bab-Rabch, respectivamente. El proceso es idéntico a los precedentes, pero las hojas no dan ya mas que una droga de baja calidad, los desechos, por así decirlo. Este es el VIII hachís que se expide a Egipto. <<

[6] Rosario de 33, 66 o 99 granos que en su origen servía para recitar los versículos de El Corán. A cada grano se debia pronunciar el nombre de Ala. < <

[7] Sede de los Servicios de Aduanas del Estado de Nueva York. <<

[8] Alcohol anisado de color blanco. < <

[9] Velo con el cual los beduinos se cubren el rostro y que mantienen alzado sobre la cabeza con el hagal, esa corona trenzada con hilos negros y mechada de vivos colores entre los que domina el oro. <<

[10] Ten salud. <<

[11] Que la salud sea contigo. <<

[12] Se bienvenido. <<

[13] Una caja de tabaco contiene 50 cartones de 10 paquetes cada uno. La libra libanesa se divide en 100 piastras. <<

[14] Cordero asado a la brasa. La carne gira lentamente sobre el fuego y cortada luego en pedazos minúsculos que se envuelven en hojas de menta y sirven de relleno a unas galletas árabes. < <

[15] La amapola de donde se extrae el opio del que se consigue la morfina, se cultiva en Turquía y en Irán, pues el clima libanes no se presta. Este cultivo tiene lugar bajo control y esta autorizado por los organismos internacionales que cuidan de los productos farmacéuticos. La droga procede, pues, de cultivos clandestinos. <<

[16] Pantalón ajustado a los tobillos y provisto de un inmenso bolsillo flotante entre las piernas. Sin utilidad practica alguna, este bolsillo, según la leyenda, servía para meter en él a los niños desobedientes. <<

[17] Con vuestra benevolencia. <<

[18] Usted me ha honrado. < <

[19] Sed protegido. <<